coralia press

Una CONDESA de INCÓGNITO para un HIGHLANDER



Serie *Highlanders* 7

ANNA CAMPBELL

Una condesa de incógnito para un Highlander

Serie Highlanders
Vol. 7

Anna Campbell



Capítulo 1

Glen Lyon, Tierras Altas Occidentales de Escocia, 20 de diciembre de 1830

—¡Kit! ¡Kit! ¡Hagámoslo otra vez!

La voz imperiosa de la señorita Andromeda Douglas, de cinco años, se elevó por encima de las risas y charlas que resonaban en el nevado valle.

—¡No, Kit! ¡Es mi turno! ¡Baja la colina conmigo, Kit! —exigió el joven William Douglas, un año más joven que su hermana.

Una risa ligera y una voz alegre respondieron:

—Tiene razón, señorita Andy. Es su turno. Puedes bajar con el tío Joseph si tienes tanta prisa.

—Pero quiero bajar contigo —insistió la hija de la casa, despreciando la idea de aceptar a Joseph Laing, el jefe de caballerizas, como sustituto.

—En ese caso, tendrás que esperar.

Con un pastel de carne picada en la mano y una sonrisa que esperaba ocultara su ardiente curiosidad, Quentin MacNab se volvió hacia su tía Emily, que estaba de pie junto a él.

—Parece que el nuevo mozo de cuadras es el favorito de los niños.

Un grupo formado por el laird, su esposa y los miembros principales de la casa estaba reunido en la ladera nevada detrás de Lyon House. Junto a ellos, una mesa con caballetes estaba cargada de delicias propias de la temporada. El día era despejado pero terriblemente frío, el clima perfecto para deslizarse en trineo.

Quentin ya había disfrutado de varios descensos vertiginosos por la colina y ahora se había apartado para unirse a su tía y a su tío con una taza de vino caliente. El aroma a canela y clavo añadía una nota especiada al aire limpio de las Highlands.

Emily Douglas le devolvió la sonrisa. La señora de Glen Lyon era una mujer bonita, con un rico cabello castaño oscuro y unos ojos grises que brillaban con inteligencia. A pesar de ser la tía de Quentin, tenía solo ocho años más que sus veinticuatro. Era más una amiga que una tía.

—Sí, este último mes ha sido un auténtico tesoro. Laing habla maravillas de su trabajo, y como ves, los niños lo adoran. Tuvimos suerte de que Laing pidiera a su sobrino que viniera a trabajar para nosotros.

La mirada de Quentin se fijó en la figura esbelta que ayudaba al alborotado heredero de Glen Lyon a acomodarse en el trineo. El mozo parecía haber cortado de raíz el berrinche de Andy antes de que empezara, lo que decía mucho de su tacto e inteligencia.

—Habla muy bien para ser un mozo de cuadras.

El tío Hamish se giró, con un trozo de pastel de frutas en su enorme mano.

—Aye, al parecer el muchacho era muy querido en su aldea también. Cuando Kit no estaba ocupado en la granja familiar, el pastor le daba lecciones.

Hamish tenía un acento inglés, fruto de una infancia pasada en Londres. Era alto y fuerte

como un vikingo, y aunque Quentin, con su metro ochenta y cinco, no era precisamente bajo, su tío lo superaba en altura.

Quentin tomó un sorbo de su vino, agradeciendo el calor.

—Es extraño que aspire a nada más que un puesto en las cuadras. Si tiene una buena educación, podría conseguir trabajo como escribiente o incluso como maestro.

Quentin observó cómo el trineo descendía la pendiente nevada. Los chillidos de alegría de William llenaban el aire, y el rostro del mozo estaba iluminado con una emoción infantil.

Cuando Quentin volvió la mirada hacia Hamish y Emily, los sorprendió compartiendo una mirada significativa. Ya estaba acostumbrado a esa comunicación silenciosa entre el laird y su esposa, tras haber vivido en Glen Lyon durante los últimos seis meses.

Emily respondió:

—Kit tiene un talento especial con los caballos y parece más feliz trabajando al aire libre. Creo que Laing espera que su sobrino tome el puesto de jefe de caballerizas cuando él se retire.

—Aunque eso no será durante años —añadió Hamish, antes de darle un mordisco a su pastel de frutas.

—Hmm —murmuró Quentin, mientras seguía observando al mozo y a los dos niños: el chico moreno e intenso, y la niña rubia y dorada como su padre.

Hablando de parecidos familiares, Kit no se parecía mucho a su tío Joseph Laing. La mirada de Quentin se deslizó hacia el gigantesco pelirrojo que estaba bajo los árboles junto a los caballos y los carros que habían transportado los trineos y los muebles para aquella fiesta invernal al aire libre.

Kit y William llegaron a la base de la colina y se bajaron del trineo. Cogiendo a William de la mano, el mozo comenzó a arrastrar el trineo cuesta arriba. Andy saltaba de un lado a otro en la cima de la pendiente, apurándolos para que se dieran prisa.

Andy era una niña lista y franca, muy parecida a su padre en personalidad. Hamish Douglas, el laird de Glen Lyon, era un astrónomo famoso. Emily no era menos distinguida en los círculos científicos. Quentin había llegado a Glen Lyon desde la finca de su padre, cerca de Perth, para trabajar como asistente de su tío. La hermana mayor de Hamish, Prudence, había sugerido que su hijo disfrutaría de un tiempo en la costa oeste con su tío y su tía.

Su madre había tenido razón, como siempre. Quentin lo estaba disfrutando. Amaba a Hamish, a Emily y a los niños. Le encantaba la elegante casa a orillas de su protegido lago marino. Le gustaba el trabajo desafiante, aunque reconocía que, aunque era listo, no era ni de lejos tan brillante como su tío.

Pero, mientras observaba a Kit subir la colina hacia Andy, tenía que admitir que lo más interesante en la finca de Glen Lyon era el nuevo mozo de cuadras.

—Quizás vuelva al trineo. Si William me acepta en lugar de Kit, puede que incluso lo lleve conmigo —dijo Quentin, dejando su taza de plata sobre la mesa.

Otra de esas miradas elocuentes entre su tía y su tío.

—Kit tiene todo bajo control —dijo Hamish, con un atisbo de desaprobación.

—Sin duda —respondió Quentin, antes de subir la colina hacia Kit y los dos niños.

—Ahora es mi turno —decía Andy, con el tono dictatorial de una princesa—. Tienes que esperar, William.

—Ahora, señorita Andy, no hace falta restregárselo —dijo Kit, una risa suave añadiendo calidez a la suave reprimenda.

—Tengo una idea mejor —dijo Quentin, con una vergonzosa falta de aliento. Esa colina era endiabladamente empinada. Era mucho más fácil bajarla en trineo que subirla a pie—. Llevaré a

William.

—¡Oh, primo Quentin, sí, por favor, sí, por favor! —chilló el niño, saltando de emoción.

Dos grandes ojos azul campanilla, rodeados de espesas pestañas negras, se fijaron en Quentin con un toque de cautela. El frío había puesto un rubor rosado en las mejillas de Kit. Era una criatura delicada para estar trabajando en un lugar tan rudo como las caballerizas. Desde esa distancia, Quentin pudo notar que el cuerpo bajo toda aquella ropa pesada era delgado.

—Aye, señor —dijo Kit, inclinándose antes de alejarse de lado—. Le encantará.

Quentin ya había notado que el muchacho era dolorosamente tímido y tendía a evitar la compañía, salvo la de los niños. En varias ocasiones había intentado hablar con él, solo para descubrir que el mozo había desaparecido de su vista.

—¡No, quédate! —exclamó, agitando la mano en el aire.

—Aye, señor —respondió el muchacho, aunque Quentin pudo percibir el peso de la desgana en su obediencia.

Quentin sostuvo la mirada de ese brillante azul hasta que las mejillas del mozo se encendieron en un vivo rubor. Los ojos del joven se desviaron con nerviosismo mientras colocaba a Andy en el trineo y se situaba detrás de la niña.

—¡Vamos! —ordenó Andy.

—Aye —respondió Kit, con un tono ronco que envió un estremecimiento de consciencia por el cuerpo de Quentin. Sus manos se cerraron en puños a los costados, y sus fosas nasales se dilataron. Ahora sabía cómo se sentía un sabueso al oler a un zorro.

William tiró de su manga, y Quentin se sobresaltó como si despertara de un sueño.

—Primo Quentin, ¿podemos ir también?

—Aye —dijo, bajando la vista al pequeño y sonriendo—. Solo daré un empujón a Kit y Andy.

—No hace falta, señor —replicó el mozo, pero lanzó un sorprendido "¡Oh!" cuando Quentin ignoró su objeción y el trineo comenzó a deslizarse cuesta abajo.

El juego continuó hasta que el corto día comenzó a declinar. A medida que pasaban las horas, Quentin notó que los nervios del mozo se desvanecían poco a poco. Sin embargo, después de pedirle que se quedara, Quentin había hecho lo posible por ocultar su intensa curiosidad. También se dio cuenta de que, dentro de lo posible dadas las circunstancias, el chico mantenía las distancias y bajaba la cabeza para evitar miradas inquisitivas.

Finalmente, William se cansó, pero Andy seguía tan ávida de emociones como siempre.

—Solo una vez más, Kit. Por favor.

—Kit ha hecho bastante —intervino Emily, que había subido la colina para recoger a sus hijos y llevarlos al carro para regresar a casa.

—Estoy seguro de que puedo con una más, mi señora —respondió el muchacho.

—Te tendrá aquí toda la noche si puede —comentó Quentin.

—Aye, señor —contestó el chico, limitándose a las respuestas monosilábicas que había ofrecido durante la mayor parte de la tarde.

—Por favor, mamá, solo una vez más —insistió Andy.

Emily suspiró con resignación.

—Eres una pequeña terrorista, Andromeda Mary Douglas.

—Och, la muchacha solo tiene mucho espíritu —dijo Kit.

—Vaya si lo tiene —respondió Emily, lanzando una mirada risueña al mozo—. ¿Te animas a una vez más, Kit? Has estado maravilloso con ellos, pero ya has hecho más de lo que te tocaba.

—Aye, milady.

—¡Genial! —dijo Andy, sentándose con expresión triunfante en el trineo.

—Te daré un empujón —ofreció Quentin mientras Kit tomaba una posición protectora detrás de la niña de cabello dorado.

—Agárrate bien, señorita Andy —advirtió Kit, pero no pudo contener un chillido de emoción cuando el trineo tomó velocidad.

El chillido se convirtió en un grito de pánico cuando el trineo golpeó una barrera invisible y salió disparado por los aires. Sus dos ocupantes salieron volando.

El tiempo pareció detenerse mientras Quentin observaba horrorizado. Luego, con un nudo de temor retorciéndole las entrañas, echó a correr hacia Kit y Andy.

—¡Andy! —gritó Emily, bajando la colina a toda prisa detrás de él.

Quentin llegó un poco antes que ella. Pasó de largo a Andy, que ya se estaba incorporando, y se dirigió al lugar donde el mozo yacía inmóvil. Con el sabor del terror oxidándole la lengua, cayó de rodillas junto a Kit. Con manos temblorosas, lo ayudó a darse la vuelta. El gorro de lana se había caído en la caída, revelando una mata desordenada de cabello negro cortado de forma irregular.

—¡Kit! ¿Estás bien? ¿Puedes moverte? ¿Dónde te duele?

Con delicadeza, Quentin lo sujetó y lo atrajo contra su pecho. El muchacho olía, no de manera desagradable, a caballerizas: caballos, sudor fresco y heno, con un incongruente toque floral.

Kit parecía pálido y aturdido, y el cuerpo delgado que tenía entre sus brazos temblaba. Esos ojos extraordinarios se levantaron hacia su rostro y luego se apartaron. La intensidad de esa mirada azul cargada golpeó a Quentin como un puñetazo. Las preguntas preocupadas se atascaron en su garganta cada vez más cerrada.

—Mamá, eso fue divertido —informó Andy a su madre frenética.

—Niña terrible —replicó Emily, con la voz cargada aún de los restos del miedo, mientras abrazaba a su hija.

—¿Está bien? —preguntó Hamish, que se acercaba apresuradamente.

—Haría falta un cañón para abollar a esta —dijo Emily, antes de volverse hacia donde Quentin había sacado a Kit del montón de nieve—. ¿Y Kit?

Quentin carraspeó y obligó a su mirada a apartarse del rostro del muchacho.

—Creo que está bien.

—Estoy… estoy ileso, mi señora —dijo Kit, intentando apartarse de Quentin, pero demasiado aturdido por el accidente para lograrlo. Tanteó en busca de su gorro perdido.

Quentin lo localizó y se lo pasó, observando cómo el joven se lo colocaba rápidamente, cubriéndose las orejas y bajándolo hasta sus cejas oscuras y firmes.

—¿Puedes sentarte?

—Aye, estoy seguro de que puedo —respondió Kit en voz baja, aunque permaneció inmóvil, con la cabeza gacha—. ¿Cómo está la señorita Andy?

—Sus padres están con ella. Parece estar como siempre, ni siquiera asustada. Eres tú quien me preocupa.

—No he sufrido ningún daño, gracias, señor. Creo que debería dejarme y atender a la niña —dijo el muchacho con un incongruente toque de altivez—. Al fin y al cabo, no soy más que un sirviente.

—Todos somos iguales a los ojos de Dios —respondió Quentin con piedad.

Kit le regaló una mirada de molestia que le hizo sonreír. Era evidente que el chico podía estar magullado, pero no estaba gravemente herido.

No había excusa para seguir sosteniéndolo. Pero le costó horrores soltar al mozo de cuadras. Quentin tenía la mente en tumulto. Desde el momento en que tocó esa figura esbelta, confirmó sus sospechas largamente albergadas. Aunque ahora sabía con certeza, mil preguntas lo acosaban.

No era el momento para hacerlas, no cuando Kit acababa de tener un accidente y, peor aún, lo miraba con ojos azul campánula aplastados, brillando con aprensión.

—¿Podemos hacerlo otra vez? —preguntaba Andy a su madre—. Fue como volar.

—No, no puedes, pequeña diablilla —dijo su madre, riendo—. ¿Y no quieres saber si Kit está bien?

—Está con Quentin. La gente siempre está bien con Quentin —respondió la niña con la certeza de una niña de cinco años que sabe todo lo que hay que saber.

Quentin arqueó una ceja al mirar la figura delgada y juvenil que, con cautela, se sentaba en la nieve por sus propios medios. Esperaba sonsacar más de esa intrigante insolencia.

—Sin duda, un gran elogio.

Pero el mozo se había arrepentido de su breve insubordinación y devolvió la mirada con expresión pétrea.

—Como diga, señor.

Hamish se levantó del lado de su hija y caminó hacia ellos.

—Venid adentro, Kit y Quentin. Está oscureciendo y hace frío. Kit, ¿estás herido?

—Estoy bien seguro de que no, Douglas —dijo el muchacho, con una voz más ronca de lo que Quentin le había oído en toda la tarde. Y con un acento escocés más marcado. Quentin ya había notado que ese deje de las Tierras Altas en la voz del chico era un visitante inconstante.

—Déjame ayudarte a levantarte.

Quentin observó la expresión de alivio de Kit cuando Hamish lo alzó del suelo. Estaban atrayendo a una multitud. Emily se apresuró hacia ellos con Andy de la mano, mientras William y Laing bajaban la colina hacia el grupo. Cuando William tropezó, agotado, Laing lo levantó y le dedicó unas palabras de aliento.

—¿Estás entero, sobrino? —preguntó Laing al llegar a una distancia audible.

—Como siempre, tío —respondió Kit.

—¡Qué forma de rebotar! —protestó Quentin—. Debes estar lleno de golpes y moretones después de esa caída.

La mirada que el muchacho le dirigió destiló desagrado, antes de que volviera a colocar en su rostro la expresión obediente de un sirviente.

—No fue nada grave, señor —respondió Kit con un tono rígido.

—Aun así, fue una buena caída —dijo Laing, mirando a su sobrino—. Puedes sentarte conmigo cuando regresemos a la casa.

—Gracias, tío —dijo Kit, y se giró para recoger el trineo que había aterrizado patas arriba en la nieve.

Quentin se apresuró a arrebatárselo.

—Ve al carro y siéntate. Nadie espera que ayudes a recoger todo.

No había pasado por alto cómo el movimiento había hecho que Kit tratara de disimular un gesto de dolor.

—Creo que deberíamos llamar al médico.

Los enormes ojos del joven se fijaron en él, llenos de horror.

—¡No!

Las manos de Kit se aferraron al trineo. Justo antes de que aquella disputa se convirtiera en una lucha, el chico cedió. Bajó la cabeza y murmuró:

—Gracias por su preocupación, señor MacNab. Solo estoy un poco magullado. Mi tío tiene un ungüento que me dejará como nuevo mañana.

—Ungüento para caballos —replicó Quentin, sabiendo perfectamente que Kit lo mandaría al infierno por tanta insistencia.

Una vez más, el chico evitó mirarlo a los ojos.

—Creo que todos somos criaturas bajo los ojos de Dios, ¿no es así, señor?

Quentin soltó una carcajada, y Kit se dio la vuelta, alejándose con una rapidez sorprendente hacia el carro.

Después de cenar en el comedor de los sirvientes, una comida animada por la emoción de las inminentes celebraciones navideñas, Kit se escabulló de la cálida y acogedora mansión hacia las no menos acogedoras caballerizas. En Glen Lyon, los caballos vivían como reyes. Pero, al fin y al cabo, la finca era un ejemplo perfecto de cómo administrar una propiedad. Todas las casas de los crofters estaban en buen estado, las cercas y el equipo estaban en óptimas condiciones, y nadie se quejaba bajo la autoridad de Hamish y *milady* Emily Douglas. En el último lugar donde había estado, las cosas no habían sido ni de lejos tan bien llevadas.

Dolorido por los efectos del accidente, Kit subió las escaleras hasta la habitación que le habían asignado, cerca del apartamento del jefe de caballerizas. Gracias a su posición privilegiada como sobrino de Laing, no tenía que compartir su cuarto con nadie.

Kit entró en la habitación y echó el cerrojo a la puerta tras de sí. Con un suspiro cansado, se dejó caer contra la madera. Le dolían los músculos y estaba lleno de moratones, y las aventuras con el trineo descontrolado habían despertado demasiada curiosidad durante la cena. Sin mencionar que la amabilidad de Quentin MacNab tras la caída lo había dejado profundamente desconcertado.

Quentin MacNab, tan apuesto como el diablo, con su cabello espeso y leonino y sus ojos avellana, siempre atentos a todo. Desde que el sobrino de Hamish había mostrado interés en el nuevo mozo de cuadras, Kit había hecho todo lo posible por mantenerse fuera de su camino. Pero las hazañas de hoy lo habían colocado firmemente bajo la mirada del señor MacNab. Que los dioses lo ampararan.

Con otro suspiro, Kit se enderezó y avanzó hasta el centro de la habitación para desvestirse. Primero se quitó el abrigo grueso, seguido del chaleco de lana y la camisa de lino. Luego, con sumo cuidado, deshizo las vendas que comprimían su pecho, maldiciendo en voz baja al notar las marcas moradas que florecían en su piel blanca.

Y así, Kit Laing se transformó en Christabel Urquhart.

Capítulo 2

Al igual que la mayor parte del personal de Glen Lyon, Kit se unió a la expedición de la tarde siguiente para recoger ramas y adornar la casa para las festividades. Como cada año, el laird y milady estaban organizando una gran fiesta de Navidad, y los invitados comenzarían a llegar en Nochebuena para un gran baile de gala.

Kit había oído numerosas historias entre los sirvientes sobre este evento, repleto de glamour y diversión. Dado que Emily era inglesa y Hamish había pasado gran parte de su infancia en Londres, la Navidad en Glen Lyon era una mezcla alegre de tradiciones, algo completamente distinto a lo que Kit había conocido hasta entonces. Los invitados se quedaban hasta el Día de San Esteban, cuando se celebraba un enorme *ceilidh* para los sirvientes y los crofters. Allí, las jigas y los reels sustituían los elegantes valses y cuadrillas del baile formal.

Kit esperaba con ansias formar parte de esa celebración. Los sirvientes de Glen Lyon eran gente satisfecha y le habían dado una cálida bienvenida al llegar un mes atrás, supuestamente como sobrino de Joseph Laing. Había habido algunos murmullos de descontento entre los mozos de cuadra más jóvenes cuando se le concedió el privilegio de tener una habitación para sí mismo, pero Laing había cortado el problema de raíz con rapidez.

Esa habitación privada le había permitido mantener su disfraz, y Kit había hecho todo lo posible por pasar desapercibido mientras trabajaba. Hasta ayer, cuando un trineo volcado casi arruinó su tapadera.

Después de semejante drama, su plan para esta excursión al bosque que se extendía detrás de la casa era mantener la cabeza baja. Pero ya había notado que el señor MacNab la observaba de una forma que le hacía temer que hubiera adivinado que no era lo que parecía ser.

Kit se ruborizó al recordar las manos amables y eficientes de él al sacarla del montón de nieve. Nunca la había tocado antes, y cuando lo hizo, fue difícil recordar que era un mozo de cuadras y no una joven dama. Y menos aún una joven dama que, desde el principio, había notado lo apuesto que era el heredero de los MacNab.

Hamish Douglas, el laird, también era apuesto, pero su porte era demasiado regio, demasiado imponente, como un auténtico rey de las bestias, para que a Kit se le acelerase el corazón. Lo cual era un alivio, considerando que Hamish estaba perdidamente enamorado de su esposa.

¿Pero Quentin MacNab? Ese sí que era un hombre de porte impresionante.

Alto, delgado y con una maraña de cabello castaño miel desordenado. Además, siempre tenía una risa pronta y una palabra de aliento para todos. Kit había notado lo bien que se llevaba con los niños, los sirvientes y los caballos. Todo ello hablaba de un corazón noble. También era inteligente, pero no lo suficiente como para intimidarla. Era un hombre satisfecho con su vida, cómodo en su cuerpo ágil y elegante. Un hombre que lucía a la perfección tanto montando a caballo como caminando por las colinas salvajes que rodeaban Glen Lyon.

Kit ya tenía más problemas de los que podía contar. No debería perder el tiempo suspirando por el sobrino del laird. Pero no podía evitarlo. Él parecía el ejemplo perfecto de lo que debía ser

un hombre.

Después de ayer, sabía que tenía ojos color avellana, una mezcla fascinante de verde y dorado. Hasta el accidente del trineo, no se había atrevido a acercarse lo suficiente para descubrir ese detalle. Cuando esos ojos se habían fijado directamente en ella, habían hecho que su corazón se desbocara con una emoción nada propia de un sirviente.

Pero el señor MacNab había visto demasiado ayer, y la prudencia dictaba que, si quería conservar su disfraz, debía mantenerse lejos de él. Cada instinto le decía que podía confiar en él, pero por ahora, lo más seguro era mantener la ilusión de ser Kit Laing, el extraordinario mozo de cuadras.

Lo que hacía extremadamente irritante que, hasta ahora, el señor MacNab no dejara de seguirle los pasos. Andy y William siempre andaban detrás de ella desde que llegó, pero ahora descubría que el efecto de un hombre de casi metro noventa siguiéndola era completamente distinto.

—Kit, ¿me llevas? —se quejó Andy detrás de ella. Por una vez, William no la seguía; en lugar de eso, estaba con los mozos de cuadra, haciendo un desastre con unas piñas—. Estoy cansada.

Kit contuvo un gemido y forzó una sonrisa para la niña. Aún estaba dolorida por el incidente con el trineo, y hoy cargar con la hija del laird era pedir demasiado.

—No puedo llevarte, señorita Andy, pero puedo darte un paseo en la carretilla. Será divertido.

—Sería más divertido si me llevaras tú. —Una expresión de rebeldía se instaló en el rostro angelical de la niña mientras a su alrededor resonaban risas y gritos felices desde el bosque.

La señorita Andromeda Douglas prometía convertirse en toda una aventurera, pensó Kit, y eso le gustaba aún más. Ojalá ella misma hubiera encontrado su espíritu antes. Quizá las cosas habrían sido distintas.

—¿Qué pasa, Kit? —preguntó el señor MacNab a unos pocos pasos de distancia. A pesar de sus mejores esfuerzos, Kit no había conseguido dejarlo atrás—. ¿Aún estás dolorida por lo de ayer?

Se obligó a esbozar una sonrisa y maldijo esos penetrantes ojos color avellana, aunque su traidor corazón se agitara por ellos.

—No, señor. Pero gracias por preguntar.

—Yo llevaré a la señorita Andy con su madre —dijo Laing, levantando a la niña a pesar de sus protestas—. Está empezando a dar problemas.

—No… —empezó a decir Kit, porque la partida de Laing la dejaría a solas con el señor MacNab. Y aunque una parte temeraria de ella consideraba que eso era un paraíso, la prudencia le advertía que debía evitarlo.

El señor MacNab inspeccionó la carretilla, con su modesta carga de acebo y pino.

—Ve tú, Laing. Kit y yo llenaremos la carretilla y os alcanzaremos en cuanto terminemos.

Laing inclinó la cabeza.

—Claro, señor. Suele haber más donde elegir en el siguiente valle.

Kit intentó consolarse pensando que su protector no veía ningún peligro en dejarla sola con Quentin MacNab. Pero, claro, Laing no había captado la expresión del señor MacNab al quitarle la nieve de encima ayer.

No armar un escándalo ahora evitaría que se generaran sospechas innecesarias. Así que se colocó mejor el feo gorro de lana que llevaba como parte de su disfraz, bajó la cabeza y, a regañadientes, siguió al señor MacNab más profundo en el bosque. Mientras caminaba, rezó para

encontrarse con el mayor arbusto de acebo del mundo a los pocos metros. Si llenaban la carretilla, podrían regresar a casa, y ella podría desaparecer en las caballerizas, lejos de él.

—Aun así, será mejor no hacerlo.

Kit quiso discutir, pero un mozo de cuadras no desafiaba al sobrino del laird.

Cuando el señor MacNab habló de nuevo, estaban descendiendo por un sendero nevado hacia el siguiente valle.

—¿Cuánto tiempo llevas en Glen Lyon, Kit?

La pregunta parecía lo bastante inocente, pero cada pelo de su piel se erizó de alarma.

—Un mes, señor.

—¿Y te gusta tu trabajo?

—Sí, señor.

Era cierto. La mayor parte de su vida había estado marcada por la soledad, así que la compañía de los otros sirvientes había sido una sorpresa agradable. También le gustaban el laird y *milady*, quienes trataban a quienes trabajaban para ellos con consideración y respeto, algo que apreciaba profundamente. Glen Lyon tenía un ambiente animado y lleno de vida que adoraba.

—Debe de ser agradable estar con tu tío.

—Sí, señor —respondió mientras cortaba con fuerza una rama desaliñada de un arbusto de acebo poco prometedor. Era una pista de que no quería seguir conversando, pero, para su consternación, el señor MacNab la ignoró.

Se detuvo a unos pocos pasos, y los hombros de Kit se tensaron bajo el raído abrigo al sentir su mirada estudiándola.

—¿Dónde vivías antes de venir aquí?

Por desgracia, un simple "Sí, señor" no bastaría esta vez.

—Cerca de Inverness —respondió con sequedad, lanzando la rama al carro.

El repentino silencio a su alrededor le pareció ominoso. Había imaginado que otros miembros de la expedición se habrían repartido por el valle, pero parecía que ella y el señor MacNab estaban solos.

—¿Dónde exactamente? Conozco bien esa zona.

Contuvo un suspiro irritado. Por supuesto que la conocía.

—Era un pueblo muy pequeño. Dudo que lo conozca.

—Inténtalo.

Él había dado un paso atrás del carro y la miraba con una concentración que estaba segura de que ningún humilde mozo de cuadras merecía.

El miedo frío descendió por su columna vertebral. Miró desesperadamente a su alrededor, al bosque nevado, demasiado aturdida como para inventar una mentira convincente.

Se estremeció, y volvió a hacerlo. El aire se había vuelto gélido. Su nerviosismo no era lo único que le helaba la sangre.

—Creo que deberíamos volver, señor —dijo con un deje de urgencia—. Va a nevar.

Él no se movió. Tampoco abandonó su interrogatorio, que el diablo se lo llevara.

—¿Echas de menos a tus padres?

—Soy huérfano.

Eso, al menos, no era mentira. Aunque sí era cierto que provenía de una finca cerca de Inverness, más al este. Ahora desearía haber mentido sobre eso también.

—Lamento oírlo.

—Gracias, señor.

Sabía que él esperaba que ampliara su respuesta, que hablara más de lo ocurrido a su familia.

Pero permaneció obstinadamente en silencio.

Finalmente, él suspiró y le dedicó una mirada irónica.

—No eres precisamente la persona más habladora del mundo, ¿verdad, Kit?

—No, señor —dijo, y esperaba que no notara el tono de satisfacción en su voz.

—Sin embargo, cuando estás con Andy y William, charlas como una cotorra.

Que el cielo la ayudara, la situación empeoraba por momentos. Su curiosidad no había empezado esa tarde, ni siquiera el día anterior. Él llevaba un tiempo observándola.

Hasta ahora, su disfraz la había mantenido a salvo. Laing la mantenía apartada del resto del personal tanto como podía, y ella había interpretado con éxito el papel de un adolescente tímido y lacónico en el comedor de los sirvientes. Pero no se hacía ilusiones: si alguien con ojos perspicaces miraba demasiado de cerca, pronto desmontarían el mito de Kit Laing, el reservado mozo de cuadras. Y el señor MacNab tenía unos ojos demasiado agudos e inteligentes, maldita sea.

—Son buenos niños —dijo ahora.

En realidad, el señor MacNab tenía razón. De todos en la finca, los niños eran las únicas personas con las que podía relajarse. Ahora cuestionaba la sensatez de su comportamiento.

—Cuando les apetece —respondió Quentin con sequedad.

—No tiene nada de malo tener carácter, señor.

Añadió el “señor” como un pensamiento tardío.

—No, no lo tiene.

Él continuaba estudiándola como si adivinara todos sus secretos.

El miedo le revolvió el estómago, aunque se obligó a mantener la compostura. No había razón para que el señor MacNab se interesara lo suficiente en ella como para exponer su verdadera identidad.

—¿Hace cuánto que fallecieron tus padres?

Se removió bajo esa mirada implacable que parecía ver demasiado.

—Mi madre murió cuando era una niña. Mi padre murió hace dos años.

También era cierto.

—Me sorprende que no vinieras con tu tío entonces.

—Mi padre se había vuelto a casar. Me quedé con mi madrastra.

—¿La echas de menos?

Por pura prudencia, esa pregunta era mejor dejarla sin respuesta.

—También murió. El pasado enero.

—Lamento oír eso.

—Gracias, señor.

—¿Entonces quedaste bajo el cuidado de la caridad local?

—No, señor. Tengo un hermanastro.

—¿Y sigue vivo?

—Sí, señor —respondió Kit con los labios apretados.

—Parece que has tenido muy mala suerte con parientes fallecidos a tu alrededor.

—Eso no es excusa para burlarse de mí, señor MacNab —dijo con aspereza, antes de recordar que un simple mozo de cuadras jamás habría reprendido al sobrino del laird por su falta de educación. Todos sus instintos le gritaban que huyera, pero algo en esa mirada inquebrantable la mantenía clavada en el suelo nevado, cambiando el peso de un pie a otro.

—Tal vez no.

Seguía mirándola fijamente.

Kit había tenido sueños tontos de aparecer un día ante Quentin MacNab como Christabel Urquhart y deslumbrarlo con su encanto y belleza. En los sueños siempre elegía ser encantadora y hermosa. ¿Por qué no? Pero ahora que había atraído su atención, deseaba mandarlo al infierno.

Necesitaba alejarse de él. Y necesitaba hacerlo ya.

—Realmente va a nevar, señor, y hemos vagado demasiado lejos de la casa.

Como para confirmar sus palabras, unos suaves copos rozaron su nariz y se posaron en sus pestañas.

Finalmente, él miró a su alrededor en el bosque. Su expresión le dijo que hasta ahora no había prestado atención a sus advertencias sobre el tiempo.

—Por Júpiter, tienes razón. ¿Por qué demonios no dijiste nada?

Contuvo una réplica y notó las arrugas de diversión alrededor de sus ojos. Se estaba burlando de ella. Lo cual, que el cielo la ayudara, lo hacía más atractivo que nunca. Sin duda, sería el favorito de las damas en el baile de Navidad.

A través del mal tiempo, ambos desandaron el camino que habían recorrido. El señor MacNab tomó el asa del carro, a pesar del intento de Kit de retenerlo. La nieve, cada vez más espesa, caía a su alrededor, transformando el bosque en un confuso desierto blanco. El tiempo en la costa oeste de Escocia podía cambiar en un abrir y cerrar de ojos.

Al menos, la necesidad de regresar a Lyon House libró a Kit de más preguntas, pero las condiciones se volvieron tan imposibles que no encontró mucho consuelo en el respiro. La visibilidad pronto se redujo a unos pocos metros, luego a unos pocos pasos, y la temperatura caía con cada minuto que pasaba.

Kit tropezó y cayó de rodillas mientras intentaba mantener el ritmo del Señor MacNab.

—Por favor, deme la mano, señor —jadeó.

Él se giró y la ayudó a ponerse de pie con sus hábiles manos. A pesar del peligro, un escalofrío de sensación recorrió a Kit con su contacto.

—Esto es inútil. Nunca lograremos volver a la casa.

Kit alzó la vista hacia él, desolada, mientras más nieve se acumulaba en su cabello y hombros.

—¿Pero qué podemos hacer? Tenemos que encontrar refugio.

—Antes había una cabaña de leñador cerca del camino. Dejemos el carro y veamos si podemos encontrarla.

—No podemos ver nada.

—Tengo buen sentido de la orientación. ¿Confías en mí?

—Sí, señor —respondió Kit, para su sorpresa, con sinceridad.

—Toma mi mano y no la sueltes.

Kit entrelazó sus dedos con los de él. A pesar del peligro y de las dos capas de guantes de cuero, sintió una sacudida de calor con el contacto. Una sacudida de calor y una oleada de confianza.

Porque había estado observando a Quentin MacNab tan de cerca como, al parecer, él la había estado observando a ella. Una cosa que había notado era que aquel joven destacaba por su competencia. Si alguien podía sacarlos de aquel apuro, era él.

El sentido común le decía a Kit que solo lucharon contra la tormenta de nieve durante una media hora más o menos, pero el tiempo se estiró hasta parecer eterno. El viento soplaba con fuerza, envolviéndola y haciéndola temblar. No valía la pena intentar hablar, incluso si tuviera aliento para ello.

El señor MacNab nunca soltó su mano. Aquel firme agarre la hacía creer que lograrían salir

de aquel desierto helado.

Kit debería estar aterrorizada, pero incluso cuando se hundía hasta las rodillas en los ventisqueros y respiraba un aire tan frío que le dolía en los pulmones, su testarudo corazón le decía que El señor MacNab no permitiría que muriera.

—¡Uf! —chocó contra algo y perdió el poco aliento que le quedaba.

El "algo" era la espalda del señor MacNab. Kit tanteó para agarrarse a su grueso abrigo y recuperar el equilibrio. Él estaba gritando algo, pero, incluso tan cerca, el viento robaba sus palabras. Lo siguió tambaleándose hacia adelante, haciendo un gran esfuerzo por no aferrarse a él como un gatito asustado.

Estaba medio ciega por la nieve y el agotamiento, pero pronto incluso ella no pudo ignorar la silueta oscura que surgía de la blancura interminable.

El señor MacNab soltó su mano para tirar de la puerta. El pequeño porche ofrecía un poco de resguardo; de lo contrario, temía que la nieve arrastrada por el viento hubiera bloqueado la entrada.

—¡Maldición, abre! —masculló el señor MacNab, y esta vez Kit lo escuchó. Debía de estar intentando decirle que habían llegado a la cabaña justo cuando ella había chocado contra él.

Había sentido que llevaba un mes caminando por la nieve. Parecía que pasaba otro año antes de que la tosca puerta de madera crujiera al abrirse. El refugio de la cabaña ofrecía una ligera protección contra el viento, pero ahora que había dejado de moverse, se dio cuenta de lo increíblemente fría que estaba. Si no lograban entrar rápidamente, corrían verdadero peligro de morir.

—Estamos dentro —dijo El señor MacNab, pero sus palabras no tenían sentido para Kit.

—¿Qué…?

—Kit, resiste.

Ella se sintió mareada cuando él la alzó en brazos y la llevó al interior, que le pareció una cueva oscura. El viento seguía rugiendo fuerte allí, pero comparado con el exterior, el silencio era impactante.

Kit no podía ver nada. Después de la lucha contra la tormenta, su vista necesitaba tiempo para ajustarse a la penumbra. A través de su estupor helado, le llevó un momento darse cuenta de que El señor MacNab no debería estar sosteniéndola de esa manera. Sus brazos eran firmes y fuertes, incluso después de la odisea en el exterior, pero ella era un mozo de cuadras, y él, el sobrino del amo.

—Déjeme en el suelo —dijo Kit con esfuerzo, entre dientes castañeteando.

Él debía de tener mejor visión nocturna que ella, porque la depositó con precisión en un rústico catre de madera en un rincón. Aunque sus extremidades parecían hilos mojados y su mente estaba embotada, Kit hizo un esfuerzo por incorporarse. Dentro de la cabaña hacía frío, pero no tanto como fuera.

Se sentía demasiado vulnerable tumbada de espaldas. Después de todo, no era un mozo de cuadras, sino una chica vestida con ropa masculina. Aunque su mente apenas lograba procesar nada más, reconocía que estaba sola y desprotegida en compañía de un joven lleno de vigor.

No seas tonta, se reprendió con severidad. *Él piensa que eres un chico. Además, nada de lo que has visto indica que pueda hacerte daño.*

—Ah, eso es lo que pensaba. Todavía está aquí.

—¿Qué… qué sigue aquí? —preguntó Kit. El frío y el cansancio le permitieron evitar forzar el tono de su voz para que sonara más grave.

—Una yesca y leña para encender un fuego. Ya estaba preparado. Hamish y *milady* deben

usar este lugar como refugio. En cuanto prenda el fuego, cerraré la puerta. Al menos, la cabaña está bien construida. La recuerdo de cuando jugaba en la finca siendo niño. Casi todos los años, la familia venía a Glen Lyon para pasar las vacaciones de verano.

—Tiene… buena memoria. Y buen sentido de la orientación.

Gracias a Dios lo tenía. Puede que Kit no quisiera estar a solas con El señor MacNab dentro de aquella cabaña, pero era mejor que morir en la ventisca.

—Me gusta observar lo que ocurre a mi alrededor —respondió El señor MacNab.

Kit se tensó, aunque no parecía una amenaza directa. Él no podía haber descubierto su secreto. Nadie más lo había hecho. Pero las palabras le sonaron huecas y poco consoladoras.

Se escucharon unos arañazos y un crujido, seguidos de un leve resplandor dorado. Suficiente luz para que Kit distinguiera la silueta de Quentin MacNab agachado junto al hogar.

Comparado con el laird, que era un gigante rubio, Quentin era mucho más proporcionado, aunque en aquel espacio tan reducido se le antojaba imponente. Kit rodeó su cuerpo con los brazos, buscando tanto calidez como tranquilidad ante sus aprensiones sobre cómo se resolvería aquella situación.

—Listo. Ya está encendido —dijo él con satisfacción mientras las llamas prendían en la yesca. Se levantó con la misma gracia atlética que Kit había notado desde el primer día y se acercó a cerrar la puerta.

La calma que descendió fue tan repentina como un hachazo, aunque solo parecía calma en comparación con el caos de fuera.

—Acércate al fuego y entra en calor.

—Sí, señor —respondió Kit, pero al levantarse, las piernas amenazaron con cederle.

Antes de que pudiera desplomarse en un montón humillante en el suelo, Quentin ya estaba a su lado, sujetándola por el codo.

—Lo siento muchísimo, Kit. Debería haberme dado cuenta de que el tiempo iba a empeorar y haberte llevado de vuelta a la casa. Me lo advertiste. Todo esto es culpa mía. Quería hablar contigo a solas —dijo el señor MacNab.

El miedo que Kit había sentido antes se alzó de nuevo para devorarla.

—Creo que debería soltarme, señor. Puedo caminar —respondió Kit.

El señor MacNab ignoró su protesta, y mientras la ayudaba a avanzar tambaleándose hacia el fuego, Kit casi se sintió agradecida. Cuando él la acomodó en un taburete de tres patas, arrastró otro para sentarse frente a ella.

La cabaña estaba escasamente amueblada: una cama con un colchón de paja, un par de taburetes y una mesa desvencijada contra una de las paredes.

El señor MacNab se quitó el abrigo mojado y lo colgó de un gancho junto a la chimenea. Debajo llevaba una elegante chaqueta verde oscuro y unos prácticos pantalones negros. Se dejó caer en el taburete con un gemido de cansancio y le lanzó una mirada preocupada.

—Toma —dijo, extendiéndole una petaca plateada—. Esto te ayudará.

Kit la aceptó. A pesar del crepitar del fuego, sentía el frío clavado en los huesos.

—Gracias, señor.

Las manos de Kit temblaban mientras llevaba la petaca a los labios. Después de convivir con su hermanastro, conocía de sobra el olor del whisky.

Tomó un sorbo y casi lo escupió. ¿Cómo podía gustarle a alguien aquella porquería? Sabía a medicina. Tragó de un golpe y comenzó a toser. Cegada por las lágrimas, sintió cómo el señor MacNab le retiraba la petaca con delicadeza.

Kit inhaló una bocanada de aire.

—Es horrible —dijo entre jadeos.

El señor MacNab se echó a reír.

—Uno aprende a cogerle el gusto.

Neil, su hermanastro, desde luego lo había hecho. Siempre apestaba a alcohol rancio. El recuerdo de lo que había dejado atrás reforzó su determinación de mantener el disfraz.

—No entiendo cómo puede alguien querer beber esto —replicó Kit.

—¿Te estás sintiendo mejor? —preguntó el señor MacNab, con una sonrisa.

Kit abrió la boca para decir que no, pero se dio cuenta de que empezaba a sentir un calor extendiéndose por su interior. Cuando había entrado, se sentía como un bloque de hielo. Ahora su sangre comenzaba a fluir de nuevo.

—Sí, señor. Gracias.

—Bien —dijo el señor MacNab, llevándose la petaca a los labios y bebiendo.

Kit debía estar sintiéndose mejor, porque la muchacha tonta que llevaba dentro no pudo evitar notar que él bebía justo del lugar donde ella había bebido antes. Era lo más cerca que estaría jamás de recibir un beso de Quentin MacNab.

No seas boba, Christabel Sophia Urquhart.

—¿Quieres más? —preguntó él.

Había un agradable calor en su estómago que hacía que el sabor terrible mereciera la pena, así que para su propia sorpresa, Kit respondió:

—Sí, por favor.

El señor MacNab sonrió con aprobación y le pasó la petaca. Kit tomó un sorbo más cauteloso y esta vez logró no atragantarse. Cuando se la devolvió, observó cómo él atornillaba la tapa plateada. Había un lujo casi perverso en poder estudiarlo así, a plena vista. Todo lo que hacía tenía una economía de movimientos que despertaba algo profundo en su interior.

Hasta ahora, Kit solo se había atrevido a mirarle a hurtadillas, temiendo que alguien notara su interés inapropiado por el sobrino del laird. Pero en esa cabaña, podía observarlo cuanto quisiera.

Y lo mejor de todo era que, por una vez, el señor MacNab no hacía preguntas. Un silencio cómodo se instaló entre ellos, y Kit dejó que su mente divagara. El calor del fuego de turba le reconfortaba, y la cabaña los protegía del clima infernal. Por primera vez en semanas, las tensas ataduras de miedo en su estómago comenzaron a aflojarse. Cuando respiró, sintió que por fin llenaba completamente sus pulmones.

—Cuidado —dijo una voz suave y divertida mientras una mano fuerte la enderezaba en el taburete—. Estás a punto de caerte al suelo.

—Ay, Dios, creo que es el whisky —dijo Kit, parpadeando torpemente hacia él. A pesar de todo, el placer la inundó.

Él le ofrecía una vista realmente agradable: aquellas facciones intensas y angulosas, con pómulos definidos y una nariz lo suficientemente prominente como para darle carácter. Sus ojos, llenos de amabilidad e inteligencia, eran casi hipnóticos.

El señor MacNab sonrió.

—Ahora estoy cuestionando la sabiduría de haberte dado una segunda dosis.

—No estoy acostumbrada a los licores.

—Ya veo.

—¿Cree que estaremos aquí mucho tiempo? —preguntó Kit, aunque al instante reconoció la infantilidad de su pregunta. ¿Cómo iba él a saberlo?

—A veces las tormentas duran una hora, otras veces días.

—¿Días? —El bienestar que le había provocado el whisky se desvaneció de golpe. ¿Cómo

iba a mantener su disfraz si se quedaban allí encerrados durante días? Incluso unas horas representaban un peligro.

—No podemos quedarnos aquí tanto tiempo —dijo, alarmada.

—Esperemos y veamos —respondió él, observándola con atención—. No tiene sentido entrar en pánico todavía.

Kit no podía imaginar al señor MacNab perdiendo los nervios ni siquiera en medio de un terremoto. Ella, en cambio, se sentía cada vez más aterrorizada.

—Mi… mi tío estará preocupado.

—Estoy seguro de que sí, pero si él, mi tía y mi tío tienen algo de sentido común, imaginarán que encontramos esta cabaña. Es mejor que todos esperemos a que pase la ventisca, al menos por ahora.

La certeza en sus palabras le ofreció un atisbo de consuelo, hasta que recordó que había peligros más allá del clima.

—Podríamos estar aquí toda la noche.

—Podríamos.

Kit se abrazó a sí misma. De repente, volvió a sentir frío, a pesar del fuego.

—Al menos tenemos mucha turba —dijo en voz baja.

—También podemos compartir la cama. El calor corporal es la mejor forma de mantenernos calientes.

No, no, no, no, no.

—Eso no es apropiado, señor MacNab —replicó Kit, con voz temblorosa por la alarma—. Usted use la cama, y yo me quedaré junto al fuego.

—La practicidad supera a la decencia en este caso, Kit.

Kit frunció el ceño, desconcertada. Aquella afirmación le pareció extraña, dirigida a un simple mozo de cuadras.

—No soy más que un sirviente.

—¿De verdad lo eres, Kit? —replicó Quentin MacNab con una intensidad que la dejó helada. Sus ojos avellana brillaban, afilados como una daga—. O debería decir más bien… señorita Laing.

Capítulo 3

Quentin observó cómo aquellos espectaculares ojos se abrían de par en par por el horror. El poco color que Kit había recuperado desde que llegaron a la cabaña desapareció de su rostro, dejándola tan pálida como la nieve del exterior.

Su esbelto cuello se movió cuando tragó saliva.

—Yo…

Él cortó el aire con la mano.

—No te molestes en negarlo. Llevo sospechándolo desde hace un tiempo, pero lo supe con certeza ayer, cuando te saqué de ese montón de nieve.

Torpe por el terror, Kit se levantó de un salto y corrió hacia la puerta, volcando el taburete en su prisa.

Quentin la alcanzó justo cuando sus manos frenéticas forcejeaban con el pestillo. La sujetó y la arrastró de vuelta contra su cuerpo.

—No seas una tonta. No durarás diez minutos ahí fuera.

—Mejor eso que…

Una náusea le retorció el estómago. No se le había ocurrido que ella pudiera temer una agresión, aunque maldita sea, debería haberlo hecho. Su agarre sobre el cuerpo retorciéndose de la chica se volvió más suave, aunque no lo suficiente como para que pudiera escapar y salir al frío.

—Detente, Kit. Estás a salvo. Te lo juro por mi vida.

Ella siguió revolviéndose como un pez atrapado en un anzuelo. Era sorprendentemente fuerte, pensó Quentin, pero supuso que debía serlo para haber mantenido su papel de mozo de cuadras durante todas esas semanas. Estaba claro que Joseph Laing no la había favorecido evitándole los trabajos duros.

—Que el diablo te lleve, estate quieta —gruñó Quentin.

—¿Me soltará? —preguntó Kit, con la voz llena de tensión.

Quentin odiaba que tuviera tanto miedo, aunque imaginó que el miedo había sido su compañero constante durante mucho tiempo. Solo un miedo avasallador podía haber impulsado a una muchacha a recurrir a una mascarada tan desesperada.

—Lo siento si te he asustado —dijo él.

Quentin retiró las manos y retrocedió, con la esperanza de calmarla. Pero tuvo que lanzarse hacia adelante de nuevo para agarrarla por la cintura cuando ella se dirigió otra vez hacia la puerta.

—Maldita sea, Kit. Te he dicho que no pienso hacerte daño. Cálmate.

Esta vez, cuando Quentin la enfrentó, no soltó sus brazos. Había aprendido la lección.

Kit respiraba con dificultad, y una furia brillante destellaba en sus ojos mientras le lanzaba una mirada de odio.

—No tiene derecho a tocarme.

—Lo tengo cuando es para salvar tu maldita cabeza loca —replicó él.

Los ojos de Quentin recorrieron las delicadas facciones de la muchacha. Incluso con ese horrible atuendo, era hermosa. El gorro de lana, ajustado sobre su frente, no podía ocultar la perfecta estructura ósea, las arqueadas cejas negras ni aquellos ojos como flores. Esa suave boca rosada tampoco pertenecía a ningún mozo de cuadras.

Él negó con la cabeza, desconcertado.

—¿Cómo demonios conseguiste convencer a alguien de que eres un muchacho?

Esa suave boca rosada se tensó en una línea de desafío, y ella le dirigió una mirada fulminante.

—No tengo por qué contarle nada.

—No, no tienes que hacerlo —admitió Quentin. La muchacha era como una potranca nerviosa, sobresaltándose con su propia sombra y a punto de salir corriendo al menor ruido—. Pero he mantenido tu secreto hasta ahora. ¿No me darás un voto de confianza?

Ella pareció confundida.

—¿No se lo ha contado a nadie?

—No, te lo juro por mi honor. —Quentin hizo una pausa antes de añadir—: Y te prometo que no lo haré. Pero está claro que tienes problemas. Me gustaría ayudarte, si puedo.

—Puede ayudarme dejándome marchar —respondió Kit con tono hosco.

—¿Vas a salir corriendo a la nieve?

Kit suspiró profundamente.

—No. Es más rápido que yo. Me atraparía antes de que llegara a ningún sitio.

—Muy sensato.

Los ojos que alzó hacia él estaban llenos de cautela, pero el pánico ciego había retrocedido, gracias a Dios. Quentin estaba preparado para perseguirla de nuevo si hacía falta, pero ella permaneció quieta frente a él, observándole como si temiera que fuera a morderla. Quentin no era un hombre vanidoso, pero estaba acostumbrado a que la gente le apreciara, especialmente las mujeres. Ese miedo y desconfianza no eran las reacciones femeninas habituales ante su interés.

Como muestra de buena fe, Quentin la soltó.

—Vuelve junto al fuego. Aquí hace más frío que en el salón de un pingüino.

Quentin se giró para enderezar el taburete volcado y se sentó. Todo el tiempo, mantuvo la mirada fija en la muchacha, con los músculos tensos, listo para actuar si intentaba huir.

Pero parecía que Kit había aceptado sus promesas de que estaba a salvo, al menos por el momento. Vacilante, ella cruzó el suelo y se dejó caer, derrotada, en el otro taburete.

Quentin sacó la petaca plateada y se la tendió.

—¿Te gustaría un poco más de whisky?

—No, gracias.

Quienquiera que fuese, había sido educada con buenos modales. Quentin llevaba tiempo notando que el nuevo mozo de cuadras tenía un aire refinado, incongruente en un sirviente de tan baja categoría. También notó que el errático acento de las Highlands había desaparecido.

Por Dios, necesitaba un trago, aunque ella no lo quisiera. Quentin odiaba ver el temor en sus ojos. Fuera lo que fuera de lo que estuviera huyendo, debía ser lo bastante grave como para haberle enseñado a temer. Detestaba pensar que alguien pudiera haber maltratado a esa chica, que era una intrigante mezcla de fuerza y vulnerabilidad. Por no mencionar que era endemoniadamente bonita.

Quentin tomó un sorbo de whisky y volvió a guardar la petaca en el bolsillo mientras consideraba la mejor manera de ganarse su confianza. Decidió empezar con algo relativamente

sencillo.

—¿Cuál es tu nombre?

—Kit.

Quentin reprimió un suspiro.

—No, tu verdadero nombre.

—Ese es mi verdadero nombre —respondió ella, agachando la cabeza y jugueteando con un hilo suelto de aquel voluminoso y horrendo abrigo. Quentin ya había deducido que lo llevaba porque podía ocultar un elefante debajo y nadie se daría cuenta.

Él no insistió. Tras un momento, ella alzó la vista y le dirigió una mirada rápida desde debajo de sus espesas pestañas negras.

—¿No me traicionarás?

Quentin extendió las manos para transmitir que no representaba una amenaza.

—No lo he hecho hasta ahora.

Tras otro silencio, durante el cual él sintió que ella pesaba su alma en una balanza, la tensa línea de sus hombros se relajó un poco.

—Mi padre me llamaba Kit.

—¿Abreviatura de Catriona, Katherine o Christina?

—Christabel.

—Ah.

Un nombre poco común para una chica poco común. No solo porque estuviera vestida como un muchacho. Desde que había captado su atención, Quentin había estado observándola. Incluso vestida de forma convencional, destacaría entre las mujeres.

—Es bonito.

—Gracias. Mamá adoraba la poesía.

—¿Coleridge?

Ella parecía sorprendida.

—¿Lo conoce?

—Sí. Es una obra extraña y hermosa. El nombre te sienta bien.

Quentin dejó escapar una risa irónica.

—No, no vuelvas a ponerte a la defensiva —dijo—. No puedo evitar notar lo bonita que eres. Pero te aseguro que puedo contener mis impulsos masculinos.

Él no insistió en conocer su nombre completo. No aún.

Tras una pausa tensa, Kit continuó:

—Para desesperación de mamá, me interesaban más los caballos que los libros, así que Kit fue el nombre que se quedó.

—Eres muy buena con los caballos —comentó Quentin con voz neutra.

—Los caballos no mienten y no son malintencionados.

Algo frío endureció la expresión de Kit, haciéndola parecer momentáneamente mayor. La mayoría de los mozos de cuadra tenían doce o trece años. Quentin había supuesto que Kit tendría dieciséis o diecisiete, quizá dieciocho. Ahora, al mirarla más de cerca, percibía señales de madurez que no había notado antes.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Quentin.

—Veinte, casi veintiuno.

No mucho más joven que él, con sus veinticuatro años.

—¿Tus padres siguen vivos?

Si lo estaban, ¿qué pensarían de la desaparición de su hija? Cuando Kit había hablado de

ellos, Quentin había detectado afecto en su voz. Seguramente no eran las personas que la habían asustado lo suficiente como para embarcarse en esta alocada escapada. En cuanto reconoció el miedo que sentía, Quentin descartó la remota posibilidad de que todo fuera una simple broma. Fuera cual fuese el motivo de su disfraz, no nacía de un capricho.

Una sombra de tristeza ensombreció los grandes ojos de Kit. Por Dios, había oído tonterías sentimentales sobre que los ojos eran el reflejo del alma, pero en el caso de Kit, realmente parecía cierto.

—Mamá murió cuando tenía diez años. Papá murió hace dos.

Quentin frunció el ceño.

—Entonces me dijiste la verdad sobre eso.

—Sí, señor —respondió ella, recordándole al tímido mozo de cuadras que había conocido.

—¿Así que el hermanastro también existe?

—Sí, señor.

El tono cortante de su voz hizo que a Quentin se le erizara el vello de la nuca. De repente sintió náuseas. ¿Había atacado aquel bastardo a esta hermosa chica cuando quedó a su cargo?

Los ojos de Kit se clavaron en él, afilados.

—No, no me agredió.

Quentin soltó un suspiro de alivio. Aborrecía a quienes hacían daño a los más pequeños o débiles, pero algo más poderoso que sus principios le revolvía el estómago ante la idea de que Kit hubiera sufrido semejante horror.

—Pero es de él de quien te escondes —afirmó Quentin, sin formularlo como una pregunta.

—Sí.

—¿Por qué?

Kit volvió a mirarlo como si esperase que la devorara viva.

—Ya Le he contado bastante.

Quentin sabía que no tenía derecho a presionarla. Solo el derecho de alguien que sentía una necesidad ardiente de protegerla. Lo fuerte que era ese impulso lo sorprendía, aunque siempre había sido un joven con un marcado sentido de la justicia.

En ese momento, le gustaría usar un látigo contra el hermanastro de Kit. Aunque todavía no supiera qué había hecho, era suficiente con que hubiera aterrorizado a esa valiente muchacha y puesto esa mirada atormentada en sus ojos.

—¿Quién más sabe que Kit, el mozo de cuadras, es en realidad Christabel, la dama fugitiva? —preguntó Quentin.

—El señor Laing, obviamente.

Quentin notó que ella no negó su descripción como una dama.

—¿No es tu tío? —preguntó, aunque ya lo había sospechado.

—No. Era el jefe de cuadras de mi padre.

Otro indicio, por si lo necesitaba, de que Kit venía de las altas esferas de la sociedad. Los humildes campesinos no tenían jefes de cuadras.

—Es un buen hombre.

—Sí, lo es —respondió Kit. Por primera vez desde que Quentin había comenzado este interrogatorio, percibió un atisbo de sonrisa en su rostro—. Me puso sobre mi primer pony poco después de que aprendiera a caminar. De niña, nadie podía mantenerme fuera de las caballerizas. Joseph siempre fue amable conmigo.

—Así que fue una elección natural cuando necesitaste ayuda.

Kit frunció el ceño.

—Le he dicho que no quiero seguir hablando de esto.

Quentin se levantó y echó más turba al fuego.

—Será mejor que me lo cuentes todo, Kit. Podríamos quedarnos atrapados aquí durante días, y necesitaremos algo de qué hablar.

Lamentó haber sido tan frívolo cuando Kit se levantó de un salto y lo miró con consternación.

—¿Días? Seguro que no.

—Siéntate —dijo Quentin con cansancio—. Te he dicho que estás a salvo.

Kit lo observó con incertidumbre antes de desplomarse de nuevo sobre el taburete.

—No tenemos nada que comer.

Quentin sonrió con una confianza que esperaba fuera tranquilizadora.

—Preocupémonos por eso si se convierte en un problema. Al menos hay mucha turba, así que no pasaremos frío.

—Si no hubiera encontrado esta cabaña, podríamos haber muerto ahí fuera —dijo Kit con expresión seria.

—No pienses en eso.

—Qué suerte que recordara este lugar.

—Me encanta Glen Lyon y lo conozco bien. La familia Douglas está muy unida. Hay visitas frecuentes entre Hamish y las familias de sus hermanas. Soy el hijo mayor de su hermana Prudence. La finca de mi padre está en el este, cerca de Perth.

—¿Tiene hermanos?

Mientras Quentin hablaba de su pasado, vio cómo la nerviosidad de Kit disminuía. Supuso que debía de ser un alivio desviar la atención de su propia situación. Aunque en realidad, su atención no se alejaba de ella en absoluto. Quentin esperaba que, si compartía algo sobre sí mismo, Kit se sintiera inclinada a devolverle el favor.

—Sí, dos hermanos y tres hermanas.

—¿Y los quiere? —preguntó Kit.

Una sonrisa curvó los labios de Quentin.

—Son un auténtico fastidio la mayor parte del tiempo. Dos de mis hermanas están prometidas. Una sigue en el colegio con mis hermanos.

—Debí haberlo imaginado —dijo Kit—. Es tan bueno con la señorita Andy y el señorito Will… Se nota que está acostumbrado a tratar con niños.

Quentin arqueó una ceja, sorprendido. Así que Kit también lo había estado observando.

—Al menos estoy acostumbrado a mis hermanos y hermanas. Les tengo mucho cariño a esos pequeños demonios. Estoy seguro de que a ellos les caerías bien.

Kit hizo un gesto extrañamente melancólico.

—Me habría encantado tener hermanos. Tiene suerte.

Quentin inclinó ligeramente la cabeza. Sí, la tenía. Mucha más suerte que esta chica asustada.

—Laing llegó a Glen Lyon hace dos años. Fue cuando murió tu padre, ¿verdad?

El rostro de Kit volvió a adoptar esa expresión sombría, como si contemplara el fin del mundo.

—Neil, mi hermanastro, asumió la gestión de la propiedad hasta que yo tuviera edad para encargarme. Laing no pudo soportarlo como amo, así que buscó este puesto en Glen Lyon.

La sorpresa atravesó a Quentin como un relámpago. Se puso de pie de un salto, clavando la mirada en la delicada mujer que tenía enfrente. Esa mujer de aspecto modesto y ropas de trabajo desgastadas. La mujer que parecía haber convencido a todos, excepto a él, de que era un simple

mozo de cuadras.

—¡Por Dios, ya sé quién eres!

El miedo brilló en los preciosos ojos de Kit, que se levantó de golpe y retrocedió unos pasos.

—Ya le he dicho quién soy.

—Sí —dijo Quentin con un tono afilado—. Kit, también conocida como Christabel, con un don raro para los caballos y los niños, y con un hermanastro que merece una buena paliza.

—Así es —dijo Kit, observándolo con recelo, mientras mantenía la distancia.

Quentin agitó una mano en el aire con un gesto cortante.

—Pero no me dijiste que eres la hija del conde de Appin.

Capítulo 4

Quentin vio cómo la atención de Kit se centraba en la puerta. Todo su cuerpo se tensó, lista para huir.

—No lo intentes, *milady*.

—No me llame así —dijo Kit con los labios apretados. Quentin pensó que estaba pálida antes, pero ahora parecía casi transparente.

—Eres la heredera de una fortuna.

—Aye.

—Una de las mayores de Escocia —continuó Quentin, luchando por recordar lo poco que sabía de la familia Urquhart y su título—. Y además, estás destinada a convertirte en condesa, porque es uno de los pocos títulos que pueden pasar por la línea femenina.

—Ya soy la condesa —replicó Kit, aún con esa horrible rigidez en la voz. Ni siquiera sonaba como Kit. El sobrino de Joseph Laing siempre había hablado con una dicción inusualmente precisa para un sirviente, pero ahora su tono era el de quien asistía a una recepción real: vocales tensas y consonantes perfectamente articuladas—. Lo soy desde que murió mi padre.

Quentin frunció el ceño, desconcertado.

—Entonces dime, ¿qué demonios hace la condesa de Appin trabajando como mozo de cuadras en casa de mi tío? No he oído nada sobre tu desaparición.

—Sospecho que Neil está manteniéndola en secreto para evitar un escándalo —respondió Kit, desplomándose frente a él, de repente agotada, asustada y derrotada. Parecía como si alguien hubiera cortado los hilos que la mantenían en pie—. Por favor, no se lo diga a nadie.

Quentin resistió el impulso de tomarle el brazo. Kit aún no confiaba lo suficiente en él como para dejarlo acercarse tanto.

—Tienes mi palabra.

Ella alzó la vista, sorprendida, para buscar su rostro.

—¿Lo dice en serio?

—Sabes que sí.

—Pero usted no sabe por qué he hecho esta locura.

Quentin agitó la mano en el aire.

—Debes de tener tus razones, y buenas. Puedo imaginarme que la vida como mozo de cuadras de Hamish es mucho más dura que la vida como condesa de Appin.

El cinismo que torció los labios de Kit le dolió a Quentin. Aunque ya había adivinado que ella era mayor de lo que había supuesto al principio, nadie tan joven debería mostrar esa amargura.

—He sido feliz en Glen Lyon.

Eso significaba que no había sido feliz en Appin. Por supuesto que no lo había sido. Si lo hubiera sido, jamás habría asumido riesgos tan terribles para su reputación y su seguridad.

—Supongo que Hamish y Emily saben quién eres.

—Aye.

—¿Alguien más?

—No se lo he dicho a nadie, pero a veces pienso que la señora McCluskey puede haberse dado cuenta. De que soy una chica, al menos.

Quentin asintió. La señora McCluskey, el ama de llaves, era una de las mujeres más astutas que conocía. Seguramente había intuido que el nuevo mozo de cuadras no era lo que parecía.

—No puedes mantener esta farsa indefinidamente —dijo Quentin—. Si yo he notado que no eres un chico, otras personas lo harán también. Y como dices, el escándalo será horrible.

Kit lo miraba como si fuera una serpiente a punto de atacar.

—Solo hasta Navidad.

—¿Qué pasa en Navidad? ¿Vienen las hadas por la chimenea para salvar a la princesa?

Tal como esperaba, eso hizo que ella sonriera. Quentin había notado que, cuando Kit no estaba aterrorizada, le gustaba reír. Ayer, durante el paseo en trineo, había estado radiante, llena de vida. Quentin odiaba ser la causa de que esa luz se apagase.

—He pasado los últimos dos años deseando que las hadas vinieran a salvarme. No creo que existan, ni siquiera en Navidad.

—Siéntate y cuéntamelo —le dijo Quentin, señalando el taburete—. Sabes que puedes confiar en mí.

Kit no se movió, y los ojos que recorrieron a Quentin parecían más viejos de lo que deberían. Su certeza de que ella estaba en un problema grave se afianzó.

—¿Por qué debería confiar en usted, señor MacNab? ¿Porque es encantador y apuesto, y porque está terriblemente curioso por hacerme confesar mis secretos?

Para su vergüenza, Quentin se sonrojó.

—Me has estado observando.

Kit se encogió de hombros.

—Es muy agradable de mirar, pero como solía decir mi antigua niñera, la belleza está en las acciones, no en el rostro.

—Creo que deberías contármelo porque quiero ayudarte —dijo Quentin, con una sonrisa burlona que se reflejó en la curva de sus labios—. Sin mencionar que, efectivamente, tengo mucha curiosidad por saber qué puede llevar a una de las mujeres más ricas de Escocia a abandonar su lujosa torre de marfil para trabajar en las caballerizas de mi tío.

—No soy una de las mujeres más ricas de Escocia. No tengo un céntimo, a menos que mi hermanastro me lo permita. Y créame, nunca lo permite.

Quentin comenzó a desarrollar una fuerte antipatía por ese hermanastro desconocido que sonaba como un tirano doméstico en el mejor de los casos. En el peor, sospechaba que el bastardo había hecho algo horrible para infundir tanto miedo en los ojos azules de Kit. Quentin podía ver que esa chica había sido intimidada. Qué tan mal, esperaba descubrirlo. Pero fuera lo que fuera, ya estaba de su lado.

—¿Y qué pasa en Navidad?

Kit suspiró y, por fin, se dejó caer en el taburete.

—Me convertiré en una de las mujeres más ricas de Escocia.

Algo que ella había dicho antes cobró sentido.

—Cumples veintiún años y tomas control de tu herencia.

Kit asintió.

—Y el dominio de Neil Maxwell sobre Appin llegará a un abrupto final.

Su tono era duro, incongruente con una figura tan pequeña, pero suficiente para que Quentin

reconociera el acero que había bajo su delicada piel.

Por supuesto, ella era fuerte. Y valiente.

La admiración tiñó la voz de Quentin mientras volvía al otro taburete.

—Me alegro por ti. Pero ¿no podías aguantar de forma segura en Appin si solo faltaban unas semanas para que fueras libre?

Kit lo estudió con un atisbo de hostilidad. Quentin no lo apreciaba. Aunque ella lo había llamado encantador y apuesto, comenzaba a sospechar que en su libro ninguna de esas palabras era un cumplido.

—Está decidido a sacarme la historia —dijo Kit.

—¿Sería tan malo confiar en mí? —preguntó Quentin, haciendo una pausa—. Ya he deducido la mayor parte.

Ella arqueó las cejas con un desdén aristocrático que ningún mozo de cuadras podría haber imitado jamás.

—¿De verdad?

Quentin se levantó y echó más turba al fuego. La luz reveló un rostro compuesto por formas hermosas. Una vez más, se preguntó cómo alguien pudo haber creído que esa chica era un muchacho.

—A Neil Maxwell le gusta estar al mando de tu fortuna —dijo—, y sabe que lo odias, así que está muy consciente de que sus días de acceso a las arcas de los Urquhart están contados. La amenaza inminente de la Navidad le empujó a hacer todo lo posible por quedarse con el dinero. Intentó obligarte a casarte con él porque, si lo lograba, tendría el control permanente de tu fortuna.

Quentin rezó para que Neil no hubiera usado la violencia contra Kit. Su actitud esquiva insinuaba que sí, aunque ella había dicho que no. Quizá la amenaza de violencia había sido suficiente para provocar su huida y su disfraz.

—Neil no quería casarse conmigo. Los más puritanos no lo habrían aprobado, aunque supongo que sería legal. Neil tiene ambiciones políticas y no quiere que los rumores sobre un matrimonio vagamente incestuoso empañen sus oportunidades. En su lugar, ideó un plan con uno de sus odiosos amigos. Su amigo me conseguía a mí y la mitad del dinero, y Neil se quedaba con el resto. —El tono seco de Kit no ocultaba su desprecio por su hermanastro ni por sus maquinaciones—. Estoy segura de que, si Neil pudiera quedarse con todo, lo intentaría, pero es un chico muy astuto y sabe que la mitad del dinero de los Urquhart es mejor que nada.

—¿Es joven? —preguntó Quentin.

—Tiene veintiocho años. Siempre me ha odiado.

—Está celoso.

—Aye, supongo que sí, aunque no es precisamente pobre. Ha heredado una propiedad considerable en los Borders. Yo tenía doce años cuando mi padre se casó con su madre. Ella tampoco me quería.

—¿Estabas muy unida a tu padre?

Una gama de emociones cruzó el rostro de Kit. Principalmente. pena y amor.

—Aye.

—No me extraña que no le gustaras, sobre todo, cuando creciste y te convertiste en una belleza.

Ella le lanzó una mirada poco impresionada.

—Ahora mismo, dudo que pueda saber cómo me veo cuando estoy vestida como una chica.

Quentin le sostuvo la mirada con firmeza.

—Puedo imaginarlo.

Kit se levantó de un salto, y su mirada revoloteó hacia la puerta. Quentin maldijo por haberla asustado otra vez.

Hizo un gesto hacia el taburete.

—Siéntate, Kit. Te he dicho que estás a salvo.

La desconfianza volvió a su expresión.

—No tengo motivos para confiar en los hombres jóvenes.

—Tal vez no, pero puedes confiar en mí.

Cuando él no hizo ningún movimiento hacia ella, Kit respiró hondo y volvió a sentarse.

—Me parezco demasiado a mi madre para la conveniencia de lady Maxwell. Mi padre amaba a mi madre. No amaba a mi madrastra, pero necesitaba una señora para sus dominios y esperaba que ella pudiera ser una madre para mí.

—Lo siento. Debiste de ser muy infeliz, y además echando de menos a tu madre.

—Sí. No fue tan malo mientras papá vivía. Siempre nos llevamos bien, y Neil pasaba mucho tiempo fuera en la escuela y en la universidad. Me escapaba a las caballerizas cuando podía.

Parecía una infancia solitaria, pero Quentin se abstuvo de decirlo. Tenía la impresión de que Christabel Urquhart, condesa de Appin, era una chica orgullosa. Detestaría saber que alguien la compadecía.

Aunque sus sentimientos eran mucho más complejos que la mera compasión. Admiraba su valentía y su osadía. Temía por ella. Odiaba pensar que alguien la había lastimado.

Y además, era un hombre. Puede que a Kit no le gustara que notara sus múltiples atractivos. Pero ¿cómo podía evitarlo?

—Las caballerizas donde Joseph Laing era el jefe de mozos.

—Aye. Cuando... cuando las cosas se volvieron imposibles y necesitaba huir, era el único a quien podía acudir.

—¿No tenías ningún familiar que pudiera ayudarte?

—Mi hermanastro es mi tutor legal. Si dejaba Appin como Christabel, tenía derecho a llevarme de vuelta para estar bajo su control. Necesitaba encontrar una nueva identidad.

—Así nació Kit, el mozo de cuadras.

—En efecto. No quería que Laing se lo dijera al señor y la señora de la casa, pero él dijo que tenía que hacerlo.

—Hamish y Emily no te despedirían, una vez que escucharon tu historia.

—No, han sido muy amables. Fue idea suya que pasara la mayor parte del tiempo con los niños.

Para mantener a Kit lejos de demasiadas miradas inquisitivas, o eso sospechaba Quentin. Cuanto menos tiempo pasara el nuevo mozo de cuadras con los demás sirvientes, más segura estaría.

—Háble me del amigo de Neil. Me sorprende que no intentara cortejarla. Sería más fácil conseguir su consentimiento para un matrimonio que obligarla a uno, ¿no cree?

Una extraña expresión, fría como el hielo, apareció en los ojos de Kit, y una nueva oleada de náuseas se agitó en el estómago de Quentin.

—¿Estás bien, Kit? —preguntó él con voz grave.

Ella negó con la cabeza, como si quisiera ahuyentar malos recuerdos.

—Él lo intentó —respondió Kit con un tono que sonó como el choque de acero—. Como dice, era más sencillo que me resignara sin montar un escándalo. —Su voz se endureció aún más —. También era apuesto y encantador. Al menos, lo era cuando quería algo y pensaba que con su

sonrisa podría conseguirlo.

Quentin ocultó un gesto de disgusto ante esa descripción. Y sintió una inesperada punzada de celos.

—Yo no soy como él.

—No, no lo es. —Kit le lanzó una mirada calculadora, como si lo evaluara—. Lo supe en cuanto vi cómo trataba a los caballos. Él era un hombre sin bondad. Siempre tenía una sonrisa en la cara, pero cualquier montura que cabalgara le tenía auténtico terror. Los caballos, los perros y los niños se sienten seguros con usted.

—Gracias. —Quentin no pudo evitar sonreír, aunque nada en la historia de Kit le agradaba —. Espero que tú también te sientas segura conmigo.

Kit no sonrió.

—No me siento segura en ningún lugar —dijo con un tono sombrío que hizo que a Quentin se le encogiera el corazón de pura compasión.

—¿Y cómo fue el cortejo?

—Se mudó al castillo, y Neil se aseguró de que pasáramos más tiempo a solas del que permitía la decencia. Me propuso matrimonio una semana después de conocernos.

—Y dijiste que no.

—Incluso si me hubiera gustado —y no me gustaba—, el último hombre con el que me casaría sería alguien aliado con Neil.

—Me lo imagino.

—Volvió a pedírmelo una semana después. Y otra más tarde. Creo que, para la tercera vez, él y Neil se dieron cuenta de que la zanahoria no funcionaba y decidieron probar con el palo.

El horror invadió a Quentin, y el amargor le llenó la boca al imaginar lo que aquello significaba.

—No la golpearían, ¿verdad? Malditos sean por codiciosos...

Cuando Kit negó con la cabeza, Quentin dejó escapar un suspiro de alivio que casi lo hizo desplomarse en el taburete.

—Tal vez lo habrían hecho con el tiempo —dijo ella—, pero yo era la condesa. El clan lo habría rechazado. Neil intentó encerrarme en mi habitación y dejarme sin comer.

—Maldito bastardo.

—Cuando eso no funcionó, su amigo me amenazó con forzarme. Fue entonces cuando supe que debía escapar.

Quentin deseaba desesperadamente rodearla con los brazos y ofrecerle consuelo, pero sabía que Kit vería cualquier gesto físico como una amenaza. ¡Cómo deseaba que Neil Maxwell y su apuesto y encantador amigo estuvieran en esa habitación ahora mismo, para poder darles la paliza de su vida! Estaba tan furioso que sentía que podría enfrentarse a ambos y ganar.

—¿Te escapaste por la ventana?

Una leve sonrisa suavizó los ojos de Kit.

—No tuve que hacerlo. El castillo está lleno de cámaras y pasadizos secretos que yo conocía y Neil no. Salí de mi habitación una noche, llegué a las caballerizas y monté en mi caballo para dirigirme a Glen Lyon. Sabía que Laing me ayudaría.

A pesar de todo, Quentin soltó una carcajada de aprecio.

—Bien hecho. —Aunque no pudo evitar estremecerse al pensar en los peligros que enfrentaba una chica sola al cabalgar sola por las Highlands—. Eso explica cómo sobreviviste al intento de Neil de matarte de hambre para que te sometieras.

—Sí. Neil siempre cree que es más listo que los demás. Eso lo hace fácil de burlar.

—Estoy impresionado. Debiste de estar absolutamente aterrorizada.

La breve diversión desapareció del rostro de Kit.

—Decidí que el camino abierto no ofrecía más peligros que los que enfrentaba en casa.

Quentin estaba elogiando todo lo que ella había hecho. Era una chica extraordinaria, y una de las cosas más notables de ella era que, en toda esa narración espantosa, no había ni un rastro de autocompasión. Si había algo que Quentin admiraba, era el valor. Christabel Urquhart era la persona más valiente que conocía, hombre o mujer.

—¿Y ahora qué?

—Solo tengo que permanecer escondida hasta la medianoche de Nochebuena, cuando cumpliré veintiún años. Entonces echaré a Neil y a sus compinches de Appin.

—Es posible que no se vaya por las buenas.

—Dudo que lo haga, pero Hamish y Emily han prometido ayudarme. Ahora mismo, la ley está de su lado. En unos días, estará de mi lado.

—Así que Kit desaparece, y Christabel hereda su fortuna.

—Esa es la idea. Siempre y cuando Neil no me encuentre antes. —El rostro de Kit volvió a adoptar esa expresión congelada mientras consideraba esa posibilidad.

—Aunque te encuentre, Hamish y Emily no te entregarán. Y, en cualquier caso, mataré a ese bastardo antes de permitir que él o su asqueroso cómplice te pongan una mano encima.

Sobresaltada, ella lo miró.

—¿Por qué demonios haría algo así? No soy nada para usted.

Tampoco era del todo cierto. La determinación endureció la expresión de Quentin.

—Aun así, me comprometo con su causa, milady.

Esta vez, Kit no objetó el uso del título. Una tímida sonrisa suavizó sus labios y, por primera vez, lo miró sin rastro de miedo.

—Gracias.

Capítulo 5

—¿Sigue nevando? —preguntó Kit, luchando por mantenerse despierta y erguida en el taburete.

Ya se había sorprendido varias veces deslizándose hacia el suelo de tierra. Había estado en pie desde antes del amanecer limpiando los establos. Laing había dejado claro, cuando ella le pidió ayuda, que si quería mantener su falsa identidad, no podía esperar ser tratada como la condesa de Appin en la casa de los Douglas. No le importaba. Le gustaba el trabajo duro, y tener la oportunidad de pasar el día con los magníficos caballos del laird era una bendición. Pero ahora, el calor del fuego y el silencio que había descendido entre ella y el señor MacNab después de aquella larga y difícil conversación la adormecían.

Supuso que su sopor significaba que confiaba en el señor MacNab, algo que no esperaba. Durante mucho tiempo, había estado saltando a la menor sombra, y había desconfiado de él desde el principio. En parte porque era un joven apuesto, y su experiencia con hombres apuestos no había sido tranquilizadora. En parte porque todo en ella, como mujer, deseaba con desesperación confiar en el magnético sobrino del laird.

Parece que sus instintos habían acertado respecto al señor MacNab. Tal como había prometido al entrar en la cabaña, él no había intentado tocarla ni intimidarla. Lo cual no significaba que Kit no se hubiera dado cuenta de la habilidad y el tacto que había empleado para sonsacarle su historia.

¿Cómo podía resentirse por eso, cuando él se había declarado tan firmemente a su favor? Se había proclamado su defensor. Cuando lo escuchó decirlo, su corazón se llenó de esperanza, de repente creyendo que quizá podría salir de este embrollo al final.

El señor MacNab se levantó y cruzó hacia la puerta. El viento seguía rugiendo alrededor de la cabaña. Cuando logró abrirla, una ráf

aga de frío repentina hizo que Kit se envolviera más con los brazos.

La puerta permaneció abierta solo unos segundos antes de que el señor MacNab luchara por cerrarla de nuevo.

—Es un infierno blanco ahí fuera.

—Todos estarán preocupados por nosotros.

—No hay nada que podamos hacer al respecto —respondió él, volviendo al fuego y añadiendo más turba, con el ceño fruncido—. Además, está haciendo aún más frío.

Y así era.

—¿Cree que estaremos aquí toda la noche?

Otra pregunta absurda, pero Kit encontraba su voz tan reconfortante que no le importaba si lo que decía eran simples palabras de calma.

El señor MacNab apoyó un codo en la rústica repisa de la chimenea y le dirigió una mirada inquisitiva.

—Eso espero que no.

De alguna manera extraña, Kit se sentía más segura en aquella cabaña primitiva de lo que se había sentido desde que huyó. Si Neil estaba buscándola, y no dudaba de que lo estaba, el terrible clima lo mantendría alejado. Ni siquiera temía ya que la desenmascararan, porque el señor MacNab ya conocía todos sus secretos, excepto quizás su tonto enamoramiento por él.

—¿Confía en mí, Kit?

Sobresaltada, levantó la mirada, preguntándose si él había leído sus pensamientos.

—Sí.

—Gracias. —Una sonrisa iluminó su rostro—. Sé que no confías fácilmente.

—No.

Una vez lo había hecho, pero la vida le había enseñado que el mal podía esconderse tras modales afables, y que la avaricia y la crueldad no siempre se anunciaban con claridad.

—¿Confiarás en mí para mantenerte viva durante esta tormenta?

—¿Quiere intentar regresar a Lyon House?

La breve risa de él, seca y despectiva, dejó clara su respuesta:

—Por el amor de Dios, no. No duraríamos ni dos pasos allá fuera.

—Entonces, ¿qué propone?

—Quiero acercar la cama al fuego y que tú y yo la compartamos, solo por calor corporal. Te doy mi palabra como caballero y como MacNab de que no me propasaré. —Hizo una pausa, como si esperara que ella protestara. Al no hacerlo, continuó—: Es la única manera de sobrevivir.

Kit esperó a que sus instintos gritaran una negativa. Después de todo, Belmont Sinclair, el amigo rastrero de Neil, había intentado colarse en su cama con maquinaciones similares. Pero parecía que realmente confiaba en que Quentin MacNab no intentaría seducirla ni reclamar su herencia.

La vergonzosa verdad era que una parte maliciosa de ella incluso podría desearlo. En la pequeña habitación de los establos, donde durante unas horas cada día volvía a ser Christabel en lugar de Kit, había pasado demasiadas noches soñando con los besos de él.

—Creo que es muy sensato —respondió con calma, y vio el alivio en su rostro al recibir su cooperación. A pesar de su difícil situación, una sonrisa asomó a sus labios—. Le ahorraré un ataque de histeria virginal. Tampoco quiero morir en esta cabaña. Quiero vivir para echar a Neil Maxwell de mi hogar y verlo huir como la cucaracha que es.

La admiración brilló en los ojos color avellana del señor MacNab. Mientras ella intentaba advertirse que debía ser cuidadosa, era difícil no disfrutar de su aprobación.

—Sería una tragedia perderte eso por apenas una semana.

—Estoy de acuerdo.

Se levantó, aunque sus piernas se sentían ridículamente temblorosas ante la perspectiva de compartir la cama con el señor MacNab. Al parecer, allí también era más Christabel que Kit. Y durante semanas, Christabel había ocultado un tonto afecto por aquel apuesto joven.

—¿Quiere que le ayude con la cama? —le preguntó ella.

—Puedo arreglármelas.

Kit soltó un suspiro impaciente.

—Que sea una chica no significa que deba tratarme como si fuera una figura de porcelana. No lo hacía cuando creía que era un mozo de cuadra.

—Nunca pensé que eras un mozo de cuadra —replicó él con suavidad.

—Oh —dijo ella, sonrojándose sin saber por qué.

Quentin le dirigió una mirada inquisitiva, y Kit se preguntó si su debilidad por él era tan

secreta como esperaba.

—Dos pares de manos definitivamente ayudarán con la cama. Así que gracias, milady.

Ella hizo una mueca.

—Ya que estamos a punto de conocernos mucho mejor, debería volver a llamarme Kit.

Él sonrió.

—Entonces tú deberías llamarme Quentin.

—Oh, no podría. Recuerde que oficialmente soy una sirvienta hasta Nochebuena. ¿Qué dirían los otros si de repente estuviera en confianza con el sobrino del laird?

—Buen punto. Pero aun así, señor MacNab suena demasiado formal, dadas las circunstancias.

Ella se sorprendió sonriendo.

—Bien, Quentin.

La cama, hecha de sólido pino, requería un esfuerzo para moverla, pero pronto la colocaron frente al fuego rugiente. Quentin añadió más turba antes de recoger su abrigo ya seco y extenderlo sobre el colchón de paja.

—Temo que pueda haber pulgas.

—Hace demasiado frío para que haya pulgas —respondió Kit, sin poder evitar notar lo bien que se veía él en mangas de camisa tras quitarse el abrigo verde.

Quentin soltó una risa breve y señaló la chaqueta que ocultaba la figura de Kit.

—Quítate eso. Si la ponemos sobre nosotros junto con mi abrigo, conservaremos más calor.

Ella lo miró con incertidumbre. Aunque él sabía quién era, esa chaqueta gruesa era el principal sostén de su disfraz. Quitársela en presencia de otra persona seguía pareciendo peligroso.

Él sonrió y extendió la mano.

—Vamos, Kit.

Qué tonta era. Él ya sabía que era una mujer. Rápidamente, Kit se quitó la chaqueta sin forma y se la pasó. Antes de que los nervios la traicionaran, se acostó sobre el abrigo que Quentin había puesto sobre la cama.

Él se acomodó detrás de ella, dejando que quedara más cerca del fuego. Kit era dolorosamente consciente de la gran presencia masculina que ahora estaba a unos pocos centímetros de distancia. Quentin ajustó las mantas improvisadas y se recostó contra el colchón.

Kit trató de dormir, pero fue inútil. Estaba demasiado tensa, y aún no hacía suficiente calor. Al cabo de un rato, empezó a temblar.

—Creo… creo que tendremos que estar en contacto —dijo ella tiritando.

—¿Te importará?

—No quiero morir congelada.

—Muy bien.

Él la atrajo hacia sí, pegando su espalda contra su pecho. Ella se quedó rígida y torpe, aunque un calor creciente empezó a disipar el frío en su sangre. Nunca antes un hombre la había abrazado, ni había compartido una cama con uno, aunque fuera de forma inocente. Convenciéndose de que podría soportarlo, cerró los ojos mientras Quentin reajustaba las mantas.

—Kit, si te pegas completamente a mí, será mejor.

—Sí —murmuró ella, moviéndose hasta que su espalda quedó pegada al pecho de él. Ahora ya estaba más cálida. Se acomodó un poco más y ajustó su chaqueta alrededor de ambos con más seguridad.

—¿Estás cómoda?

No, claro que no. Era demasiado consciente de su aroma fresco y masculino, y de lo grande que él era en comparación con ella.

—Hace más calor.

—Eso está bien.

Quentin la rodeó con los brazos con más firmeza, y Kit sintió cómo el calor iba aumentando.

—Sabes que estás a salvo, ¿verdad?

—Sí —dijo ella, y la extraña verdad era que realmente lo sabía, aunque no se había sentido segura desde que murió su padre.

—¿Y tú? ¿Estás cómodo?

—Estoy caliente —respondió él—. ¿Alguna pulga?

—Todavía no.

—Duerme. Saldremos de esta, te lo prometo.

Él no podía saber eso. La nieve podría durar una semana. Podrían quedarse sin turba. No tenían comida. Pero a pesar de todo, la confianza en su voz calmó el corazón de Kit.

Su rigidez se disipó, y ella, instintivamente, moldeó su cuerpo contra el de él. Era sorprendente lo natural que se sentía estar acostada con Quentin MacNab.

—Vendrán a buscarnos si estamos ausentes demasiado tiempo —dijo ella.

—Sí, y esta cabaña será uno de los primeros lugares que revisen. Me niego a morir a pocos días de Navidad. Arruinaría las festividades de todos.

Kit, que llevaba tanto tiempo enferma de miedo, había querido correr al exterior cuando Quentin descubrió su disfraz. La muerte le había parecido preferible a revelar su identidad. Por eso, parecía una locura que ahora se riera ante la broma débil.

—Sin duda lo haría.

Él se movió, de modo que aún más de ella quedó en contacto con su cuerpo. Su cadera presionaba contra su estómago, y su cabeza se acurrucaba bajo su barbilla.

—Me gusta oírte reír.

Toda inclinación a la diversión la abandonó.

—No he tenido mucho de qué reírme últimamente.

—Lo siento, Kit. Lamento lo que has pasado.

El cansancio bajó sus barreras, peligrosamente.

—Parece que lo dices en serio.

—Aborrezco a los matones —declaró Quentin—. Pero si logramos mantenerte viva hasta Navidad, el sapo de tu hermanastro recibirá lo que merece.

—¿Nosotros? —Había algo reconfortante en oírle usar esa palabra. Kit había resistido durante esta larga pesadilla. Su clan detestaba a Neil, y la lealtad constante de su gente hacia la verdadera condesa siempre le había enfurecido. Laing, el laird de Glen Lyon y su esposa también habían sido maravillosos. Pero cuando Quentin MacNab se puso tan incondicionalmente a su servicio, un rincón constreñido de su corazón se abrió con un inesperado destello de esperanza. Tal vez había una posibilidad de que pudiera salir victoriosa.

Sin embargo, no podía abandonar del todo su habitual prudencia.

—Si sobrevivimos a la tormenta de nieve.

Quentin emitió un sonido de desdén que ella no solo escuchó, sino que también sintió. Kit nunca había estado tan consciente de la presencia física de otra persona.

—Pff… Como si un poco de clima escocés fuera capaz de derrotarnos.

Capítulo 6

El crujido de la puerta despertó a Kit del sueño más profundo que había disfrutado en años. Abrió los ojos pesados y, por un momento, no entendió por qué no estaba en su bonita habitación del Castillo de Appin, con su papel pintado chino en tonos azul y amarillo y sus enormes ventanas con vistas a las colinas.

En su lugar, parecía estar en una habitación oscura, iluminada por un fuego de turba moribundo en un tosco hogar. Pero, al igual que en Appin, estaba deliciosamente cálida. Y se sentía segura, como se había sentido en su hogar en otros tiempos. No se había sentido así de segura en tanto tiempo que esa sensación la devolvió bruscamente a la realidad.

Todo lo que había ocurrido el día anterior volvió de golpe: las inoportunas preguntas de Quentin, la tormenta de nieve, la larga y difícil conversación junto al fuego de turba, y dormir en los brazos de Quentin.

Esos brazos se apretaron a su alrededor ahora, justo cuando la puerta se abrió y lo que le pareció una multitud de personas irrumpió en la cabaña. El cielo fuera estaba despejado y del azul pálido del amanecer.

—Gracias al Señor que estáis aquí y a salvo —dijo el señor Douglas con su voz profunda y retumbante. La gratitud sincera al encontrarles con vida hizo que los oídos de Kit vibraran—. Temíamos haberos perdido.

Quentin se movió detrás de ella y se levantó de la cama para ponerse de pie. Kit, dolorosamente consciente del peligro de ser descubierta, luchó por volver a ponerse su chaqueta disimuladora. Estaba tan torpe de sueño que le llevó más tiempo del que debería.

—Tuvimos suerte de que la cabaña estuviera cerca cuando comenzó la ventisca —dijo Quentin mientras rodeaba la cama y usaba su cuerpo para ofrecerle a Kit un poco de protección.

Ella agradeció su rápida reacción. De hecho, al recordar la noche que acababan de pasar, agradeció todo lo que él había hecho. Fiel a su palabra, no había intentado nada impropio. Solo ahora, con la llegada del rescate, sintió un momento de pecaminoso arrepentimiento por ello.

—Sobrino, ¿estáis sin daño alguno? —preguntó Laing, frunciendo el ceño al mirarla con una preocupación que le recordó una vez más lo amable que siempre había sido con ella.

Kit alzó la mirada somnolienta, y la multitud de personas se disolvió en el laird, Laing y tres mozos de cuadra. Esbozó una sonrisa temblorosa, sintiéndose más segura ahora que estaba oculta bajo el volumen de su chaqueta.

—Sí, tío. Pero tengo muchísima hambre.

No intentaba ser graciosa, pero su respuesta hizo que todos se echaran a reír. Escuchó un alivio puro en esas risas, y ella misma empezó a reír.

Quentin extendió una mano para ayudarla a levantarse. En ese instante, ella sintió miedo. Un caballero podría ayudar a la condesa de Appin a ponerse de pie, pero jamás ofrecería la mano a un mozo de cuadra desaliñado. Kit negó con la cabeza y vio cómo él comprendía lo que estaba haciendo. En lugar de insistir, Quentin agarró su gran abrigo arrugado y se lo echó sobre los

hombros.

—Os llevaremos de vuelta a Lyon House para un buen desayuno, muchacho —dijo Hamish.

—¿Sigue nevando? —preguntó Quentin.

—No, paró antes del amanecer. Salimos a buscaros tan pronto como pudimos. Si hubiera sido posible, habríamos venido ayer.

—Habríais arriesgado vuestras vidas si lo hubierais hecho —respondió Quentin—. Estábamos seguros aquí.

—Sí, lo estabais —afirmó Hamish—. Esperábamos que hubierais encontrado la cabaña. Pasaste tanto tiempo recorriendo la finca cuando eras un niño, que pensé que la recordarías.

Uno de los mozos trajo un cubo de nieve para apagar el fuego. Los otros dos levantaron la pesada cama y la volvieron a colocar contra la pared. Pronto, la cabaña no revelaría ningún rastro de la estancia de Kit y Quentin.

Sin embargo, allí habían ocurrido cosas trascendentales, cosas con las que necesitaba enfrentarse.

—Hemos traído los ponis para que podáis regresar a caballo —dijo Laing.

Un calambre de náusea recorrió el estómago de Kit al darse cuenta de que la verdadera razón para traer los caballos era que no estaban seguros de si encontrarían cadáveres. El clima escocés podía ser mortal. Sin el conocimiento de Quentin sobre el valle y su ingenio, ahora estaría yaciendo rígida y congelada en algún ventisquero.

Levantó la vista y encontró los sombríos ojos avellana de Quentin. Comprendió que él también reconocía el peligro real en el que habían estado la noche anterior. Hamish y Laing hablaban de tormentas anteriores mientras los mozos salían fuera, así que Kit se arriesgó a susurrar un agradecimiento. Quentin inclinó la cabeza despeinada en una leve reverencia.

Cuando llegó el aviso para que acudiera al salón de Lady Glen Lyon, Kit estaba limpiando arreos en los establos. Era última hora de la tarde del día en que ella y Quentin habían sido rescatados de la cabaña. En vista de lo que había pasado, le habían dado un poco de tiempo libre, pero tras un abundante desayuno y un par de horas de sueño, se despertó con ganas de hacer algo útil.

Limpiar arreos era uno de esos trabajos interminables que nunca parecían terminar y que la mayoría de los mozos odiaban. Pero a Kit le gustaba sentarse sola en una habitación cálida, respirando el rico olor a cuero del jabón para monturas. Además, le encantaba ver cómo el arnés se volvía brillante y suave como la mantequilla. Y había algo seguro: ninguno de sus compañeros iba a ofrecerse para ayudar, así que estaba a salvo de ser descubierta por un rato.

Cuando Polly, la doncella de Emily, la encontró, la chica estaba agitada y molesta.

—He estado recorriendo toda la casa buscándote.

Polly había llegado a Glen Lyon desde Londres tras el matrimonio de la señora, pero todos estos años en Escocia y cuatro años de matrimonio con el guardabosques jefe no habían hecho nada por suavizar el acento cockney de su voz.

Kit dejó el bocado que estaba trabajando para suavizar.

—Bueno, yo no sabía nada, ¿verdad? ¿Qué pasa?

Polly le lanzó a Kit una mirada de desagrado, muy acorde a una doncella de una dama dirigiéndose a un humilde mozo de cuadra.

—Ni una palabra más, joven Kit. Su señoría quiere verte de inmediato, así que arréglate y dirígete a la casa.

El pánico tensó cada músculo del cuerpo de Kit, y su corazón empezó a latir con fuerza.

Desde su primer día allí, cuando Laing la presentó a Emily y Hamish como la condesa fugitiva de Appin, no había vuelto a entrar en las habitaciones de la familia. Aquella orden para presentarse ante la señora del laird le pareció de lo más alarmante.

—¿Qué desea su señoría? —preguntó Kit con nerviosismo, poniéndose en pie y metiendo las manos en los bolsillos para que Polly no viera cómo le temblaban.

Polly frunció el ceño.

—No lo ha dicho —respondió, claramente molesta también por esa falta de información—. Y no es cosa tuya preguntar. Lávate y ve ahora mismo. Llevo media hora buscándote.

¿Había llegado su hermanastro? ¿Se había descubierto el juego?

Metida en la sala trasera del enorme complejo de los establos, Kit no podía escuchar si alguien había llegado. Cuando Polly se marchó, Kit se preguntó si debería robar un poni y huir hacia las colinas. Al menos, podría esconderse en la cabaña donde había dormido la noche anterior.

Se obligó a inspirar profundamente para despejar la cabeza, que parecía estar a punto de darle vueltas, y se ordenó calmarse. Había aprendido a reservar su confianza para las pocas personas que realmente la merecían. Hasta ahora, confiaba en Laing. Y Hamish y Emily habían hecho todo lo posible durante esas semanas para mantener su secreto y ofrecerle un refugio. Y, la noche anterior, había confiado en Quentin.

Si Neil aparecía, no podía imaginar que los Douglas la entregaran sin más. Era mucho más probable que la escondieran en algún lugar seguro. Después de todo, solo quedaban unos días para Navidad y su liberación del yugo de su hermanastro.

Aun así, estaba casi enferma de aprensión cuando subió los escalones hacia las opulentas habitaciones del laird. No había visitantes en Lyon House, pero tal vez Neil había escrito. Una carta desde Appin podía ser la única razón para que Emily la llamara.

Cuando entró en la alta y luminosa sala con vistas al hermoso lago marino y al círculo de colinas circundantes, ahora cubiertas de blanco, solo Emily y Quentin la esperaban. Eso no calmó demasiado los temores de Kit, y cuando el lacayo que la había acompañado se retiró, ella dio un paso adelante.

—¿Es Neil? ¿Me ha encontrado?

Emily lanzó una mirada curiosa a Quentin.

—Debo suponer que la condesa te ha contado su secreto.

Kit se volvió hacia Quentin, sorprendida.

—No le ha dicho a Emily que sabe quién soy.

Él negó con la cabeza. Al verla llegar, se había puesto de pie, como un caballero debía hacer ante una dama. Kit sintió un malestar en el estómago al darse cuenta de que esas buenas maneras probablemente levantarían más sospechas sobre su identidad que cualquier palabra que él dijera.

—Acabo de llegar —dijo Quentin, antes de retomar su asiento en la silla de roble tallado junto al fuego encendido—. Además, juré que no se lo diría a nadie.

Emily, sentada en el banco junto a la ventana, señaló un lugar a su lado.

—Es un alivio. Esto hace que sea más fácil decir lo que necesito.

Kit se quedó donde estaba, con el miedo latiendo en sus venas.

—¿Neil ha escrito?

—No. Sigues a salvo —respondió Emily con una sonrisa tranquilizadora que consiguió apaciguar algo la agitación de Kit—. Siento haberte asustado.

Una oleada de alivio hizo que las rodillas de Kit se sintieran como cuerdas húmedas. Cruzó la estancia para sentarse junto a Emily mientras soltaba el aliento que parecía haber contenido

desde que Polly la encontró.

—Estuve a punto de huir.

—Menos mal que no lo hiciste —le reprendió Emily con una expresión severa—. Ya hemos tenido suficientes partidas de búsqueda por tu culpa.

—Fue culpa mía que nos pillara la ventisca —dijo Quentin—. Tenía mis dudas sobre la identidad del nuevo mozo de cuadra y quería estar a solas con él… con ella, para hacerle algunas preguntas.

—¿El disfraz de Kit no te engañó? —preguntó Emily, clavando en él una mirada astuta. Para sorpresa de Kit, el encantador y seguro Quentin MacNab se sonrojó hasta las orejas.

—Nunca estuve convencido de que fuera un chico. Supe con certeza que no lo era cuando la saqué del montón de nieve tras volcar el trineo.

—Temía que el disfraz no engañara a nadie que mirara demasiado de cerca —admitió Emily con seriedad—. Me sorprende que haya funcionado tanto tiempo.

—Para mí, siempre ha parecido una chica bonita fingiendo ser un chico. He visto este truco cientos de veces en el teatro.

—Quizás aquí no hayan ido tanto al teatro como tú —dijo Kit.

Emily dejó escapar una carcajada apreciativa.

—Seguro que es cierto, pero eso no cambia el hecho de que si Quentin ha notado que eres una mujer, alguien más también podría hacerlo.

—Quentin es más listo que la mayoría de la gente —dijo Kit, ganándose una sonrisa de él y una mirada pensativa de Emily.

—Aun así, preferiría que el mundo no supiera que la heredera más rica de Escocia se pasa los días cuidando mis caballos.

Desde que llegó el mensaje, Kit había estado nerviosa. Pero ahora el miedo genuino le heló la sangre, obligándola a ponerse de pie con las piernas temblorosas.

—¿Me… me estáis echando?

Bajo su miedo se escondían otras emociones desagradables. Había encontrado un hogar en Glen Lyon, un hogar que había perdido en Appin cuando su padre se volvió a casar. Allí, aunque el trabajo fuera humilde, le gustaba. Le hacía sentir útil.

Pero más que Glen Lyon como lugar, lo que echaría de menos sería la gente. Laing, estoico y callado. Los otros mozos. Los hijos animados del laird. Emily y Hamish. El alegre personal de la casa.

Sin embargo, lo que más le dolería sería dejar a Quentin MacNab. Aunque sabía que arriesgaba revelar su inclinación por él, fijó la mirada en él. Nunca había hablado con nadie con tanta sinceridad como la noche anterior. Nunca había sentido que alguien la comprendiera tan bien. Y dormir en sus brazos había sido un placer que desearía repetir.

Por supuesto, eso nunca podría ser. La condesa de Appin estaba atada a todas las estrictas normas de la sociedad, normas que no se aplicaban a Kit, el mozo de cuadra.

Incluso ahora, Quentin saltó en su defensa. Y de un salto se puso de pie.

—Emily, no puedes echarla a los lobos. Sabes lo que hará su hermanastro si la atrapa. Si ya no quieres ofrecerle refugio, me la llevaré a Cannich House con mi madre. Kit estará a salvo allí, y para cuando Neil piense en buscarla allí, será mayor de edad y estará fuera de su alcance.

Emily parecía divertida por alguna broma privada mientras miraba a Kit y a Quentin.

—Me siento como si estuviera en el teatro, y el héroe acaba de entrar en escena para derrotar a los villanos. Sentaos, los dos. No tengo intención de echar a Kit. Hamish y yo le ofrecimos nuestra ayuda cuando llegó, y eso no ha cambiado. Especialmente cuando solo faltan unos días

para que alcance la mayoría de edad.

Algo en la calma y certeza de Emily amortiguó el borde del pánico de Kit. Esta respiró temblorosamente y se obligó a tranquilizarse.

—Gracias, Emily.

Kit le dirigió a Quentin una sonrisa agradecida. Emily podía burlarse de su defensa inmediata hacia ella, pero Kit no había tenido suficientes campeones en su vida como para despreciar su caballerosidad.

—Y gracias, Quentin. Es usted demasiado bueno.

Para su deleite, él volvió a ruborizarse.

—En absoluto.

Con el corazón desacelerándose, Kit se dejó caer en el banco junto a la ventana.

—Entonces, ¿qué sugiere, Emily?

El humor desapareció de los ojos de Emily, y en su lugar apareció la compasión.

—No te pongas nerviosa de nuevo, pero creo que ha llegado el momento de retirar a Kit el mozo de cuadra y presentar a Christabel, Lady Appin, al público.

—Pero sigo bajo el control legal de Neil —dijo Kit, poniéndose rígida mientras cada átomo de su cuerpo gritaba negación—. ¿Qué pasa si se entera de que estoy aquí?

La sonrisa de Emily siguió siendo tranquilizadora.

—Ten un poco de fe, Kit. Ni Hamish ni yo te entregaremos, incluso si aparece con todos los alguaciles de Escocia. Y parece que Quentin también se ha declarado tu protector. Solo tenemos que mantenerte a salvo hasta Navidad. Entonces serás libre. Un grupo de Douglas siempre será lo bastante astuto para superar a cualquier Maxwell.

El desasosiego revolvió el estómago de Kit.

—Pero todos en la finca sabrán que he estado aquí disfrazada. Ponerme un vestido no convencerá a la gente de que nunca me han visto antes.

—Es cierto. Hamish y yo creemos que deberíamos contarle algo de tu historia al clan.

Quentin frunció el ceño. Al igual que Kit, debía estar analizando las implicaciones de aquel nuevo plan.

—¿Así que convocamos al clan para mantener a Kit a salvo?

—Sí. Todos son leales a Hamish, y si él les pide ayuda, lo harán. Sin mencionar que ya te has ganado un lugar en sus corazones, Kit.

—Eso fue antes de que supieran que les he mentido —dijo ella con gravedad, odiando ya la perspectiva de volver a jugar el papel de dama distinguida. Quizá había pasado semanas en Glen Lyon con miedo, pero estaba acostumbrada a ello. Con miedo o no, Kit había sido libre de una forma en que Christabel nunca podría serlo.

—Lo entenderán. Incluso podría gustarles —dijo Quentin, apoyando un codo en la repisa de la chimenea con aire pensativo—. Como dijo Emily, esto es como una obra de teatro o un cuento de hadas.

—Exactamente —intervino Emily, tomando la mano temblorosa de Kit entre las suyas—. Todo saldrá bien, Kit. Te hemos traído hasta aquí. Te llevaremos sana y salva hasta el final.

Kit esbozó una sonrisa temblorosa.

—Habéis sido tan amables. Y habéis asumido tantos riesgos. Rompisteis la ley en el momento en que me ofrecisteis vuestra ayuda, y cada día que ha pasado os habéis involucrado más en mis problemas. ¿Cómo podré pagaros a usted y a Hamish?

—Bah —replicó Emily con desdén, con el sonido inequívocamente inglés de un pastel de cerdo de Melton Mowbray—. Esta es la clase de historia que contaremos a nuestros nietos.

Cómo acogimos a una princesa disfrazada, huyendo de los ogros que querían destruirla.

Kit soltó un resoplido que habría hecho que cualquiera mirara con desdén a la condesa de Appin.

—Una princesa que apesta a paja y jabón para sillas de montar… y a algo peor.

Emily sonrió.

—Esa es la mejor clase de princesa.

—Estoy de acuerdo —dijo Quentin.

La diversión de Emily se desvaneció hasta que adoptó una expresión mortalmente seria.

—Lo cual me lleva a la otra razón por la que he pedido hablar con ambos.

El desasosiego se apoderó de Kit.

—¿Qué ocurre?

El apretón de Emily en su mano se hizo más firme.

—Kit el mozo de cuadra podía pasar una noche solo en una cabaña con el sobrino del laird sin que nadie cuestionara nada. La condesa de Appin, no.

Kit apartó bruscamente la mano y se puso de pie de un salto.

—Pero no ocurrió nada.

Quentin permaneció junto a la chimenea, pero su expresión se ensombreció.

—Se lo juro por mi honor, tía Emily, no hicimos nada de lo que avergonzarnos.

—No tengo motivos para dudarlo.

Una ligera sonrisa se dibujó en los labios de Emily.

—Solo me llamas tía en momentos de extrema gravedad.

La expresión preocupada de Quentin no desapareció.

—La condesa es tan pura como el día en que nació.

La mirada de Emily se endureció.

—Hablas como un niño, Quentin. Sabes que lo que importa son las apariencias. Todo el mundo en el valle sabe que tú y Kit pasasteis la noche juntos. Kit tendrá que hacer todo lo posible por evitar un escándalo cuando asuma su herencia. Que la presenten como una mujer de mala reputación sería un paso demasiado lejos.

Kit no pudo evitar notar, a pesar de su propio horror, que Quentin no parecía demasiado dispuesto a aceptar las consecuencias de sus actos. No debería dolerle, pero lo hacía.

—La condesa se está escondiendo en Glen Lyon para evitar un matrimonio que no quiere. Sería demasiado irónico que ahora se vea obligada a casarse de todas formas —dijo Quentin con vehemencia, apartándose de la repisa de la chimenea—. El clan guardará silencio sobre lo que ocurrió anoche.

Emily negó con la cabeza, con una exasperación afectuosa que no restó gravedad a su dilema.

—Demasiadas personas conocen los hechos. Quizá podamos limitar el conocimiento de la identidad de Kit a los que están en Glen Lyon durante unos días, pero no por mucho más tiempo. La noticia de la noche que Kit pasó contigo se difundirá por las Tierras Altas antes de lo que pensamos, y su reputación quedará arruinada.

Emily miró a Kit y a Quentin alternativamente.

—Me temo que vosotros dos vais a tener que casaros.

Capítulo 7

Leyó el horror congelado en su rostro.

Por el cielo, ¿qué más podía esperar? Había emprendido toda esta peligrosa empresa para escapar de un esposo indeseado. Y ahora se encontraba mirando de frente la amenaza de un matrimonio forzado. No era de extrañar que pareciera tan enferma como un perro, la pobre muchacha.

Aunque había creído que le caía bien. Reprimió una punzada de desánimo al ver lo poco que parecía entusiasmarle la idea de casarse con él. Especialmente cuando, para Quentin, la idea de una vida al lado de Christabel Urquhart resultaba endemoniadamente atractiva.

—¿No serviría un compromiso en lugar de un matrimonio? —preguntó Kit con una voz temblorosa que no se parecía en nada a la valiente joven que había sido una compañera tan firme durante las vicisitudes de la noche anterior—. Al menos hasta después de Navidad, cuando hayamos podido evaluar qué tan grave puede ser el escándalo.

—Me temo que no, Kit. Un compromiso roto solo avivaría los rumores —dijo Emily, con el rostro suavizado por la compasión—. Quedarse atrapada en esta situación no es el fin del mundo, aunque ahora pueda parecerlo. Quentin sabe cómo empezó mi matrimonio, pero probablemente tú no. Hamish y yo nos casamos para evitar un escándalo, y éramos tan inocentes como vosotros. De hecho, vosotros estáis en una mejor posición que nosotros. Al menos, parece que os lleváis bien. Hamish y yo llevábamos años conociéndonos, y la mayor parte del tiempo peleábamos como el perro y el gato.

Los ojos de Kit se agrandaron con asombro. Esos hermosos ojos azules que delataban cada una de sus emociones. ¿Cómo demonios alguien había podido creer que esta chica exquisita era un muchacho? Quentin seguía asombrado por ello. Y no solo un muchacho, sino un rudo mozo de cuadra.

—Pero ahora son muy felices juntos —dijo Kit.

La sonrisa de Emily se amplió.

—Lo somos, pero pasamos casi todo el primer año de nuestro matrimonio viviendo separados. Pensé que casarme con Hamish era el mayor error de mi vida, y ahora es la mayor bendición que he recibido del cielo.

Esta muestra de ánimo no pareció reconfortar a Kit, que seguía pareciendo un zorro acorralado por una jauría hambrienta.

—Tuvisteis suerte.

—La tuvimos. Pero eso no significa que tú no puedas tenerla también.

—Tampoco significa que la vayamos a tener —respondió Kit con tono seco.

Emily les dirigió una de esas miradas penetrantes que parecían ver cosas que Quentin no alcanzaba a discernir.

—Vosotros ya partís con ventaja. Os gustáis.

—Su Señoría es admirable en todos los sentidos —dijo Quentin—. ¿Cómo podría no gustarle

a alguien?

Vio cómo Kit ocultaba una mueca de incomodidad al escuchar el uso de su título.

—Y, por supuesto, me gusta Quentin —añadió Kit.

Quentin reprimió su propia mueca al notar lo poco convincente que había sonado esa declaración.

—Si os casáis, hay otro beneficio añadido: Kit estará a salvo de su hermanastro mucho antes —dijo Emily—. Un matrimonio apresurado podría plantear algunos problemas legales, dado que Maxwell sigue siendo su tutor mientras sea menor de edad, pero tan cerca de Navidad no estará en condiciones de actuar. De todos modos, Kit cumplirá veintiún años el día de Navidad, así que cualquier caso que intente presentar será demasiado poco y demasiado tarde.

—Han… Han pensado en todo —murmuró Kit, sin sonar particularmente complacida.

—Pero no depende de mí, ¿verdad? —Con expresión decidida, Emily se levantó del asiento junto a la ventana—. Vosotros dos tenéis que hablarlo. Os dejo solos. Venid a buscarme cuando hayáis tomado una decisión. Estaré en la biblioteca. Siempre hay tanto que hacer con la Navidad y el baile tan cerca. Y si vais a casaros, debemos hablar con el reverendo. Además, tenemos que empezar la transformación de Kit en Christabel.

Quentin quiso objetar que Emily daba la impresión de que tenían alguna opción. Sabía perfectamente que Emily los dejaba solos para que él pudiera proponerle matrimonio a Kit.

Aun así, agradeció la oportunidad de hablar con ella y tratar de borrar esa expresión de espanto de su bonito rostro.

—Gracias, tía Emily.

Emily le dedicó una sonrisa alentadora antes de detenerse frente a Kit.

—¿Puedo abrazarte?

La expresión desolada en los ojos que Kit alzó hacia ella amenazó con romperle el corazón. Kit estaba al borde del llanto. No había llorado cuando cayó del trineo ni cuando se perdieron en la nieve. Pero la perspectiva de casarse con Quentin MacNab la hacía parecer como si estuviera frente al fin del mundo. Una amarga mezcla de pesar y mortificación se revolvía en el estómago de Quentin.

—Me gustaría mucho —dijo ella.

Emily rodeó con los brazos la pequeña figura de Kit.

—Si dices que sí a este encantador bribón, estaré encantada de darte la bienvenida a la familia. Hamish y yo te tenemos mucho cariño y hemos admirado tu valor desde el principio.

Quentin sintió que el estómago se le encogía de compasión al escuchar cómo Kit contenía un sollozo al separarse. Sus ojos brillaban con lágrimas no derramadas.

—Han sido tan amables conmigo... Siguen siéndolo —susurró Kit.

Emily emitió un sonido despectivo.

—Tonterías, niña. Somos nosotros los afortunados. Has sido el mejor mozo de cuadra del mundo.

Aquello arrancó una risa ronca a Kit, un sonido que aligeró un poco la desesperación de Quentin.

—Era lo menos que podía hacer —dijo.

—Eres perfecta —dijo Emily, besándole la mejilla—. Estaré orgullosa de llamarte mi sobrina.

Cuando Emily se fue, Quentin se volvió hacia Kit, esforzándose por no parecer demasiado ansioso.

—¿Hablamos de esto, Kit? ¿O prefieres tomarte un momento para pensarlo? Estoy

completamente a tu disposición.

Una mirada cautelosa se posó en él, pero cuando Kit habló, su tono era de disculpa.

—Siento mucho haberte metido en este lío. Estoy segura de que no tienes que casarte conmigo.

Quentin estaba seguro de que sí tenía que hacerlo. Lo único que deseaba era que la idea dejara de hacer que la novia pareciera tan abatida.

—¿Y qué pasa con tu reputación?

Ella descartó la pregunta con un gesto de la mano.

—Cuando se sepa que me he hecho pasar por un mozo de cuadra —y se sabrá—, mi reputación estará arruinada de todos modos. En el mejor de los casos, el mundo me llamará una marimacho irredimible. Caer en las garras del sobrino del *laird* solo parecerá parte del patrón.

—¿Es que no te importa?

Kit dejó caer los hombros, y Quentin percibió la desesperación tras su miedo mientras ella se desplomaba en el asiento de la ventana, acurrucada de forma desolada.

—Claro que me importa. —Su tono era apagado—. Siempre imaginé que llevaría una vida convencional. Una temporada. Una presentación en la corte. Pretendientes. Enamorarme de un buen hombre. Casarme. Pero nada de eso ha sucedido. En cambio, Neil ha usado la ley para mantenerme como prisionera, y escapar de él significó romper todas las reglas existentes. Dejé de ser un buen partido para cualquier hombre decente en el momento en que me corté el cabello y huí de Appin Castle. Esa chica que era antes de que muriera mi padre ya no existe, igual que la vida que habría llevado tampoco es posible.

Su tristeza le abrió una herida sangrante en el corazón. No merecía nada de lo terrible que le había pasado, y ahora parecía que un matrimonio apresurado sería el colofón de todas sus calamidades.

—¿Qué harás si no nos casamos?

Kit se encogió de hombros con un desdén poco convincente.

—Soy la condesa de Appin. Todavía controlo vastas propiedades en la costa este. No todo está perdido. Me quedaré en mis tierras, competiré con mis caballos y me aseguraré de vivir una vida plena, aunque solo sea para burlarme de mi vil hermanastro.

Qué chica tan valiente. Quentin admiraba su coraje más de lo que podía expresar, pero todo aquello sonaba terriblemente solitario.

—Habrá hombres dispuestos a pasar por alto las manchas en tu buen nombre, especialmente con el tiempo.

Una sonrisa sombría curvó los labios de Kit hacia abajo.

—He hecho tanto para evitar caer en manos de un cazafortunas que no tengo intención de saltar de la sartén al fuego.

—No me interesa tu fortuna —dijo él, esperando que ella le creyera. Maldito si permitía que lo colocaran en la misma categoría que Neil Maxwell o su despreciable amigo—. Puede que mis propiedades no se comparen con las tuyas, pero cuando llegue el momento, heredaré más que suficiente para mantenerme en brandy y cigarros. De hecho, por lo que veo, tu fortuna no te ha hecho ningún bien. Más bien, te ha causado una montaña de sufrimiento.

La tensión desapareció del rostro de Kit, y Quentin vislumbró una pizca de animación en ella, lo que fue un alivio.

—Pero cuando tome el control de mi dinero, podré hacer muchas cosas buenas con él, suponiendo que Neil no me haya dejado en la ruina. Hace años que me oculta las cuentas, pero soy hija de mi padre. Puedo ver cómo ha gestionado mal la finca. Una vez que me libre de esta

plaga de Maxwell en Appin, podré empezar a reconstruir. Eso me mantendrá ocupada mientras el mundo pierde el tiempo chismorreando sobre la escandalosa condesa que recorrió el campo en pantalones.

Quentin suspiró y cruzó los brazos mientras la miraba en el asiento de la ventana.

—Te equivocas, ¿sabes?

Ella lo miró, desconcertada.

—¿Sobre qué?

—Empecemos por repartir las responsabilidades de nuestro lío. Pareces culparte a ti misma, pero esto no es culpa tuya. Es mía. Si no hubiera intentado quedarme a solas contigo para satisfacer mi curiosidad, no habría rumores sobre nosotros pasando la noche juntos.

Kit le lanzó una rápida mirada, y Quentin pudo ver que estaba lejos de convencerla.

—No fue con mala intención.

—No, pero eso no cambia el resultado.

La luz que entraba por la ventana detrás de ella iluminaba la determinación en su barbilla.

—No quieres casarte conmigo.

Quentin no respondió a eso. Sabía que ahora no era el momento de decirle lo encantadora que le parecía. Si confesaba lo que realmente pensaba, quizá ella empezaría a preguntarse si era uno de esos cazafortunas. Que se fuera al infierno esa idea.

Así que mantuvo un tono neutral.

—El matrimonio no estaba en mis planes ahora mismo, no.

—¿Ves? Emily tiene buenas intenciones, pero podemos seguir adelante sin un compromiso.

Frunció el ceño, descruzó los brazos y se atrevió a dar un paso hacia ella.

—Tienes todo planeado, pero has olvidado algo, Kit.

La desconfianza volvió a su rostro. Cómo deseaba Quentin destripar a Neil Maxwell por haber robado toda la confianza a esta chica encantadora.

—Ya te he dicho que no me importa lo que pase con mi reputación.

Ahora fue su turno de esbozar una sonrisa amarga.

—Eso está muy bien. Pero ¿qué pasa con mi reputación?

—¿Tu reputación? —repitió ella, perpleja.

Quentin se sentó a su lado. Estaba casi seguro de que habían pasado la etapa en la que ella podría salir corriendo.

—Sí, mi reputación. No me entusiasma pasar el resto de mi vida intachable señalado como el hombre que sedujo a la inocente condesa de Appin y luego se negó a devolverle su honor.

—Oh.

El pequeño sonido abatido expresaba un mundo de infelicidad. No podía culparla por sentirse miserable. Había luchado tanto por evitar la trampa del matrimonio, y ahora escapar era imposible.

Ella bajó la mirada hacia sus delicados dedos entrelazados en su regazo.

—Oh, eso mismo.

Él dejó que el silencio continuara. Kit necesitaba tiempo para asimilar las implicaciones de su situación.

Finalmente, ella alzó hacia él unos ojos apagados.

—Lo siento mucho, Quentin. Debes estar maldiciendo el día en que me conociste.

A pesar de la tensa atmósfera, Quentin soltó una breve risa.

—No hay necesidad de dramatizar. Me caes bien, Kit. Creo que Emily tiene razón. A pesar de cómo estamos empezando, puede que tengamos una oportunidad de que esto funcione.

Ella no le devolvió la sonrisa.

—No te merezco.

—Basta con eso. —Sintió que se sonrojaba—. Pero quiero que sepas que no me interesa tu maldita fortuna. Si vamos a hacer esto, quiero que redacten documentos que te den el control de todos los bienes de Appin.

Las delicadas cejas de Kit se alzaron con sorpresa.

—¿Harías eso?

—Sin pensarlo dos veces. —Hizo una pausa—. Así que puedes estar tranquila y seguir adelante con cualquier plan para restaurar la finca. De hecho, espero que me dejes ayudarte.

—Todavía no estoy segura de que tengas que hacer algo tan drástico.

—¿Casarme con una chica guapa y salvarla de los lobos que la acosan? No me parece tan drástico.

Ella no sonrió.

—Una chica que será el tema de conversación de toda Escocia cuando se sepa la historia.

Él se encogió de hombros.

—Mucha gente dirá que es romántico, como un cuento de hadas. Emily también tiene razón en eso. Si mostramos al mundo lo virtuosos que somos en el fondo, con el tiempo los chismes se volverán a nuestro favor.

—Eres un optimista —dijo ella con un atisbo de amargura.

—Lo soy. —Él se atrevió a extender la mano y tomar la de ella. La había tenido en sus brazos toda la noche, y nunca por un momento había olvidado que era una mujer. Pero al tomarle la mano ahora, sintió, de una manera extraña, que era la primera vez que la tocaba—. Creo… Espero poder enseñarte a ser optimista también, si me lo permites.

Quentin esperó que Kit apartara la mano, pero ella contempló sus manos unidas con una expresión indescifrable. Parecía mucho mayor de veinte años. Quentin se prometió que, si ella aceptaba, le mostraría que la vida aún podía ofrecerle alegría y bondad.

Su agarre se tensó, y habló en voz baja:

—Milady, ¿me haría el inestimable honor de convertirte en mi esposa?

Cuando Kit no respondió de inmediato, el corazón de Quentin comenzó a latir más rápido. Le pareció que pasó una hora antes de que ella alzara la mirada hacia su rostro, aunque el sentido común le decía que solo habían sido unos minutos. Su expresión era severa y sus ojos carecían de brillo, pero su mandíbula estaba firme con determinación.

—Gracias, señor MacNab. Acepto.

Capítulo 8

Desde donde Kit se encontraba, a mitad de la imponente escalera principal, observaba cómo los rezagados se deslizaban entre la multitud inquieta. Todo el personal de Lyon House, tanto de dentro como de fuera, se había reunido en el vestíbulo bajo ella.

Era la mañana después de haber aceptado la propuesta de Quentin. Las miradas curiosas se fijaron en el grupo reunido en los escalones, y podía oír los murmullos de asombro al notar que Kit, el mozo de cuadra, estaba ahora vestida como una chica.

Emily y Hamish estaban en el primer rellano, con Quentin y Kit unos escalones más arriba. Andy y William aguardaban abajo con su niñera, boquiabiertos y, de forma poco característica, en silencio, mientras la atmósfera solemne apagaba incluso su habitual entusiasmo.

Kit se sentía como si estuviera en un escenario. Y, por supuesto, Emily había planeado que fuera así.

Los nervios y la culpa la tenían al borde del colapso. Nadie disfruta siendo desenmascarado como un mentiroso, y ella había mentido a casi todos en Glen Lyon desde el día en que llegó. ¿La odiarían sus antiguos compañeros? ¿La traicionarían a su hermanastro?

Sintió un pequeño alivio cuando Laing levantó la vista y le dedicó una breve sonrisa. Sin su ayuda, no habría logrado mantener su disfraz en absoluto. Le debía tanto, y trató de transmitirle su gratitud con la sonrisa que le devolvió.

—No tengas miedo —murmuró Quentin a su lado.

Él se había vestido con cuidado para la ocasión, con un elegante abrigo negro y un pañuelo blanco al cuello, anudado de forma más elaborada de lo habitual. Como Kit, el mozo de cuadra, había sido dolorosamente consciente de que Quentin era un hombre atractivo. Hoy estaba deslumbrante.

—Siempre tengo miedo —dijo Kit con franqueza.

Su mirada era firme.

—Espero cambiar eso.

—No quiero que me desprecien.

—No lo harán —respondió él, con una leve sonrisa curvando sus labios—. Les encantará formar parte de esta gran aventura.

—No parece una gran aventura —murmuró ella, escuchando con disgusto su débil respuesta. Tragó hondo, cuadró los hombros y se reprendió. Su padre se avergonzaría de verla tan pusilánime. Una Urquhart podía hacerlo mejor—. Escúchame, lamentándome. Perdona por dar tan mal espectáculo.

La sonrisa de Quentin no se desvaneció.

—No he conocido a nadie tan valiente como tú, y unos nervios en un momento como este no son nada fuera de lugar.

—¿Y un pánico total? —dijo ella, aunque las palabras de Quentin ya aliviaban parte de su tensión.

—Eso también. —La miró con admiración—. Por cierto, estás preciosa. Sabía que lo estarías.

Kit bajó la vista hacia el vestido de merino azul real que Emily había hecho arreglar por Polly para que le quedara. Era de lo más elegante, con un bonito ribete de terciopelo negro en el bajo y en los puños.

—Después de tantas semanas con pantalones, es extraño llevar falda.

La risa iluminó los ojos de Quentin hasta convertirlos en un brillante dorado.

—Ese vestido no sería muy práctico para limpiar los establos.

—No, supongo que no. —Tocó su cabello con timidez—. Polly hizo lo posible por transformar el corte de mozo en algo más femenino.

Polly había hecho maravillas con las tijeras. El cabello negro de Kit enmarcaba su rostro con un estilo mucho más favorecedor que el tosco corte que se había hecho antes de huir de Appin.

—Hizo un trabajo encantador. —La mirada de Quentin se suavizó—. Vas a imponer una nueva moda. La llamarán el corte de la condesa.

Kit reprimió una risa. Él estaba logrando que se sintiera mejor, algo que no parecía justo cuando ella estaba a punto de arruinarle la vida.

—Gracias.

—Te sienta endemoniadamente bien. Deja de preocuparte.

Ella le dirigió una mirada seria.

—Gracias por darme ánimos.

La sonrisa de Quentin se amplió.

—Es mi trabajo.

Hamish levantó una mano, y Emily les lanzó una mirada significativa. El confuso murmullo que llenaba el vestíbulo se desvaneció hasta convertirse en un silencio cargado. Como si intuyera que el corazón de Kit latía con fuerza por el temor, Quentin le tomó la mano. Una calidez inmediata la inundó, y ella se aferró a sus dedos con vergonzosa fuerza.

—Confía en mí, Kit —dijo él en voz baja—. No permitiré que nada malo te ocurra.

Por absurdo que fuera, le creyó. Así que, cuando se enfrentó a la multitud, se mantuvo erguida y orgullosa.

—Os preguntaréis por qué os hemos reunido aquí hoy —comenzó Hamish, con su voz resonante llenando sin esfuerzo el amplio espacio—. Todos conocéis a Kit, quien se ha convertido en un miembro valioso de nuestra casa en las últimas semanas. Pero Kit no es lo que parece. De hecho, Kit no es Kit en absoluto, sino Christabel Urquhart, la condesa de Appin, que ha buscado refugio con nosotros.

Kit observó cómo el asombro llenaba tantos rostros, mientras un murmullo de sorpresa le asaltaba los oídos. Y se sorprendió a sí misma al notar que no todos parecían estar conmocionados por la noticia. ¿Era posible que su secreto no hubiera sido tan secreto después de todo?

Hamish continuó, relatando la historia de opresión y huida con tal estilo que Kit no pudo evitar sentir que la presentaba como una heroína de novela. Se removió incómoda de un pie calzado en zapatillas al otro, mientras que actos de pura desesperación se convertían en su relato en hazañas de valentía audaz.

—No fue así —murmuró Kit a Quentin—. Me está convirtiendo en Juana de Arco.

—Espero que esta historia tenga un final más feliz que el suyo.

Ella reprimió otra risita. Jamás habría imaginado que podría disfrutar algo relacionado con la revelación de su identidad, pero no había contado con el sentido del humor irónico de Quentin.

—Así que, gente de Glen Lyon, que habéis acogido a Kit como uno de los vuestros, espero

que estéis igualmente dispuestos a proteger a Lady Appin —dijo Hamish con un tono vibrante, como si llamara a su clan a la batalla—. Solo necesitamos mantenerla a salvo hasta el día de Navidad, cuando quedará libre del control de su hermanastro. ¿Qué decís?

Para sorpresa de Kit, un estruendoso aplauso surgió de la multitud, acompañado de gritos de aprobación por sus acciones. Cuando Quentin apretó su mano, ella parpadeó para contener un torrente de lágrimas.

—Te dije que estarían de tu lado —murmuró él suavemente.

Hamish levantó las manos de nuevo para silenciar el alboroto.

—Tengo incluso mejores noticias que compartir. El reverendo Kinney está esperando ahora mismo en la biblioteca para unir en sagrado matrimonio a Su Señoría y a mi sobrino, Quentin MacNab. Lady Glen Lyon y yo no podríamos estar más encantados de que estos dos jóvenes excepcionales hayan decidido pasar sus vidas juntos. El baile de mañana por la noche no solo celebrará la Navidad, sino también a un nuevo miembro de la familia. Esta noche, las celebraciones pertenecen al clan. Os invito a todos a un ceilidh para conmemorar una boda en Glen Lyon.

Esta vez, los vítores fueron tan fuertes que parecieron hacer temblar los cimientos, y Kit se encontró sonriendo ante semejante entusiasmo desbordado.

Esa sonrisa se desvaneció de golpe cuando Quentin hizo una reverencia y le ofreció su brazo.

—El ministro nos espera, milady.

Inquieta, Kit fijó la mirada en aquellos cambiantes ojos avellana. Buscó algún signo de la reticencia que estaba segura de que él debía sentir. Pero lo único que vio fue su bondad innata y algo que parecía afecto.

¿Qué más podía esperar? Quentin era demasiado caballero como para mostrar algo que no fuera una aceptación cortés del destino que le aguardaba.

Kit reunió su vacilante valor, mientras la preocupación y el remordimiento se enroscaban como serpientes venenosas en su vientre. Porque, aunque no podía imaginar nada que deseara más que pasar la vida con este hombre maravilloso, tenía muy claro que él estaba enfrentando esta boda precipitada como un deber ineludible para acallar un escándalo y salvarla a ella.

Lo quería con cada latido de su corazón, pero sabía que él merecía mucho más que este matrimonio apresurado. Le dolía en lo más profundo ver cuánto esfuerzo ponía Quentin en ocultarle sus verdaderos sentimientos.

En ese momento, al ver los ojos brillantes de Quentin y su sonrisa fácil, cualquiera pensaría que estaba logrando el deseo de su vida al desposar a Christabel Urquhart. Kit había sido sincera al decirle que no lo merecía.

Capítulo 9

Quentin se inclinó hacia Kit mientras ella, jadeante, recuperaba el aliento al final de otro frenético reel.

—¿Nos escapamos ahora? —murmuró él al oído, sosteniéndole las manos tras haberla girado tan rápido que aún se sentía mareada. O tal vez el vértigo se debía a la forma en que los brillantes ojos avellana de él la miraban.

Incluso una chica empeñada en mantener la cabeza fría y recordar las circunstancias que la habían llevado a este tumultuoso jolgorio no podía resistirse a la salvaje alegría del baile ni a la genuina felicidad que todos mostraban por su matrimonio con el sobrino del laird.

Pero la invitación susurrada de Quentin le recordó la realidad de su situación, y toda su excitación chispeante se marchitó de nuevo en un pozo de temor.

—Pero la fiesta es por nosotros —dijo Kit, mirando alrededor de la abarrotada sala.

—Creo que la fiesta ya es solo una fiesta —respondió Quentin, estudiándola con sus ojos perspicaces mientras ella mantenía una sonrisa tensa en el rostro. Kit se negó a avergonzarle —o avergonzarse a sí misma— dejando entrever que su boda no era más que un arreglo en lugar de una historia de amor.

En este momento, hubiera querido seguir bailando hasta el Año Nuevo. De 1850.

No es suficiente, Kit.

Como siempre, su cobardía la hizo avergonzarse. Alzó el mentón.

—Sí, vámonos.

—¿Milady?

La voz rompió la frágil burbuja de intimidad que se había formado entre Kit y Quentin. Kit parpadeó para librarse de la intensidad de la mirada de su nuevo marido. Cuando soltó su mano, se esforzó por ignorar la sensación de vacío que dejó la ausencia de ese contacto seguro y firme.

—Señora McCluskey —dijo Kit, buscando en el rostro de la ama de llaves alguna señal de resentimiento por su engaño, pero no encontró ninguna.

La mujer, quien había sido una figura de autoridad para Kit el mozo de cuadra, hizo una reverencia profunda.

—Quería desearle a usted y al señor Quentin una larga y feliz vida juntos, y decirle lo contentos que estamos abajo de que se haya unido al clan.

Kit extendió una mano y tomó el codo de la mujer para ayudarla a levantarse.

—No, por favor, todavía me siento como el miembro más humilde de la casa. Han sido todos tan amables conmigo. Siempre les estaré agradecida.

—Usted nunca tuvo ínfulas, milady. Ha sido un honor servirla.

Kit recordó aquel momento extraño en las escaleras cuando Hamish había anunciado su verdadera identidad.

—¿Usted lo sabía desde el principio?

Debería haber supuesto que no engañaría a los ojos más agudos. La discreción y la bondad de

las personas con las que había trabajado estas últimas semanas la dejaron aturdida.

La señora McCluskey sonrió con el buen humor cálido que tanto influía en el ambiente de Lyon House.

—Oh, milady, hizo su mejor esfuerzo, pero nadie en su sano juicio podría confundir a la condesa de Appin con una sirvienta. O con un muchacho.

Kit se sintió ruborizarse.

—¿Todos lo sabían?

—Sospecho que muchos de nosotros, sí. Tal vez no los más jóvenes. Esos son todos unos cabecitas locas.

Quentin le tomó la mano. Kit se dijo a sí misma que lo hacía para las apariencias, pero eso no evitó que su tonto corazón diera un brinco de felicidad. Tampoco evitó que una calidez se instalara en su estómago, incompatible con las dudas que seguían agitándose.

A lo largo de la velada, Quentin la había tocado con frecuencia. Había que reconocerle que hacía un trabajo magnífico fingiendo que esta boda no era un inconveniente en absoluto.

—¿Y ninguno de ustedes dijo nada? —preguntó Kit.

—Supuse que una dama de obvia calidad debía de tener una buena razón para hacer algo así. Ahora entiendo bien que la tenía. Lamento mucho que tuviera que huir de su hogar de esa manera, milady, y estoy orgullosa de que aquí en Glen Lyon la hayamos mantenido a salvo.

Una oleada de gratitud se alzó en su interior, y las lágrimas acudieron a sus ojos.

—Gracias desde el fondo de mi corazón.

Cuando la señora McCluskey sonrió ampliamente, incluyó a Quentin con su mano unida a la de Kit.

—Al final fue una suerte que viniera con nosotros, porque eso hizo que conociera al señor Quentin.

—Sí, mucha suerte —dijo Kit en voz baja.

—¿De verdad no le molesta que les haya mentido a todos?

—La necesidad manda, milady. De todos modos, es como un viejo cuento, ya sabe, la condesa fugitiva trabajando como cuidadora de gansos y llamando la atención del príncipe. ¡Y pensar que fui parte de ello!

Fue el turno de Quentin de ruborizarse. La timidez siempre le sentaba de maravilla, y Kit sabía que todo lo demás también. ¡Qué lástima que él no la hubiera elegido por voluntad propia!

—Ay, señora McCluskey, nadie en su sano juicio me llamaría príncipe.

Kit y la ama de llaves respondieron al unísono:

—Yo lo haría.

Los tres rieron.

Quentin las miró con afecto exasperado.

—Las dos dicen muchas tonterías. Ahora, si me disculpa, señora McCluskey, quiero llevarme a esta princesa disfrazada de cuidadora de gansos y quedármela para mí solo un ratito.

—¿Un ratito?

Kit se ruborizó aún más que él, mientras Quentin rodeaba sus hombros con el brazo y enviaba a la señora McCluskey una sonrisa pícara.

—Quizá no tan ratito.

La señora McCluskey rompió en risas encantadas, mientras Kit miraba a Quentin con admiración. ¡Qué gran actor era! Cualquiera pensaría que realmente estaba encantado de haberse casado con ella.

—Sí que te he besado. Lo hice cuando el reverendo nos declaró marido y mujer.

Y era verdad. Un roce fugaz de sus labios en su mejilla. Incluso más breve que el beso de esta noche, pero igualmente poderoso como para hacerle temblar las rodillas.

—Pero eso no fue…

—¿En los labios?

—No.

Quentin la observaba con una curiosidad amistosa, como si hablaran de algo tan trivial como si prefería café o té por la mañana.

—¿Te ha gustado lo que acabo de hacer?

Demasiado.

Kit alzó la barbilla, desdeñando la idea de hacerse la remilgada.

—Sí, me ha gustado.

Cuando él sonrió con una expresión de apreciación sin reservas, su rebelde corazón dio un vuelco en su pecho. Últimamente lo hacía mucho.

—Bueno, eso está bien, entonces.

—Supongo que sí —respondió con una voz algo insegura.

El tono hizo que Quentin la mirara con atención, pero para su alivio, no insistió en hablar más sobre besos. En cambio, le tomó de nuevo la mano. Le aterraba reconocer cuánto la tranquilizaba ese contacto. Tranquilizaba… y perturbaba. Porque ahora no solo la tocaba como su defensor, sino también como su marido.

—En realidad, no es del todo cierto que nunca me hayan besado antes. El amigo horrendo de Neil lo intentó, pero lo aparté. Soy más fuerte de lo que parezco.

Quentin frunció el ceño.

—Odio que esos malnacidos te trataran tan mal.

—Ya casi soy libre de ellos.

—Sí, lo eres. Espero que mis besos sean más agradables que los suyos.

Oh, cielos…

—Definitivamente.

—Espero también que te gusten mis habitaciones. Hamish y Emily nos ofrecieron una cabaña en la finca, pero pensé que te sentirías más segura en la casa, al menos hasta tu cumpleaños.

—Estoy segura de que me encantarán. Aparte de anoche, he estado durmiendo en una habitación trasera de las caballerizas desde que llegué. Apenas sabía qué hacer con tanto espacio en el dormitorio de invitados.

Él mantuvo su mano en la de ella mientras subían al siguiente rellano y avanzaban por un pasillo.

—¿Cómo te sentiste al estar de vuelta donde perteneces?

—Un poco raro. Y he decidido que las faldas son una maldición.

—Para mí puedes usar pantalones cuando quieras.

Una breve risa se le escapó.

—Eso escandalizaría a los arrendatarios de Appin, por no hablar de los buenos burgueses de Edimburgo.

—Quizá cuando estemos en privado, entonces. No tenía idea de hasta qué punto la ropa de chico realza una figura femenina bien formada. Debería ponerse de moda, aunque ningún hombre de Escocia haría nada útil; estaría demasiado ocupado mirando a las muchachas.

—Tonterías —dijo ella, aunque una parte muy femenina de su alma se calentó al saber que él la había admirado, incluso cuando era un mozo de cuadra desaliñado.

Quentin se detuvo frente a una puerta cerrada.

—Aquí estamos.

Kit sintió cómo los nervios que se habían calmado con la conversación alegre y ligera se transformaban de nuevo en un nudo helado de terror. Había huido de Appin para evitar casarse con un desconocido, y aquí estaba, en Glen Lyon, enfrentándose justo a lo que había intentado evitar.

Detrás de esa puerta los esperaba la noche de bodas. Kit podía caerle bien Quentin. Incluso podía decir que confiaba en él, lo cual ya era un gran paso. Pero eso no cambiaba el hecho de que estaba a punto de entregarse a un hombre, y el miedo la hacía temblar.

Quentin la estudió con esa perspicacia que tanto la desarmaba.

—De repente te has puesto pálida como la cera.

—No… no tengo miedo —dijo con una voz que vibraba de pavor.

—Claro, ya lo veo —respondió él con ironía—. Ahora, prepárate.

—¿Qué…?

Un chillido salió de su boca cuando Quentin la alzó en brazos.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—Llevando a mi preciosa esposa al umbral.

Ella se puso rígida en sus brazos, luchando contra el impulso de acurrucarse en su cuerpo. Él estaba deliciosamente cálido, y Kit sentía que había estado fría desde la muerte de su padre.

—Bájame.

El agarre de Quentin se hizo más firme.

—¿No te gusta?

—Estás actuando como si esto fuera un matrimonio de verdad, pero debes saber que aquí no hay nadie para mirar.

Su sonrisa fue tierna.

—Parecía un matrimonio real cuando el reverendo Kinney escuchó nuestros votos.

—Sabes a lo que me refiero —dijo ella incómoda.

—Lo sé. Pero eso no significa que me guste. Ahora, pon tu brazo alrededor de mi cuello para que no te caigas. Es la primera vez que cargo a un mozo de cuadra. Puede que no tenga práctica.

A pesar de todo, un tartamudeo de risa escapó de sus labios.

—Eres un lunático.

—Sin duda.

La sacudió con delicadeza antes de abrir la puerta y luego entró en una sala iluminada por velas. El espacio habría parecido intimidantemente masculino si no fuera por los jarrones con adornos navideños y flores de los invernaderos de Hamish.

—Alguien ha estado ocupado —comentó Quentin, con un tono de sorpresa—. No es así como lo dejé.

—Es precioso —dijo Kit, mirando a su alrededor con asombro. Estaba profundamente conmovida por los esfuerzos que todos habían hecho. Conmovida y culpable. La gente del clan actuaba como si este matrimonio improvisado con Quentin estuviera basado en el amor verdadero—. Pero todo el mundo te adora.

Incluyéndome a mí.

—Creo que también sienten algo de afecto por ti. ¿Investigamos el dormitorio?

—Quizá más tarde —murmuró ella.

La risa de Quentin contenía más de ese cariño que le dejaba sin aliento.

—Ánimo, joven Kit. Te prometo que sobrevivirás para contarlo.

Kit no estaba convencida, así que se centró en un detalle sobre el que podía discutir con

certeza.

—No soy mucho más joven que tú.

—No. Eso es verdad.

—Puedes bajarme ahora, ¿sabes? —insistió, porque cuanto más tiempo permanecía en sus brazos, más le gustaba.

—No pesas mucho.

—Mi gran y fuerte marido.

Quentin soltó una carcajada y la depositó de pie en el centro de la festiva habitación.

—Déjame ver qué he atrapado para mí. Hemos tenido tanta gente alrededor durante todo el día que no he tenido la oportunidad de mirarte como es debido.

Kit se sonrojó mientras los ojos de él la recorrían, devorándola, y se obligó a pensar que no era deseo lo que veía en su rostro. Solo más consideración hacia sus sentimientos. Había sido forzado a este matrimonio, y ahora hacía lo posible por tranquilizarla.

De verdad era el príncipe que la señora McCluskey había mencionado. Kit era una chica afortunada por ser su esposa.

También era una chica desafortunada, porque quería mucho más de él de lo que jamás podría darle.

—Eres una novia preciosa, mi señora.

Kit alzó la mano hacia su pelo corto.

—No una novia convencional.

El gruñido de Quentin fue desdeñoso.

—La convención está sobrevalorada. Ahora siéntate cerca del fuego antes de que te caigas. Ese tinte verdoso ha vuelto.

Kit levantó las manos en señal de disculpa.

—Lo siento.

Él le sonrió con tanta amabilidad que el pobre y vulnerable corazón de Kit se contrajo dolorosamente. Viviendo con su hermanastro, había aprendido a valorar la bondad, porque había recibido tan poca. Desde el principio, había notado la bondad de Quentin. Con los animales. Con los niños. Con ella.

—Unos nervios nupciales son de rigor, creo yo.

—¿Unos pocos?

Sin embargo, no se sentía tan inquieta cuando se dejó caer en una butaca de cuero frente al fuego. Aunque solo fuera porque parecía que su esposo no tenía intención de precipitarse para llevarla a la cama en ese mismo instante.

—Toma, esto podría ayudar —dijo Quentin, colocándose delante de ella con dos vasos de cristal en las manos. Le tendió uno—. Lo mejor de Bruce Mackenzie.

Kit sabía quién era Bruce Mackenzie, el mejor destilador de whisky de las Highlands, que vivía en la finca de Achnasheen, en la costa. Los otros mozos de cuadra hablaban de sus productos con reverencia.

—Sabes que no me gustan los licores.

—Tenía la sensación de que empezabas a cogerles el gusto en la cabaña. Pruébalo ahora. Puede que te dé valor.

Ella no tomó el vaso.

—¿Necesito valor?

—Un poco de valor extra nunca está de más.

—Es cierto.

Kit tomó el vaso, segura de que Quentin no dejaría de notar lo temblorosa que estaba su mano.

—*Slàinte mhath* —dijo él, apurando el whisky de un trago.

—*Slàinte mhath* —repitió ella, tomando un sorbo cauteloso del líquido dorado. Tenía un sabor tan fuerte que no pudo evitar hacer una mueca, aunque al menos esta vez sabía qué esperar.

—Te acostumbrarás —dijo Quentin con una risa.

—Sigue sabiendo a medicina.

Ahora que lo había tragado, sintió un calor agradable, y el regusto no era nada desagradable, rico, ahumado y con toques de turba.

Mientras ella tomaba otro sorbo, Quentin se volvió y dejó su vaso en la repisa de la chimenea. El sabor se volvió más soportable.

Kit lo observó cruzar la habitación hasta el escritorio bajo las ventanas con cortinas. Volvió con un papel en la mano que le tendió.

—Esto es para ti.

Confundida, Kit dejó su vaso sobre la mesa cercana a su silla y tomó el papel.

—¿Qué es esto?

—Renuncio a cualquier derecho que pudiera tener sobre tu fortuna —respondió Quentin, con un tono inusualmente serio, sin rastro de broma—. Te dije que lo haría. Podemos ir a Edimburgo en Año Nuevo y pedir a un abogado que redacte algo oficial. Pero ya he firmado esto, y el reverendo lo ha atestiguado, así que sospecho que será válido ante un tribunal.

Desconcertada, Kit leyó las pocas líneas en el papel y sintió un nudo de malestar y culpa en la garganta. Y anhelo. Cuando estaba con Quentin, el anhelo siempre dominaba.

Levantó la vista hacia él con expresión sombría.

—Casi preferiría que te quedaras con mi fortuna.

—¿Qué demonios?

Kit tragó saliva para deshacer el enorme nudo que tenía en la garganta.

—Al menos, si te quedaras con mi fortuna, sentiría que obtuviste algo de este matrimonio.

Con esas palabras, toda la ilusión de azúcar hilado de su día de boda se desmoronó por completo.

Sin embargo, Quentin frunció el ceño, como si no entendiera.

—Yo obtengo algo de este matrimonio. Te obtengo a ti.

Kit hizo un gesto desesperado, y su voz sonó apagada mientras luchaba por no llorar.

—Deja de ser amable, Quentin. Los dos sabemos que te arrinconaron para casarte conmigo. Jamás lo habrías hecho si no te hubieran obligado.

Se preparó para oírle protestar por lo que había dicho. En ese momento, no creía que pudiera soportar más de su amabilidad.

Pero en lugar de darle otra mentira reconfortante, Quentin inclinó la cabeza y miró fijamente las llamas. Cuando habló, su tono era más sombrío de lo que ella le había oído nunca.

—Sé que no querías casarte conmigo.

No era lo que ella esperaba que dijera, así que la sorpresa la llevó a responder con más franqueza de la que quizá era prudente.

—No seas tonto, Quentin. Por supuesto que quería casarme contigo. Eres maravilloso.

Él alzó la cabeza bruscamente, y su rostro se puso pálido de asombro. Lo cual parecía una reacción extraña.

—¿Maravilloso?

Kit soltó una pequeña risa amarga.

—Llevo suspirando por ti desde el día que te vi por primera vez. Era un comportamiento de lo más inapropiado para un mozo de cuadra.

Él abrió las manos, desconcertado, perdido por una vez.

—Yo…

Ella le hizo un gesto para que callara.

—Pero odio que te hayan atrapado para tomarme como esposa. Te mereces algo mejor.

Él negó con la cabeza, y su mandíbula cincelada se tensó con terquedad.

—No, no me lo merezco.

Kit luchó contra las lágrimas. Llorar en ese momento sería el colmo.

—Te dije que no fueras amable.

—No lo estoy siendo.

—Sí, lo eres. Y no te preocupes, no te avergonzaré montando escenas ni dejando que mi cariño por ti se convierta en un problema. Una vez que hayamos acabado con Neil, podemos separarnos. Puedes seguir con tu vida como si yo no existiera.

Un músculo se contrajo en la mejilla de Quentin, y él pareció molesto. Lo cual era extraño, porque ella pensaba que estaría agradecido de que le facilitara tanto ignorar sus obligaciones con su esposa.

—Excepto que eres mi esposa.

—Lo siento. No puedo cambiar eso. Lo haría si pudiera.

Él arqueó las cejas con escepticismo.

—¿De verdad lo harías?

Kit notó que Quentin ya no parecía tan devastado, aunque supuso que su confesión indeseada significaba que ahora él sentía pena por ella. Esta noche estaba resultando un completo desastre.

—Por tu bien.

—Qué… desinteresado.

Aún sonaba molesto. Supuso que la revelación de que su esposa no deseada albergaba sentimientos por él debía de haberle caído como una desagradable sorpresa.

Sin saber realmente qué quería él de ella, Kit hizo un gesto de impotencia.

—Ojalá pudiera darte la libertad.

—¿Ah, sí?

En realidad, tenía razón en dudar de ella. Kit no estaba segura de ser tan noble, aunque deseaba serlo. Era absurdo tener esperanzas, pero aun así las tenía. Tal vez Quentin llegara a desearla con el tiempo. Tal vez llegara a importarle.

—Lamento haber arruinado tu vida —dijo en voz baja y miserable.

Sin apartarse de la repisa de la chimenea, él la estudió como lo había hecho antes de anunciar que sabía que ella era una mujer. Kit se removió incómoda en el sillón. Cuando él la miraba así, parecía que veía directamente su corazón. Y era humillante saber que en su corazón llevaba grabada la imagen de su rostro.

—Bueno, esto sí que es una sorpresa —dijo él con voz neutra, después de un largo silencio.

Ella no pudo evitar sentir que él se estaba burlando de ella. Su respuesta salió con un ligero tono cortante.

—No puedo evitar lo que siento.

Él continuó como si no la hubiera oído.

—Porque he pasado los últimos dos días convencido de que arruiné tu vida.

En realidad, la perspectiva de un amor no correspondido de por vida podía encajar en esa descripción. Pero Kit lo miró a los ojos con toda la valentía que pudo reunir.

—Estoy orgullosa de ser tu esposa.

Para su alivio, la severa expresión de Quentin se suavizó.

—Y yo estoy orgulloso de ser tu marido.

—¿Tú… tú lo estás?

—Sí, con todo mi corazón —dijo él, mientras sus ojos se llenaban de calidez y sus labios se curvaban en una sonrisa—. Porque, verás, estoy muy feliz de haberte tomado como esposa, Christabel Urquhart. Y aún más feliz ahora que sé que la idea no te desagrada.

Ella frunció el ceño, mientras luchaba por comprender cómo había cambiado el mundo en los últimos segundos.

—¿Estás diciendo…?

La sonrisa de él se amplió.

—Estoy diciendo que, si el mozo de cuadra parecía enamorado de manera inapropiada, lo mismo le pasaba al sobrino del laird.

Una débil semilla de esperanza se desplegó en su pecho. Esto sonaba prometedor. Realmente prometedor. Tal vez el día no estuviera resultando un desastre después de todo. Estar enamorado no era lo mismo que amor, pero era un buen comienzo.

—¿Estás… estás diciendo que estás contento con cómo han salido las cosas?

—Estoy diciendo que no hay nadie con quien prefiera pasar el resto de mi vida. Lo que me hacía sentir tan bajo como el vientre de una serpiente era estar convencido de que mi condenada curiosidad te había obligado a casarte conmigo, cuando era lo último que querías.

La semilla de esperanza se estiró hacia la luz.

—Parece… parece que estábamos equivocados el uno con el otro.

Él siguió mirándola, como si viera cada respiración que tomaba.

—Eso parece.

Kit reunió todo su valor y sostuvo la intensa mirada de Quentin.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer al respecto?

Capítulo 10

Quentin había pasado los últimos dos días atrapado entre una lacerante culpa por haber arrastrado a Kit a este matrimonio y una felicidad que consideraba indigna porque había conseguido a la chica que deseaba.

Ahora resultaba que esa felicidad no era tan indigna después de todo. Porque parecía que la chica que él quería también lo quería a él.

Era un cambio tan enorme que le costaba asimilarlo. Así que cuando su encantadora esposa le preguntó qué pensaba hacer, respondió con lo primero que acudió a su mente.

—Lo que me gustaría hacer es llevar a mi esposa a la cama.

Los brillantes ojos azules de Kit se abrieron de par en par, y Quentin se apresuró a continuar antes de que ella lo mandara al infierno o saliera corriendo de la habitación gritando de terror.

—Pero soy consciente de que apenas me conoces y no hemos tenido oportunidad de cortejarnos, así que si prefieres esperar, lo entenderé.

Cuando Kit se humedeció los labios, él cerró los ojos y se recordó a sí mismo que era un caballero. También se recordó que ella había sido acosada y maltratada. Le debía el respeto de dejar que fuera ella quien marcara el ritmo de su seducción.

Al menos encontraba consuelo en saber que, tarde o temprano, habría una seducción. Abrió los ojos y la encontró observándolo.

—Es muy generoso por tu parte —dijo ella, con una expresión inescrutable.

Él sonrió.

—Soy un príncipe, después de todo. Pregúntale a la señora McCluskey.

—No hace falta.

Kit se puso de pie y se acercó a él.

—¿Me besarás, Quentin?

Una oleada de sorpresa lo recorrió. Y de anticipación. Esto prometía.

—Me encantaría.

Kit se detuvo a un paso de distancia. Desde tan cerca, él podía leer el nerviosismo que bullía bajo su valentía. Pero ya sabía que ella era valiente. Si no lo fuera, habría cedido bajo la tiranía de su hermanastro en lugar de desafiarlo huyendo disfrazada de chico.

Christabel Urquhart, ahora MacNab, era fuerte, pero también era vulnerable. Al mirarla, una oleada de protectora ternura lo envolvió. Los votos que había pronunciado esa mañana cobraron un nuevo peso. Mientras él viviera, no permitiría que nadie la dañara.

Con ternura, Quentin tomó su rostro con una mano y le levantó la barbilla. Al contacto, Kit contuvo la respiración y sus ojos se oscurecieron, pero no se apartó.

Lentamente, él inclinó la cabeza y rozó sus labios con los de ella. Un calor intenso lo envolvió, aunque el contacto fue casto y terminó en un segundo.

Quentin se obligó a controlar sus impulsos y le dio otro de esos besos breves. Los labios de Kit eran tan suaves, llenos y delicados bajo los suyos. Resistió la tentación de profundizar el beso

y saciarse con su dulzura.

Kit murmuró con placer y se acercó un poco más. Animado, la besó otra vez, esta vez demorándose un instante más para saborear su sabor. En el beso siguiente, los labios de ella se movieron bajo los suyos con el inicio de una respuesta.

Quentin atrapó el labio inferior de Kit entre los suyos, invitándola a abrirse para él. Cuando ella emitió un leve sonido de desconcierto, retrocedió.

—¿No te ha gustado? —susurró, levantando la otra mano para sostener su rostro.

Las mejillas de Kit estaban sonrojadas, y la intensidad de su mirada le dijo que su enfoque gradual estaba dando resultados.

—Ha sido inesperado, nada más.

—¿Quieres que lo haga otra vez?

—Por favor —suspiró ella, cerrando los ojos y levantando el rostro hacia él.

Quentin volvió a los besos suaves. Cuando deslizó la lengua sobre la línea cerrada de sus labios, esta vez ella se abrió para dejarlo entrar. Luchando contra una oleada de triunfo, introdujo su lengua en el cálido interior.

Kit emitió otro de esos delicados sonidos de rendición, y la siguiente vez que su lengua entró en la boca de ella, ella se atrevió a responder con la suya.

Él gimió y bajó las manos para rodearla con los brazos y atraerla contra su cuerpo tembloroso. Porque esta cuidadosa seducción también lo estaba seduciendo a él.

La gentileza se volvía más difícil de mantener cuando ella entrelazó los brazos alrededor de su cuello y se acercó más. Era vital y delicada en su abrazo, y cada vez que la besaba, le resultaba más complicado no tomarla con toda la pasión que crecía en su interior.

Sus besos siguieron siendo juguetones, aunque le costaba recordar su inocencia, su fragilidad. Antes se cortaría el cuello que asustarla. Ella ya había sentido demasiado miedo.

Quentin levantó la cabeza y miró a Kit con ojos nublados. Ella estaba sonrojada y aturdida, y nunca había visto nada más hermoso en su vida.

Un leve ceño fruncido unió las cejas de Kit.

—¿Por qué has parado?

—Porque estoy intentando mantener la cabeza fría, y tú eres tan fascinante que no es fácil.

Él rió cuando ella pareció muy satisfecha consigo misma.

—Me ha gustado besarte.

—A mí también me ha gustado besarte.

Un pensamiento incómodo cruzó su mente.

—¿Sabes lo que ocurre entre un hombre y una mujer?

Por Dios, esperaba que sí. Si no, temía asustarla otra vez.

La mirada sardónica que ella le dirigió era tan propia de Kit, el mozo de cuadra insolente, que Quentin rió de nuevo.

—Crecí rodeada de caballos. Entiendo lo básico.

—Con personas no es exactamente lo mismo que con un semental montando a una yegua.

Ella puso una cara que lo hizo querer besarla otra vez.

—Eso espero. La yegua nunca parece disfrutar mucho.

Quentin quedó atrapado entre la preocupación y la diversión.

—No estoy seguro de que una mujer disfrute mucho su primera vez. Aunque no hablo por experiencia propia.

—¿Pero tú has hecho esto antes?

Cuando ella clavó en él una mirada perspicaz, Quentin se sonrojó.

—Kit…

—¿No debería preguntarte eso, verdad?

Él atrapó su mano, mientras recordaba a la encantadora Jenny McLeod, la viuda más alegre al norte de la frontera, quien había convertido su verano a los veinte años en pura magia.

—Quizás no, pero sí, lo he hecho antes.

Con seriedad, Kit continuó:

—Emily me habló de lo que ocurre. Dijo que, si el amante es amable, incluso la primera vez puede ser gloriosa.

Quentin no estaba seguro de querer tener tanta información sobre la vida marital de sus tíos, aunque cualquiera podía ver que el amor que compartían incluía una buena dosis de disfrute físico.

—Eso me deja un listón muy alto —dijo, con una sonrisa.

Kit sonrió también.

—Si… si lo dices en serio, cuando afirmas que quieres convertir esto en un matrimonio de verdad entre nosotros, tenemos tiempo para hacerlo bien.

—¿Mucho ensayo por delante?

Le tocó el turno de ruborizarse.

—E… eso espero. Si lo que viene es algo parecido a besarte, no me voy a quejar.

Quentin reprimió la imagen de Kit en su cama durante horas, porque justo ahora necesitaba mantener el control, y esa idea era una vía segura para perderlo.

—Haré todo lo que pueda —respondió, devolviéndole la sonrisa—. Y sí, quiero convertir esto en un matrimonio de verdad. Quiero vivir contigo, luchar tus batallas y envejecer a tu lado. ¿Qué dices?

Kit apretó su mano con más fuerza.

—Entonces… ¿no estás enfadado por haberte tenido que casar conmigo?

Él negó con la cabeza.

—Te quiero, Kit. Aún no había decidido cómo iba a lograrlo, pero tenía la intención de cortejarte.

—¿El sobrino del laird y el mozo de cuadra?

—Suena absurdo, ¿verdad? —Comentó antes de abordar algo que le rondaba la mente—. Aunque una unión entre un simple laird y una condesa también suena absurdo. Podrías aspirar a alguien mucho mejor que yo como esposo.

Ella lo miró como si pudiera ver directamente dentro de su corazón.

—¿Sabes? Hay más en un hombre que su título. Eres un buen hombre, Quentin MacNab. En todos los aspectos que importan, no podría aspirar a nada mejor que tú.

—No me conoces.

Su resoplido de diversión destiló absoluto desprecio hacia esa afirmación.

—Claro que te conozco. He visto cómo tratas a los niños, los caballos y los perros. He visto cómo tratas a Hamish y a Emily. Cuando pasamos aquella noche en la cabaña, sé que fuiste un perfecto caballero. Si hubieras tenido algún interés en mi fortuna, me tuviste a tu merced entonces. Y, aun así, dormí en tus brazos completamente segura.

Quentin llevó la mano de Kit a sus labios y besó sus nudillos.

—No tengo ningún interés en tu fortuna. Pero sí tengo interés en tu persona.

—¿Por qué no intentaste besarme en la cabaña?

Él se encogió de hombros.

—Porque no estabas preparada. Porque tenías miedo. Porque aún no confiabas en mí.

—Ahora confío en ti —dijo ella con suavidad.

Sus palabras sonaron como una declaración de amor. Dado lo que Kit había vivido, la confianza quizás era un regalo más grande que el amor, aunque eso no significaba que Quentin no albergara la esperanza de ganarse su amor algún día.

—¿Suficiente como para convertirte en mi esposa en todos los sentidos?

Por primera vez, Kit le sonrió sin sombras. Subió la mano para acariciarle la mejilla. Quentin fue intensamente consciente de que era la primera vez que ella lo tocaba por iniciativa propia. Una expresión física de la confianza que acababa de declarar en palabras.

—Estoy impaciente.

Capítulo 11

Cuando Kit vio el hambre arder en los ojos avellana de Quentin, volviéndolos de un dorado intenso, una oleada de anticipación eufórica la inundó. Había tenido miedo durante tanto tiempo, pero al observar el rostro intenso de su marido, ese miedo desapareció.

—Kit…

Él la tomó en sus brazos y la besó con tal pasión que eclipsó por completo todos los besos anteriores, por emocionantes que hubieran sido. Cuando Quentin succionó su lengua dentro de su boca, el calor la envolvió. Sus rodillas amenazaron con ceder, y tuvo que aferrarse a sus anchos hombros.

Comenzó a besarle la cara y el cuello. Las sensaciones se arremolinaron dentro de ella, arrancándole un gemido cuando él se concentró en un punto particularmente sensible donde el cuello se unía con el hombro. Estas reacciones desconocidas convirtieron su cuerpo en un extraño. Sus pechos se hincharon y sus pezones se tensaron con una necesidad dolorosa. Su vientre se contrajo con un deseo inquieto.

—Quentin, me siento… rara —logró balbucear.

Él alzó la cabeza y la miró. También él parecía un extraño, un desconocido seductor y peligroso. Pero su voz estaba llena de la amabilidad habitual.

—¿Rara bien o rara mal?

—Bien —respondió, aunque su sinceridad esencial la obligó a añadir—: Creo.

La suave risa de Quentin, esa que siempre derretía su corazón, alivió su inquietud.

—Se supone que debes sentirte así.

Cuando él retrocedió un paso, Kit emitió un sonido de protesta incoherente y agarró sus brazos, demasiado alterada como para pensar en el orgullo.

—No te detengas.

Quentin le apartó el cabello corto del rostro y le dedicó una sonrisa de una dulzura indescriptible.

—No pienso detenerme. De hecho, planeo mucho más.

Media hora antes, esas palabras habrían resultado intimidantes. Ahora solo encendieron en ella una chispa de emoción.

—Esto no se parece en nada a los caballos.

Él rió de nuevo.

—No, no del todo. ¿Puedo desvestirte?

El aire salió de sus pulmones tan rápido que vio puntos frente a los ojos.

—Si… si quieres —consiguió murmurar con un hilillo de voz.

—Gracias.

Kit se preparó para que él empezara a quitarle la ropa, pero en lugar de eso, Quentin retrocedió y se desabrochó la chaqueta de terciopelo negro, quitándosela y arrojándola sobre el respaldo de una silla cerca del fuego. Luego desató su corbata y ella notó que sus manos

temblaban. Con una urgencia creciente, se quitó la camisa blanca y la añadió a la pila.

—Oh, cielos… —suspiró ella mientras devoraba con la mirada su torso desnudo.

En Appin, había visto a los mozos y trabajadores del campo sin camisa. Y aquí, en Glen Lyon, un mozo de cuadra estaba expuesto a un mundo masculino al que ninguna condesa accedía jamás, por más que Laing intentara protegerla. Pero ninguno de esos hombres podía compararse con la magnificencia de Quentin MacNab.

Mientras lo observaba, cada gota de humedad desapareció de su boca y su vientre se contrajo con más de esa punzante añoranza.

—¿Puedo… puedo tocarte? —logró balbucear, devorando con la mirada el poderoso torso con su ligera capa de vello dorado.

Nunca antes había notado cómo los músculos masculinos formaban crestas en el abdomen. Quentin lucía fuerte y terriblemente atractivo.

Una leve sonrisa curvó sus labios.

—Me encantaría.

Ella colocó las manos temblorosas en el centro de su pecho. El vello era un cosquilleo agradable bajo sus palmas. Al contacto, él inhaló con un prolongado siseo.

—¿Está bien así? —preguntó Kit con incertidumbre.

—Oh, sí.

Animada, esparció las manos. Quentin irradiaba calor, un calor que subió por sus brazos y descendió en un torrente hasta ese lugar en lo más profundo de su vientre donde se sentía vacía y necesitada. Mordió su labio mientras recorría lentamente sus costillas duras, el vientre firme y, finalmente, los pezones planos que se endurecieron bajo su toque, tal como los suyos lo hacían cuando él la besaba.

Estando tan cerca, escuchó su respiración entrecortada. Cuando tocó sus pezones, él dejó de respirar por completo. Tentativamente, los frotó, y Quentin emitió un gemido desgarrado.

—Me estás torturando.

Por su tono, no parecía molestarle demasiado. Con una osadía repentina, Kit se inclinó y besó el centro de su pecho. Su aroma la envolvió, un olor familiar tras la noche en la cabaña y sus besos esta noche. Jabón herbal. Masculinidad saludable. Algo almizclado que sus instintos le decían que era deseo.

—Hueles de maravilla —murmuró contra su piel.

Quentin le sujetó la cabeza entre las manos y le inclinó el rostro para otro beso, este torpe por la necesidad. Ella deslizó las manos por su pecho y las enlazó tras su cuello, devolviendo el beso con toda la pasión inexperta que le encendía la sangre.

Cuando él levantó la cabeza, la miró con una expresión que la hizo estremecer. Parecía tan abrumado por el fuego que los consumía como ella misma.

—Estoy intentando no asustarte.

Kit sonrió.

—No estoy asustada.

—Me alegro. Nunca quiero que tengas miedo conmigo —respondió él con una sonrisa—. ¿Te das la vuelta para que pueda desabrocharte el vestido?

Sin vacilar, Kit le dio la espalda. Emily le había prestado un precioso vestido de terciopelo crema para la boda.

—Sería más fácil desvestirme si todavía fuera un mozo de cuadra.

Quentin soltó un gruñido divertido mientras tiraba de los cordones con una impaciencia que ella sentía.

—Incluso la poco convencional condesa de Appin no podía casarse en pantalones —hizo una pausa—. Y viéndote tan hermosa a mi lado frente al ministro, sería un ingrato quejarme de tener que tomarte tiempo para desvestirte.

—A mí también me pareciste hermoso —dijo ella.

—Gracias.

Cuando el humor profundizó su tono, Kit se ruborizó. Supuso que "hermoso" no era la mejor palabra para describir a un hombre joven y apuesto.

—El tartán MacNab te quedaba espectacular. Me hubiera gustado llevar el tartán Urquhart.

—Lamento que fuera una boda tan pequeña. Sé que las chicas sueñan con una iglesia llena, un vestido elaborado y cien damas de honor. Mis malditas hermanas no hablaban de otra cosa mucho antes de decidirse por algún pobre desgraciado al que casarse.

Kit soltó un resoplido autoirónico.

—Yo no soñaba con casarme. Soñaba con criar al ganador del Derby.

Dejó escapar un jadeo sorprendido cuando él la hizo girar de repente y la besó de nuevo. Para cuando Quentin levantó la cabeza, ella estaba sin aliento y mareada.

—¿A qué ha venido eso? —jadeó, aferrándose a sus hombros para no convertirse en un charco a sus pies.

Él le sonrió como si nunca hubiera visto algo tan maravilloso.

—Por ser tú. Estoy tan feliz de que te hayas casado conmigo.

Kit lo miró fijamente, y por primera vez sintió en su corazón que, aunque la amenaza de un escándalo los había llevado al altar, él no era un novio a regañadientes.

—Y yo estoy feliz de haberte elegido a ti. —Continuó precipitadamente—: No me importa que fueran solo tú, yo, Hamish, Emily y Laing en la boda. Lo que importa es que prometiste ser mío, y yo prometí ser tuya. Porque pronuncié esas palabras con todo mi corazón.

La expresión de Quentin cambió, y ella vio que sus palabras lo habían conmovido profundamente.

—Christabel, no te merezco.

Ella lo miró con asombro.

—Nunca me habías llamado así.

Él le acarició la mejilla con tanta ternura que Kit sintió que se derretía.

—Esta noche eres Christabel, hermosa y misteriosa.

Nunca antes había sentido que su yo prosaico y ocupado encajara con un nombre tan romántico, pero al mirar los ardientes ojos dorados de Quentin, por primera vez la ruda y desaliñada Kit también era Christabel.

—Me haces ser Christabel —susurró.

Él sonrió y tocó su cabello.

—Aunque espero que Kit siga ahí en algún lugar. Extrañaría a ese pilluelo si no lo viera nunca más.

Su tono burlón alivió la intensa atmósfera que se había formado, y Kit rió.

—Prometo que Kit volverá.

—Excelente noticia. Disfruté mucho besar a un mozo de cuadra.

Unas risitas sofocadas escaparon de ella.

—Eso sí que habría causado un escándalo.

—Ahora déjame ver qué escondía Kit bajo ese espantoso abrigo —dijo Quentin, soltándola y moviéndose detrás de ella para terminar de desatar las cintas de su vestido—. La duda me ha quitado el sueño más de una noche.

—¿De verdad?

—Oh, sí.

Ella tragó saliva. Él seguía diciendo cosas que le robaban el aliento.

—Ese abrigo era bastante feo, ¿verdad?

Quentin soltó un gruñido sardónico.

—¿Feo? Era más feo que un cerdo con dos cabezas.

—Lo quemaré.

—Ni se te ocurra. Me trae recuerdos maravillosos. Y no digamos que quiero enseñárselo a nuestros hijos cuando les cuente las aventuras de su madre.

—¿Hi… hijos? —Hasta ese momento, Kit no había pensado realmente en tener hijos con Quentin. Su vida en los últimos años había sido una serie de decisiones apresuradas para resolver crisis inmediatas. Apenas había tenido oportunidad de mirar más allá de la semana siguiente.

—Por supuesto.

—Por supuesto —repitió, casi sin aire.

Su tono seguía siendo burlón.

—¿Qué te parecen media docena?

Algo dentro de ella se retorció con una punzada de emoción. Sabía que Quentin sería un buen padre. De repente, se imaginó vívidamente a un niño pequeño con el alborotado cabello castaño dorado de Quentin, sus brillantes ojos avellana y su cautivadora inteligencia.

Gracias a Quentin —y también a Hamish, Emily y Laing— su largo calvario estaba a punto de terminar. Un día más, y sería libre de Neil. De hecho, al casarse con Quentin ya era libre. Según los términos del testamento de su padre, al casarse ganaba el control de su herencia.

La tensión constante se aflojó, y la siguiente respiración llenó sus pulmones como no lo había hecho desde mucho antes de la muerte de su padre.

—Comencemos con uno y veamos cómo nos va —dijo, luchando por mantener la voz firme.

—Me parece un buen plan. Levanta los brazos.

Sin pensar —su mente seguía ocupada imaginando el futuro que se abría ante ella—, obedeció. Quentin le quitó con cuidado el bonito vestido y lo llevó hasta la silla. Ella notó que trataba sus ropas con mucha más delicadeza de lo que había tratado las suyas propias.

Mientras caminaba, el kilt se balanceaba alrededor de sus estrechas caderas. Seguramente no llevaba nada bajo la tela escocesa. Ante ese pensamiento, el corazón de Kit dio un vuelco, mezclando emoción con un leve temor.

—Te desenvuelves muy bien como doncella de una dama.

Quentin regresó a ella con ese andar elegante y cadencioso que lo caracterizaba.

—Pienso pasar mucho tiempo desnudando a mi esposa.

Ella se ruborizó al darse cuenta de repente de que estaba de pie frente a él, vistiendo solo su ropa interior. Hasta ese momento, había estado demasiado ocupada admirando la impresionante figura de su esposo como para percatarse de su propia desnudez.

Cuando él se detuvo frente a ella, la admiración descarada en su mirada hizo que sus mejillas ardieran aún más.

—Por el cielo, ese horrible abrigo escondía un verdadero tesoro.

Con delicadeza, Quentin desabrochó su corsé y lo retiró, dejándola únicamente con la camisola y las enaguas. Emily le había prestado toda su ropa, incluido el elaborado vestido de novia. Emily, según había descubierto, tenía un gusto particular por la lencería traviesa y extravagante. Pájaros bordados y ramas adornaban el corsé rosa pálido, mientras que la camisola y las enaguas eran de seda blanca translúcida.

Las manos de Quentin se movieron rápidas, desatando las cintas de las enaguas hasta que estas cayeron al suelo a sus pies. Kit seguía llevando la camisola, los calzones, las medias y los zapatitos, pero se sentía prácticamente desnuda. Bajo su mirada hambrienta, se movió con incomodidad, aunque sus pechos dolían de deseo por el tacto de sus manos.

Con suavidad, él la atrajo hacia sí y la besó de nuevo. A pesar de su inocencia, Kit percibía un universo de hambre contenido tras aquel beso. Sus rodillas flaquearon, y deslizó una mano detrás de su cuello para mantener el equilibrio. Y para tocarlo. Tocar a Quentin resultaba ser uno de los mayores placeres de la vida.

Mientras la besaba, comenzó a explorar su figura a través del fino material. Recorrió su espalda, sus costados, acarició la piel desnuda de sus brazos. Su nerviosismo se desvaneció bajo el torrente de placer. Cuando bajó las manos y apretó suavemente sus nalgas, Kit emitió un suave sonido de sorpresa contra su boca. Y otro jadeo cuando él la atrajo hacia sus muslos.

Sintió su dureza a través del kilt. Un calor líquido se acumuló en lo más profundo de su vientre, y ella se removió, guiada por un anhelo desconocido.

Quentin levantó el dobladillo de su camisola y liberó los calzones, que cayeron junto con las enaguas alrededor de sus tobillos. Emitió un suave gruñido de satisfacción al cerrar las manos sobre la piel desnuda de sus nalgas. Un estremecimiento de respuesta recorrió a Kit, y un débil gemido escapó de sus labios.

—Ven al dormitorio, mi preciosa esposa —susurró, mientras sus labios recorrían su cuello.

La anticipación la invadió, y su piel se erizó con pequeños escalofríos.

—Sí —dijo temblorosamente.

Él la besó con suavidad en los labios. Antes parecía impaciente, pero ahora cada toque transmitía cuidado y ternura. Tomándola de la mano, la condujo a través de la puerta hacia el dormitorio iluminado por velas. Un fuego ardía en la chimenea, así que, a pesar de lo poco que llevaba puesto, se sentía cálida.

—Qué bonito —dijo Kit. Flores, ramas navideñas y pétalos perfumados decoraban la habitación, esparcidos sobre las sábanas y almohadas. Cuencos con hierbas llenaban el aire con una fragancia celestial.

—Han hecho un gran esfuerzo por nosotros.

—Todos están encantados de darte la bienvenida a la familia.

Kit parpadeó para contener las lágrimas.

—Siento como si no hubiera tenido una familia en mucho tiempo. Desde que murió papá, ha sido como vivir entre lobos.

—Ahora yo soy tu familia —dijo Quentin con suavidad, mientras la atraía para un rápido beso lleno de dulzura.

Una poderosa emoción apretó su corazón. De todas las cosas hermosas que él le había dicho esa noche, esas palabras eran las más conmovedoras.

—Gracias. No puedes imaginar lo que eso significa para mí.

—Creo que puedo intuirlo.

Con su mano libre, hizo un gesto que expresaba su infelicidad pasada.

—Me he sentido tan sola desde que murió papá. Lo cual suena ingrato, porque Emily, Hamish y Laing han hecho tanto por ayudarme.

—No es lo mismo que tener a alguien que sea tuyo.

—Lo entiendes.

—Creo que sí. —Su voz se profundizó de una manera que hizo que el desbocado corazón de Kit volviera a encogerse—. No permitiré que vuelvas a sentirte perdida y sola, Christabel. Te lo

prometo como un MacNab.

Tragó para aliviar el nudo en la garganta. Lo intentó otra vez. Pero aun así, su respuesta salió en un susurro ronco.

—Entonces creo que es hora de que me conviertas en una MacNab de verdad, Quentin.

Capítulo 12

Quentin atrajo a Christabel hacia sus brazos y la besó con la ternura desgarradora que ella despertaba en él. Pero parecía que su esposa había dejado atrás la incertidumbre temblorosa que requería de su delicadeza. Su respuesta era hambrienta, desatando el deseo que él hacía su mejor esfuerzo por contener.

Quería cuidarla, mostrarle cuánto la valoraba, pero ella rodeó su cuello con los brazos, tiró de su cabello y arqueó su cuerpo contra el suyo hasta que él sintió los picos perlados de sus pezones contra su pecho. Cubrió sus pechos con las manos, a través de la fina tela que los cubría. La seda resbalaba bajo sus dedos, tensándose sobre las cimas endurecidas de sus pezones. Su figura era más generosa de lo que él había imaginado cuando estudiaba al modesto mozo de cuadras y adivinaba que Kit no era un hombre, sino una muchacha disfrazada.

Con un suspiro de satisfacción, apretó la suave carne y bajó la cabeza para tomar uno de esos dulces picos cubiertos de seda entre sus labios. Kit dejó escapar un gemido quebrado de placer sorprendido y se desmoronó en sus brazos. Él succionó el punto mientras acariciaba el otro pecho, y luego levantó la cabeza. Su rostro estaba sonrojado, sus labios rojos y llenos, y sus párpados pesados sobre unos ojos azul oscuro. Era la imagen perfecta de la rendición femenina.

Bajó la mirada hacia donde la seda húmeda delineaba un pezón rosado. El material pálido se adhería a la curva de su cadera y sugería los gloriosos misterios entre sus piernas. De repente, incluso esa prenda transparente ofrecía demasiada cobertura. Necesitaba ver su cuerpo.

Con manos temblorosas, atrapó la camisola y la levantó sobre su cabeza, dejándola caer al suelo detrás de ella. Entonces perdió la capacidad de hablar.

Diablos, perdió la capacidad de respirar.

—Quentin… —balbuceó ella, con las manos revoloteando a sus costados.

Sabía que estaba desesperada por cubrirse, pero él atrapó sus muñecas para detenerla. Era ágil y esbelta, y su piel era tan blanca como la nieve, de modo que los pezones de un rico color frambuesa y los rizos oscuros y suaves que cubrían su sexo resultaban impactantes en su tono erótico. Temblaba, y su cuerpo se sacudió en su agarre, como si aún quisiera restaurar su modestia.

Por supuesto que había imaginado su desnudez. Muchas veces, de hecho, como para no sentirse un sátiro lujurioso. Pero la realidad del cuerpo desnudo de su esposa superaba incluso los sueños más espectaculares.

Con un esfuerzo titánico, Quentin logró articular unas palabras roncas.

—Eres más hermosa de lo que jamás imaginé.

—Gracias —respondió ella, con esa educación perfecta que él había notado desde el principio como tan incongruente en un simple mozo de cuadras.

El recuerdo lo hizo sonreír.

—El placer es mío, créeme.

Ella le devolvió la sonrisa con una incertidumbre conmovedora y dejó de intentar apartarse. Esa expresión de confianza hizo que el corazón de Quentin diera un vuelco de gratitud y de una protectora ternura casi dolorosa.

—Déjame tocarte —murmuró.

Sus ojos se fijaron en él, y ella se humedeció los labios. Pero asintió. Otra concesión.

—Me gustaría.

Su valentía, cuando era evidente que estaba ahogándose en timidez, le desgarró el corazón. Cuando liberó sus manos, su toque fue ligero al acariciar sus hombros y bajar por sus delgados brazos. Atrayendo sus manos, las llevó a sus labios. Depositó besos rápidos en los nudillos y luego las giró para besar sus palmas con una atención más prolongada, hasta que los párpados de Kit temblaron y se inclinó hacia él.

Él exploró sus flancos y caderas, y finalmente sostuvo sus pechos desnudos, sus pulgares jugando con las cimas hasta que ella jadeó. Solo entonces inclinó la cabeza y puso su boca sobre ellos, acariciándolos con lengua y dientes para volverla loca.

Ella se aferró a sus hombros y se presionó contra él en un tembloroso estímulo. Su aroma floral lo tentaba. Mientras succionaba con fuerza su pezón, finalmente se atrevió a tocarla entre las piernas. Estaba húmeda y sedosa bajo sus dedos exploradores, y deliciosamente cálida. Acarició los delicados pliegues hasta encontrar el lugar que hacía que una mujer se estremeciera.

El jadeo tembloroso de Kit hizo que su dureza aumentara contra la suave tela de su kilt. Había estado excitado desde que comenzaron a besarse, pero tocar su cuerpo desnudo lo empujaba rápidamente hacia el momento en que necesitaba estar dentro de ella. Rascó ligeramente su pezón con los dientes mientras estimulaba su centro de placer hasta que temblaba.

—Qué… qué cosas tan maravillosas estás haciendo —murmuró ella, sosteniendo su cabeza contra sus pechos y adelantando las caderas.

—Hay más —murmuró contra su piel y levantó la cabeza. La tomó por la cintura y la giró hasta que cayó sobre las sábanas. Al inclinarse sobre ella, se deleitó en la forma en que ella lo rodeó con los brazos. La besó con fervor.

—Necesito quitarme este maldito kilt.

Ella lo soltó y se acomodó contra las almohadas, inclinándose para quitarse las medias y las zapatillas de satén crema.

—Me gustaría verte.

Quentin se arrodilló y, con manos torpes, desabrochó el cinturón de cuero negro. Luego empujó rápidamente el kilt, quedando desnudo ante su mirada.

Kit dejó escapar un leve gemido, y su mirada, amplia y asombrada, se centró en la dura carne que se alzaba entre sus muslos.

—¿En qué estás pensando?

Para su sorpresa, los ojos de ella, brillantes de risa, se encontraron con los suyos. Parecía asombrosamente la falsa mozo de cuadras que había capturado su interés.

—En caballos.

Quentin empezó a reír, pero no pudo esperar más. Se lanzó hacia adelante y la tomó en sus brazos, besándola con un abandono frenético. Había imaginado que le tomaría toda la noche convencer a su esposa de aceptar que la poseyera, si es que lo aceptaba. Pero, con una dulzura que superaba cualquier sueño, se encontró entre sus muslos, preparado para hundirse en ella.

—¿Christabel? —preguntó en una larga exhalación quebrada.

Ella lo miró, con los ojos cargados de necesidad.

—Hazme tu esposa, Quentin. Estoy lista.

Él deslizó su mano por la hendidura de su cuerpo y descubrió que, tal como había dicho, estaba preparada. Introdujo un dedo en su interior. Por Dios, era tan estrecha. Todo el tiempo, observó su rostro.

Cuando la incomodidad hizo que frunciera las elegantes cejas negras, se detuvo.

—¿Te duele?

—No.

—¿Pero no te gusta?

Kit se movió, ajustándose al dedo que la llenaba.

—Simplemente no estoy acostumbrada.

—Esto te ayudará a prepararte para cuando esté dentro de ti —dijo con la voz ronca.

Ella enredó las manos detrás de sus hombros y levantó las rodillas. Él la besó de nuevo y, mientras su lengua exploraba su boca, comenzó a mover el dedo dentro y fuera, marcando un ritmo que pronto su cuerpo seguiría. Sintió que su tensión se desvanecía, y su rostro se encendió con un placer creciente. Cuando intentó con dos dedos, ella lo aceptó con mayor facilidad.

—Te quiero… te quiero dentro de mí —dijo con la voz apretada, clavando los dedos en los músculos de sus brazos—. No me hagas esperar. Esto es como estar al borde de un precipicio.

Quentin sabía exactamente a qué se refería. La necesidad de poseerla lo estaba volviendo loco. La besó de nuevo, duro y con una intención carnal. Luego, ajustó sus caderas y se deslizó hacia adelante. Kit jadeó cuando él comenzó a penetrarla, mordiéndose un gemido ahogado mientras él avanzaba poco a poco.

Se obligó a detenerse, aunque el apretado abrazo de su cuerpo clamaba por llenarla por completo.

—Te hice daño —dijo con un universo de pesar, aunque su instinto más primitivo glorificaba estar dentro de ella.

—Un poco. Pero el ardor ya está pasando.

Ella se acomodó más profundamente contra el colchón, y el cambio de ángulo amenazó con hacerle perder la cabeza. Gimió.

—Lo siento, Kit. Intentaré hacerlo mejor.

—No te detengas —jadeó.

Esta vez, cuando ella se ajustó para recibir su grosor, dejó escapar un gemido que sonó más a placer que a dolor. Con cuidado, él avanzó, hasta que la llenó por completo. Mirándola a los ojos, sintió como si pudiera ver hasta el alma de ella. Esta unión lo cambió para siempre. Él y esta mujer habían formado un vínculo que duraría el resto de sus vidas.

—Oh, sí —susurró ella en un leve siseo. Cuando ella lo apretó en su interior, él vio estrellas.

—Haz… haz eso de nuevo —gruñó.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Hacer qué?

—Me… me abrazaste por dentro.

Era una descripción inadecuada, pero era lo mejor que podía articular.

Los ojos de ella se oscurecieron mientras volvía a apretarlo. Quentin luchó por no perder el control. Si podía lograrlo, quería mostrarle el placer que podía sentir.

Apretando los dientes, se retiró, saboreando cada fracción del movimiento. Luego empujó de nuevo y vio cómo los ojos de Kit se abrían de par en par.

—Eso fue…

—¿Bueno? —Por el amor de Dios, que no estuviera malinterpretando lo que veía en su expresión.

—Mejor que bueno.

—Lo haré de nuevo.

Fiel a su palabra, comenzó a moverse, sintiendo cada pequeño ajuste que ella hacía para él, hasta que no hubo más que calidez ardiente y bienvenida. Se deleitó con los suaves sonidos de deleite que emitía mientras él la reclamaba. Cuando ella se alzó para recibirlo con un entusiasmo

indómito, el orgullo infló su pecho. Los suspiros, gemidos y murmullos de Kit formaron una sinfonía de rendición. Observó cómo su rostro cambiaba mientras ella se acercaba a su clímax.

—No lo reprimas, Kit.

La siguiente vez que la penetró, llevó la mano entre sus piernas. Ella dejó escapar un grito entrecortado y se estremeció, alcanzando el éxtasis. Su cuerpo lo rodeó con fuerza, y él se movió dentro de ella una vez más antes de entregarse por completo con un gemido desgarrador.

Ella temblaba cuando él se desplomó agotado sobre su cuerpo, enterrando el rostro en su hombro. A través de la languidez dichosa, sintió cómo ella acariciaba su cabello con una ternura que hizo que su corazón doliera.

—Mi esposa —dijo con voz ronca.

—Sí, tu esposa —susurró Kit, envolviendo sus brazos alrededor de él y sosteniéndolo cerca de su cuerpo desnudo.

Capítulo 13

El baile de Nochebuena en Lyon House estaba en pleno apogeo. Kit echó un vistazo a su alrededor mientras Quentin la conducía al centro de la pista para su segundo vals de la noche. Personas de todos los rincones de las Highlands se habían reunido para el elegante evento. Había conocido a tantos amigos, vecinos y familiares de Hamish y Emily que había perdido por completo la cuenta de quién era quién. Aunque, en realidad, su atención no estaba en nadie más que en su apuesto esposo, vestido con su chaqueta de terciopelo negro y su kilt de tartán, la misma ropa que había llevado en su ceilidh de bodas la noche anterior.

El baile se había transformado en una celebración para conmemorar su matrimonio. Ya se acercaba la medianoche, el momento en que cumpliría veintiún años. Estaba a punto de quedar completamente libre de Neil y, además, estaba casada con el hombre que deseaba. Mejor aún, parecía que Quentin la deseaba a ella también. Después de tantos años de miedo y desdicha, apenas podía creer que existiera tanta alegría. Durante mucho tiempo, había tenido miedo de albergar esperanzas, pero esta noche, en la época más jubilosa del año, la esperanza crecía en su interior con una marea invencible.

Quentin le sonrió. Le había sonreído toda la noche, como si no pudiera creer su suerte de tenerla como esposa. Cualquier duda que hubiera tenido sobre si esto era simplemente un matrimonio de conveniencia se había disipado hacía mucho tiempo. Después de las horas gloriosas que habían compartido la noche anterior, estaba convencida de que su unión había comenzado de la mejor manera y de que el lazo que construyeran juntos solo se fortalecería con los años.

Quizá ya llevara en su vientre al próximo heredero de los MacNab. Si no era así, no sería por falta de intentos. Un calor cálido la envolvió al recordar la pasión y la ternura de Quentin la noche pasada, sin mencionar las dos veces que se habían amado esa misma mañana antes de aparecer tarde a la mesa del desayuno. Y luego, antes de vestirse para el baile, él había cumplido una vez más con su deber de esposo.

—Si sigues mirándome así, no estarás abajo cuando el reloj marque la medianoche —gruñó Quentin, mientras la hacía girar en un torbellino que la dejó sin aliento justo cuando la música alcanzaba un crescendo. A su alrededor, la pista estaba llena de parejas vestidas a la última moda. Las damas brillaban con joyas, y los caballeros lucían espléndidos con sus vivos tartanes.

Kit nunca había tenido una temporada social, aunque había tomado lecciones de baile en preparación para una. Sin embargo, bailar en el salón de Appin Castle con un robusto maestro de danza, mientras su institutriz tocaba una melodía en el pianoforte, no podía compararse con girar en medio de una multitud resplandeciente, mientras el hombre que amaba la sostenía en sus brazos.

Le dedicó una sonrisa atrevida, algo que jamás habría hecho un día antes.

—No me importaría.

—Sería una pena perderse el momento en que por fin quedas fuera del control de Neil.

—Estoy fuera del control de Neil desde que me casé contigo.

—Doble libertad, entonces.

—Casi estoy agradecida de que Neil fuera tan miserable —dijo ella, con un humor burbujeante y burlón.

—Eso no puede ser cierto. —Las manos de Quentin se tensaron en su cintura mientras la acercaba más de lo que dictaba la decencia. Pero la mayoría de las parejas a su alrededor también bailaban muy juntas, incluido Hamish y Emily. Kit rezó en silencio para que su matrimonio con Quentin prosperara como el de ellos.

Su sonrisa se ensanchó. Había estado sonriendo como un gato que se relame con la nata toda la noche. Y Quentin también. Había notado con frecuencia miradas de indulgente diversión de los otros invitados al ver cómo su felicidad la deslumbraba.

—Oh, sí que lo es —respondió solemnemente, atreviéndose a deslizar la mano por su hombro para acariciar el lóbulo de su oreja—. Si Neil no me hubiera atormentado hasta hacerme huir, nunca te habría conocido. Y eso sería una verdadera desgracia.

Vio cómo la expresión de Quentin se suavizaba. Luego, dejó de ver cualquier otra cosa que no fueran estrellas cuando él la besó fugazmente.

—En ese caso, deberíamos llamar a nuestro primer hijo Neil.

Ella hizo una mueca, sin poder creer que se sintiera lo suficientemente segura como para bromear sobre el hombre que había hecho su vida tan miserable.

—Eso sería ir demasiado lejos. —Hizo una pausa, demasiado exultante como para darle vueltas a las desgracias pasadas—. Especialmente si nuestro primogénito es una niña.

Quentin soltó una carcajada, atrayendo algunas de esas miradas cómplices.

—Tienes razón. —La examinó de arriba abajo—. Fuiste un mozo de cuadra muy apuesto, mi Lady Appin. Pero como condesa, eres espectacular.

Insegura, soltó su hombro para juguetear con su peinado.

—Todavía me siento un poco extraña con el cabello tan corto.

Mientras la hacía girar en otro movimiento vertiginoso, la sonrisa de Quentin estaba impregnada de una ternura que la hizo sentirse la mujer más querida del mundo.

—Crecerá de nuevo si lo quieres largo, pero he escuchado a varias damas decir que les encanta el corte de la condesa. Estás marcando tendencia.

Con un bufido autoirónico, volvió a colocar la mano en su hombro. Amaba tanto bailar con Quentin. Era lo más parecido a volar sin necesidad de alas.

Aunque esta noche se sentía tan eufórica que bien podría despegar hacia el cielo sin necesidad de nada.

—Quizá debería haber usado mi chaqueta de mozo de cuadra. Eso sí que habría puesto a todos a hablar de una nueva moda.

El humor irónico alargó la sonrisa de Quentin.

—El vestido de esta noche es una mejora definitiva sobre esa monstruosidad.

Ella miró el magnífico vestido de seda verde esmeralda con intrincados bordados dorados.

—Es otro préstamo de Emily. Será agradable volver a usar mi propia ropa.

—Cuando resolvamos las cosas en Appin, podemos hacer un viaje de luna de miel, si te apetece. También planeo llevarte a Cannich House para que conozcas a mi familia. —Le sonrió —. No pongas esa cara de pánico. Les encantarás.

—No soy una nuera convencional —dijo, sabiendo que era una subestimación.

—No, eres mejor que eso. Mi abuela, en particular, te adorará. Es una famosa anfitriona política en Londres. Tendremos que visitarla también. Lo que significa que podrás volverte loca

en las tiendas del West End.

—Parece que… lo tienes todo planeado —dijo Kit con un hilo de voz, sintiéndose abrumada.

—Estoy orgulloso de mi nueva esposa. Quiero presumir de ella.

—Todo suena bastante intimidante —admitió, especialmente la parte de conocer a su familia —. He llevado una vida muy tranquila, ¿sabes?

Él soltó una carcajada.

—Excepto por tus aventuras como mozo de cuadra.

—Esas no son precisamente algo que me recomiende ante una suegra.

Cuando Quentin le dedicó una sonrisa cálida, una sensación de calidez se instaló en el estómago de Kit.

—A esta suegra en particular sí. Nosotros tampoco somos precisamente una familia convencional. Hamish y Emily están fuera de lo común, como habrás notado. Brody y Elspeth tuvieron un noviazgo complicado. Y eso no es nada comparado con las peripecias de Diarmid y Fiona antes de asentarse en la respetabilidad y la felicidad matrimonial. Y si miras más allá de mi familia inmediata, Fergus y Marina son una pareja inusual, considerando que ella ha seguido su carrera artística con tanto éxito. Por Jove, si llevara a casa a una señorita timorata, recién salida del colegio e ignorante de todo salvo de etiqueta, sería una vergüenza para la familia.

Esa noche, Kit había conocido a las parejas que él mencionaba. Lo que más le había impresionado era el aire de satisfacción que emanaba de todas ellas. Era el mismo que notaba entre Hamish y Emily. Sería un sueño hecho realidad si ella y Quentin lograban desarrollar tanta confianza y afecto que los extraños pudieran ver de inmediato el vínculo entre ellos.

Se recordó a sí misma que aún era muy pronto, pero habían tenido un buen comienzo. Quizá, con el tiempo, él llegaría a amarla. Ya sentía cariño por ella; cada uno de sus gestos revelaba cuidado y respeto. Y después de la noche anterior, quedaba claro que compartían un deseo mutuo que esperaba que fortaleciera el vínculo entre ambos.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Quentin, observándola con una expresión atenta.

El calor tiñó las mejillas de Kit.

—En anoche. Y esta mañana. —Hizo una pausa y bajó la voz—. Y esta tarde.

Él gruñó, y para su sorpresa, tropezó. Quentin era un bailarín grácil. Qué interesante que mencionar lo que hacían en la cama le convirtiera de repente en un bailarín con dos pies izquierdos. Interesante y gratificante. Al parecer, Kit también tenía cierto poder sobre él.

Una sonrisa satisfecha curvó sus labios. Sí, ella y Quentin habían comenzado su matrimonio con muy buen pie.

—No me atormentes —dijo él, con un tono áspero. —Si no te mantengo aquí abajo hasta medianoche, Emily nunca me lo perdonará.

Kit observó a la multitud de rostros glamorosos que adornaban aquel hermoso salón decorado con lujosos adornos navideños. Sus oídos resonaban con la dulce música de la mejor orquesta de baile de Edimburgo.

—Nunca había estado en un baile antes.

—Sería una pena llevarte antes de tiempo, aunque estoy casi loco por desearte.

Cuando se encontró con sus ojos brillantes, se le cortó la respiración.

—Ojalá pudieras.

—Quizá pueda escabullirme contigo a un salón lateral y besarte.

Era una idea tentadora.

—Como un regalo anticipado de cumpleaños.

—Pero no nos quedemos mucho más después de la medianoche. Es una tortura no poder

tocarte como deseo.

La sonrisa de Kit se desvaneció. Quentin no parecía estar bromeando.

—Yo también quiero estar a solas contigo, Quentin. Esto ha sido encantador, pero nada se compara con lo que hacemos juntos.

Él volvió a gruñir y apretó con más fuerza su cintura.

—Si este maldito vals termina alguna vez, te llevaré para unos cuantos besos. Después, solo tenemos que aguantar una hora o así para guardar las apariencias.

El corazón de Kit latía a toda velocidad, y no solo por el baile. El hambre que él sentía por ella era emocionante y halagador.

—Emily y Hamish han sido tan buenos con nosotros que deberíamos quedarnos un poco más.

Él puso cara de sufrimiento.

—Empiezo a sentir que me casé con la señora de la etiqueta.

—¿Te molesta?

—No. —Una sonrisa pícara curvó sus labios—. Porque he descubierto que, en privado, puedes ser deliciosamente traviesa.

Kit rió, y luego rió de nuevo con pura felicidad, mientras Quentin la hacía girar por la pista hasta dejarla sin aliento.

Estaba tan perdida en su burbuja de dicha privada que no notó cuando los bailarines a su alrededor comenzaron a detenerse. Solo se dio cuenta de que algo raro sucedía cuando la orquesta se desvaneció en el silencio.

—Busco a mi hermanastra Christabel Urquhart, la condesa de Appin.

La voz masculina, arrogante, resonó sobre los murmullos inquietos y congeló la sangre de Kit. Se encogió contra el cuerpo de Quentin y miró a su alrededor con un pánico instintivo. Seguramente había alguna forma de escapar.

—Kit… —Quentin le tomó la mano, justo cuando la multitud se apartaba para revelar a Neil en el umbral, al otro lado del enorme salón. A su lado estaba el odioso Belmont Sinclair, conde de Bogle. Media docena de hombres más, que Kit no conocía, se alineaban junto a su hermanastro. Todos eran grandes y corpulentos, y presentaban una amenaza silenciosa de violencia con sus espadas y dagas pesadas. Algunos incluso llevaban pistolas.

Que Dios la ayudara, alguien en el valle debía de haber hablado. Y Neil debía de estar lo suficientemente cerca de encontrarla como para haber escuchado, maldita sea.

—Déjame ir —susurró, intentando soltarse de Quentin, mientras el corazón amenazaba con estallarle en el pecho.

—Kit, no hay dónde huir —dijo Quentin, reforzando su agarre—. Te protegeremos.

Estaba tan aterrada que apenas escuchó sus palabras. Toda su atención estaba fija en su tormentador. Como si fuera dueño de la casa, Neil avanzó entre la multitud hacia ella. Sin duda, actuaba como si también fuera dueño de ella.

Sintiendo que era un ratón frente a una serpiente, se encogió. El murmullo de curiosidad a su alrededor se elevó para luego caer en un silencio expectante cuando Neil volvió a hablar.

—Querida Christabel, todos hemos estado tan preocupados por ti. ¿Cómo pudiste causarnos tantas molestias? Ha sido una broma tonta que se salió de control, pero ahora es momento de que vuelvas a casa con las personas que te quieren.

Aturdida e inmóvil, Kit lo miró fijamente. La palabra *querer* parecía una blasfemia en los labios de Neil. Las únicas cosas que Neil amaba eran a sí mismo y el dinero de Appin. Dinero que, por alguna razón, sentía que tenía derecho a reclamar.

La desesperación le pesó en el estómago y le dejó un sabor amargo en la boca. Quentin tenía razón: no había adónde correr. El tiempo para huir había quedado atrás cuando Quentin había descubierto sus secretos. Desde entonces, sus vías de escape se habían ido cerrando minuto a minuto.

Como Kit el mozo de cuadra, aún podría haber tenido alguna oportunidad de escapar. Pero allí, en Lyon House, vestida como la condesa que era, no había forma de eludir a su hermanastro.

Su vista del salón se desvaneció de forma alarmante. Mientras se tambaleaba, sintió un brazo fuerte ceñirse a su cintura.

—¿Con qué derecho entras en esta casa, bastardo? —preguntó Quentin, atrayendo a Kit hacia su costado—. Largo de aquí.

Hamish avanzó con paso firme, lleno de ira.

—Soy el laird de Glen Lyon, y me gustaría saber qué demonios crees que haces irrumpiendo en nuestra celebración navideña sin siquiera pedir permiso o presentarte.

Sin apartar la vista de Kit, Neil hizo una reverencia superficial.

—Soy Neil Maxwell, de Halfrew, el tutor legal de esta dama. Por ley, deben devolverla a mi custodia.

—Ni en sueños —gruñó Hamish, imponente y desafiante al otro lado de Kit.

La mirada de Neil no se apartó del rostro de Kit.

—El juego se acabó, Christabel. Belmont está aquí para casarse contigo y llevarte de vuelta a Appin, donde perteneces.

—Deja de decir semejantes tonterías —espetó Hamish.

La proximidad de Quentin y la defensa de Hamish fortalecieron el coraje menguante de Kit, aunque se estremeció al escuchar lo razonable que sonaba Neil. Luchó por reunir su desafío, incluso mientras el recuerdo de su dominación la hacía temblar.

—Yo… no voy a casarme con Belmont —logró decir.

La mayoría de los invitados se había retirado del enfrentamiento, observando lo que sucedía desde la distancia. Kit deseó con todas sus fuerzas que el salón estuviera lleno del clan Douglas, como lo había estado la noche anterior en el ceilidh. Una docena de fornidos mozos de cuadra no tolerarían la arrogancia de su hermanastro.

—Pobre niña. No has estado bien —dijo Neil con una falsa lástima que le heló la sangre—. Todos saben que eres delicada.

—¿Delicada? Es la muchacha más valiente que conozco —replicó Hamish, cuya imponente figura empequeñecía a Neil y a sus matones. Kit percibió cuánto deseaba agarrar a su hermanastro por el cuello y lanzarlo fuera de Lyon House, pero los intrusos estaban fuertemente armados, y nadie más en el salón lo estaba.

—Christabel, por el bien de todos, ven en paz —dijo Belmont, extendiendo una mano hacia ella—. El escándalo ya será suficientemente grande.

Kit se apartó de su toque con un sobresalto.

—Aléjate de mí, gusano avaricioso.

—Así se habla —dijo Quentin.

Su aprobación le recordó que ya no estaba sola ni a merced de Neil. Por fin —aunque en su opinión, demasiado tarde—, enderezó la espalda y levantó la barbilla para enfrentarlo.

El terror irracional retrocedió mientras tomaba una bocanada de aire que despejó su mente nublada. Tenía a Quentin y a la gente de Glen Lyon de su lado. Neil la había intimidado durante años, pero nunca más volvería a hacerlo.

—No voy a ir contigo, Neil —dijo con firmeza—. Así que regresa a Appin, haz tus maletas y

lárgate de mis tierras.

—Puedo ver que todo esto ha sido demasiado para ti —respondió Neil con más de esa falsa simpatía que no convencía a nadie—. No es de extrañar. Siempre has sido débil de mente.

El temperamento de Kit se encendió, disipando los últimos vestigios de debilidad, y fulminó con la mirada a ese hombre que la había atormentado durante tanto tiempo.

—Cuando cumpla veintiún años, tendré control sobre mi herencia.

—No si estás mentalmente incapacitada, y tengo media docena de hombres aquí dispuestos a jurar sobre tu imbecilidad. —La expresión superior de Neil, lamentablemente familiar, le indicó que seguía creyendo que podía ganar, incluso ahora—. Este acto loco de huir para convertirte en mozo de cuadra es una prueba de la fragilidad de tus nervios. Una vez que exponga los tristes hechos, ningún juez del país te entregará el control de las tierras de Appin.

Frente a su autoconfianza, la determinación de Kit flaqueó. Su mirada asustada recorrió la sala repleta. ¿Había alguien allí dispuesto a creer las mentiras de Neil? El problema era que su hermanastro siempre sonaba tan plausible. El maldito siempre sonaba tan plausible...

—No estoy loca —dijo Kit, detestando cómo le temblaba la voz—. Más bien deberías preocuparte por tu propio futuro. Cuando presente ante los tribunales lo que has hecho en Appin, tendrás suerte si logras escapar de la cárcel.

—Es tan triste verte así —replicó Neil con una expresión que fingía un pesar insincero—. Completamente insana.

—Demúestralo —intervino Quentin con brusquedad.

—Tengo al ministro de Appin esperando afuera —respondió Neil, sin dignarse a mirar a Quentin—. Está listo para celebrar la ceremonia de matrimonio entre Christabel y Lord Bogle. También jurará que la chica no está en sus cabales desde que era una niña.

—¿Y este parangón de virtudes está dispuesto a casar a esta pobre criatura con tu amigo? —preguntó Hamish con sarcasmo, dando un paso hacia Neil y alejándose de Kit. Ella sintió la ausencia de su imponente presencia a su lado.

—Belmont es el hombre adecuado para cuidarla en su aflicción.

Kit arriesgó una mirada alrededor del salón y encontró un muro de ojos ávidos. Estaba demasiado alterada para discernir qué efecto había causado la historia de Neil entre los presentes. Sin embargo, tenía un consuelo: independientemente del desenlace de esta intrusión, al menos estaba a salvo de tener que casarse con Belmont.

—Llegas demasiado tarde, Neil —dijo Kit con satisfacción—. Ya estoy casada. Según los términos del testamento, una vez que me case, obtengo el control de mi fortuna.

El impacto drenó el color del rostro de su hermanastro, y en un instante, un destello de furia abrasadora cruzó sus ojos. Kit se encogió contra Quentin.

—Pequeña zorra, harías cualquier cosa por fastidiarme —escupió Neil por encima de los audibles jadeos de horror de los invitados—. Dado que hay dudas sobre tu cordura, anularé ese matrimonio.

—No lo harás —insistió Quentin, dando un paso al frente para proteger a Kit—. Christabel es mi esposa, y solo la sacarás de aquí por encima de mi cadáver.

Neil desenfundó la espada de la vaina que llevaba al costado.

—Eso se puede arreglar, sea quien seas.

Algunas damas gritaron, y los invitados retrocedieron aún más hacia las paredes. Con una rapidez impresionante, los hombres de Neil desenvainaron sus propias armas, formando un círculo apretado alrededor de Kit y Quentin. Kit observó los rostros implacables que la miraban, y el miedo volvió a encenderse en su interior.

—No seas idiota, hombre —dijo Fergus Mackinnon, avanzando hasta situarse al lado de Hamish—. Está claro que has perdido. El asesinato y el caos no cambiarán eso.

—¡Por Dios, no he perdido todavía! —gruñó Neil. Se lanzó hacia adelante para agarrar a Kit, pero Quentin la mantuvo fuera de su alcance.

—¡Quentin, aquí!

A través de una niebla de pánico creciente, Kit vio a Diarmid arrancar una espada ceremonial de una exhibición en la pared y lanzársela a su marido. Más gritos de sorpresa resonaron entre la multitud, y por fin algunos caballeros avanzaron con un atisbo de agresión.

—Muy agradecido, primo —Quentin atrapó la espada con una destreza y confianza que hicieron maravillas para revivir los ánimos de Kit—. Suelta tu arma, Maxwell. Incluso con tus hombres, no puedes esperar prevalecer contra un grupo de este tamaño.

Mientras Neil buscaba una abertura, Diarmid rodeó el salón y distribuyó espadas a algunos de los otros hombres, incluyendo a Fergus, Hamish y Brody.

—Neil, quizá sería sensato retirarse estratégicamente —balbuceó Belmont, retrocediendo mientras observaba con inquietud las fuerzas que se alzaban contra ellos. Kit notó que, aunque su supuesto pretendiente estaba armado, aún no había desenvainado su espada—. La apuesta no ha dado resultado.

—Que me parta un rayo si voy a fracasar a estas alturas —bravuconeó Neil.

—Tendrás que matarme para sacarme de aquí —dijo Kit con una calma que en nada reflejaba el frenético latido de su corazón—. Y si estoy muerta, la propiedad pasa a mi primo Stephen.

—Has perdido, Maxwell —dijo Quentin, levantando la espada. Su rostro mostraba una resolución implacable y su mandíbula estaba firmemente apretada por la determinación—. Mi esposa tiene la victoria.

Finalmente, Neil pareció darse cuenta del peligro en el que estaba. Giró la cabeza de un lado a otro como una rata acorralada. En el tenso silencio que siguió, el reloj del vestíbulo comenzó a dar las campanadas de la medianoche.

Capítulo 14

El bastardo de los Maxwell era apuesto.

Por alguna razón, Quentin no lo había esperado. Ahora, al observar ese rostro aristocrático y saturnino, sintió una punzada de celos irracionales.

Y miedo.

Después de la increíble mezcla de pasión y ternura de la noche anterior, la idea de vivir sin su condesa navideña era insoportable. Él y su hermosa esposa tenían años de felicidad por delante, y no iba a permitir que ese mestizo se interpusiera en su camino.

—Es la campanada que marca el inicio del día de Navidad —dijo Kit con voz firme. El corazón de Quentin saltó al escuchar su extraordinario valor—. Ya tengo veintiún años. Incluso si no estuviera ya casada, habrías perdido, Neil.

—¿A qué hora naciste? —preguntó Neil, desesperado por ganar unas horas más y alterar el resultado inevitable.

—¿Qué importa ahora? —gruñó Hamish.

Para sorpresa de Quentin, Kit sonrió.

—A las doce y cinco de la madrugada. He logrado mantenerme fuera de tus codiciosas garras el tiempo suficiente. Y debes saber que nunca podrás probar que estoy loca. Tengo a todo un clan de los Urquhart dispuesto a testificar sobre tus depredaciones en la finca y tu cruel trato hacia mí.

El pecho de Quentin se hinchó de orgullo al escuchar la firme resistencia de Kit contra el hombre que la había acosado durante tanto tiempo.

—Sin mencionar a todos aquí en la finca de Glen Lyon.

Neil parecía agotado. Debía saber que esta última jugada había fallado, pero no estaba listo para admitir la derrota todavía.

—Todavía puedo matar al cerdo con el que te casaste.

Otro murmullo escandalizado se levantó entre la multitud mientras Neil alzaba su espada, pero Quentin estaba lo suficientemente cerca para notar que la mayor parte de su lucha se había desvanecido.

—Puedes intentarlo —dijo Quentin con calma, apretando su mano sobre el pomo de la espada antigua.

Para su sorpresa, encontró un aliado inesperado en el rubio Adonis al lado de Neil, quien, aunque atractivo, claramente no tenía la fortaleza de carácter de su compañero.

—Por Dios, ya he tenido suficiente de esto. Si matas a alguien, te colgarán, y es más que probable que me cuelguen a mí también contigo. Al diablo con esa idea, Neil. Deja a la mocosa altanera. No me interesa una esposa que ha estado rondando los establos el último mes, aunque venga bañada en oro. Dios sabe lo que ha estado haciendo desde que dejó Appin. Probablemente se ha abierto de piernas para cada patán que ha encontrado en el camino.

Un murmullo de indignación recorrió a la multitud mientras Quentin apuntaba con su espada

al cuello del hombre.

—Te disculparás por eso, o te mataré donde estás.

Neil podría haber mantenido la compostura, pero Lord Bogle no era de la misma madera resistente. Palideció, jadeó y levantó las manos enguantadas en señal de rendición.

—Lo siento, viejo amigo. Pura frustración por haber perdido. No sabía lo que decía. Mis disculpas, mi señora.

Neil barrió la sala con la mirada, ojos desorbitados, pero debía haber comprendido que, incluso con seis matones de su lado, no podía ganar. Con un siseo furioso, bajó su espada y la envainó de nuevo.

—Puedes quedarte con la maldita bruja. Cualquier hombre que tome a Christabel Urquhart está destinado a vivir en la miseria.

—Y yo siempre te tuve tanto cariño, Neil —dijo Kit con una dulzura venenosa.

—Largo de aquí —ordenó Quentin con implacabilidad, aún manteniendo su espada lista. No confiaba en que Neil tomara la decisión sensata y se marchara.

Hamish y Fergus avanzaron para sujetar a Neil por los brazos, por si intentaba alguna última muestra de desafío. Pero Quentin pudo leer en la expresión del hombre la aceptación de su fracaso.

—Debería encerrarte por alterar el orden público —dijo Hamish con severidad.

Por fin, Quentin bajó su espada y extendió la mano hacia Kit. Con un sollozo ahogado, ella corrió hacia él. Envolvió sus brazos alrededor de él y enterró su rostro en su pecho.

Él la rodeó con su brazo y besó la cima de su alborotada cabeza oscura. Un torrente de alivio lo inundó con tal fuerza que su cabeza dio vueltas.

Habían ganado. Por todo lo sagrado, habían ganado.

—Se acabó, cariño.

Al mirar a su alrededor, vio el mismo alivio en todos los rostros. El enfrentamiento había terminado sin derramamiento de sangre, y Kit estaba a salvo, donde pertenecía.

—Ya no tienes que tener miedo.

Cuando Kit se volvió en su abrazo, él no la soltó. Después del terror que lo había atenazado al temer que Neil triunfara, no podía soportar tenerla fuera de su alcance.

—Solo échalos, por favor, Hamish —dijo ella con voz temblorosa—. El escándalo ya será bastante grande sin involucrar a la ley. Y no quiero que nadie aquí salga lastimado.

Con el brazo aún alrededor de Kit, Quentin observó cómo Hamish y Fergus llevaban a Neil hacia la salida del salón de baile. El odioso hermanastro de Kit tropezó y gritó cuando Hamish lo arrastró con brusquedad por el suelo. Luego Quentin y Kit se unieron a los otros invitados que se apresuraron al vestíbulo para presenciar la expulsión de Neil de Lyon House.

Neil tropezó al bajar las escaleras de piedra y cayó de rodillas en la nieve.

—Y no vuelvas —dijo Hamish mientras los secuaces de Neil corrían tras su líder.

—No tienen derecho… —protestó Neil, luchando por ponerse de pie con la ayuda de Bogle, antes de que uno de los rufianes intentara ayudar también. El hombre resbaló en la superficie helada, y los tres terminaron en un revoltijo de piernas. El aire se llenó de maldiciones.

Un coro de risas burlonas estalló entre los observadores que miraban desde las enormes ventanas. Quentin no se sorprendió al notar que Neil parecía lívido mientras se ponía de pie tambaleándose. No era novedad que el hermanastro de Kit sufría de un orgullo desmedido. Su autoimportancia nunca se recuperaría de la completa derrota de esta noche y ahora de su salida indigna de Lyon House.

En pocos minutos, el bastardo había pasado de ser una amenaza a convertirse en un payaso.

Bien.

Quentin se unió a Hamish en los amplios escalones frontales y habló con voz resonante:

—Mi esposa y yo tenemos la intención de viajar a Appin en los próximos días. Para entonces, estarás fuera de la propiedad, y no se te ocurra saquear el lugar mientras tanto. Si lo haces, que se vaya al diablo el escándalo, porque te procesaré con todo el peso de la ley.

—Merezco algo mejor que esto —farfulló Neil, mientras otro de sus hombres lograba levantarlo con más éxito que el intento anterior—. Me he dedicado en cuerpo y alma a la finca de Appin.

—Dedicado a llenarte los bolsillos, más bien —dijo Kit, con una voz más fría que el aire helado, mientras subía al escalón junto a Quentin—. Has estado manipulando las cuentas durante años. Nada de lo que has hecho ha sido un secreto. Siempre olvidaste que la gente de Appin me debe lealtad a mí, no a ti. Hay pruebas suficientes para llevarte a juicio. Así que no intentes llevarte nada más antes de irte. Me has robado más que suficiente a lo largo de los años. Si tienes algo de sensatez, volverás a tus tierras y te quedarás allí.

—Bravo, mi valiente —murmuró Quentin, tomando su mano.

Hasta ahora, había visto a Kit en muchas facetas, desde el joven mozo de cuadra hasta la amante irresistible. Pero en este momento, con un toque de admiración, reconoció los siglos de mando que corrían por su linaje. Por fin era verdaderamente la Condesa de Appin.

—Malditos sean. Malditos todos ustedes. Y maldita esa zorra, la Condesa de Appin. Que se pudra en el infierno —escupió Neil.

Quentin dio un paso al frente, dispuesto a darle al bruto la paliza que se merecía, pero Kit le sujetó el brazo.

—No, déjalo ir. Está furioso porque hemos triunfado.

—Sería un inmenso placer tumbarle los dientes de un golpe y después patearle el trasero hasta que vuelva a los Borders.

—Estoy segura. Pero yo preferiría mucho más que te quedaras aquí conmigo.

Tenía razón, supuso él. Observó a Neil alejarse cojeando, seguido de sus secuaces. Más abajo en el camino, Quentin distinguió las siluetas de los caballos que los visitantes no deseados debieron haber montado para llegar a Lyon House. Neil y sus compañeros tendrían un viaje incómodo hasta donde lograran encontrar refugio. Quentin esperaba que se congelaran hasta el alma.

Emily apareció junto a Kit.

—¿Estás bien, Kit?

Kit se giró hacia ella con una sonrisa de alivio.

—Siento como si hubiera llegado al final de una pesadilla. Es gracias a ti, Hamish y Quentin, que he logrado salir adelante.

Con la naturalidad física que siempre despertaba la envidia de Quentin, Hamish rodeó a su esposa con un brazo. Cómo deseaba que un día él y Kit pudieran compartir esa misma cercanía.

—Ayudamos, Kit, pero fue tu valentía y tu ingenio lo que ganó el día. Estoy orgulloso de tenerte en la familia.

Quentin observó cómo cambiaba la expresión de Kit. Por primera vez, la vio libre de miedo. Ya antes era hermosa. A la luz que se reflejaba desde las puertas abiertas detrás de ella, su esposa era tan radiante que le robó el aliento.

—Es un privilegio llamarte mi familia —dijo ella con una voz cargada de emoción.

—Och, y ahora es Navidad, ¡hora de celebrar! —dijo Fergus desde detrás de Hamish. El alto pelirrojo tenía sus brazos alrededor de su deslumbrante esposa Marina.

Quentin se volvió hacia Kit.

—No solo Navidad, también el cumpleaños de Kit. Feliz cumpleaños, mi hermosa esposa.

Cuando Kit lo miró, la luminosidad en sus ojos hizo que el corazón de Quentin se hinchara.

—Gracias, Quentin. Por primera vez en años, realmente va a ser un cumpleaños feliz. He recibido mi herencia. Pronto Appin estará libre de los Maxwell. Y me acabo de casar con el hombre más maravilloso del mundo.

—Oh, Kit…

Sin importarle la audiencia, la alzó para un apasionado beso. Cuando levantó la cabeza, ambos estaban jadeando.

—Ahora entremos antes de que te conviertas en un carámbano. Tú y yo tenemos mucho baile por delante.

Capítulo 15

Eran más de las dos de la madrugada cuando Kit y Quentin lograron escabullirse del baile. Todos los presentes estaban ansiosos por felicitarla por haber derrotado a Neil y desearle un feliz cumpleaños. Todos querían escuchar más sobre sus aventuras.

No era tan optimista como para imaginar que el mundo exterior recibiría su historia con la misma aprobación incondicional, una vez que saliera a la luz el relato de la condesa mozo de cuadra, como inevitablemente sucedería. Pero para la gente de Glen Lyon esa noche, era una heroína.

Todo el tiempo, Quentin permaneció a su lado con el brazo alrededor de su cintura, sonriéndole como si fuera la criatura más gloriosa que había visto jamás. Cada vez que Kit miraba sus brillantes ojos avellana, un escalofrío de emoción recorría su cuerpo. Porque aunque era maravilloso ser recibida con tanto entusiasmo en el círculo de Hamish y Emily, había pasado la noche anterior explorando un mundo nuevo y deslumbrante. Y mientras avanzaba la velada, ansiaba estar a solas con su marido, sentir sus manos sobre ella, sin cientos de ojos observándolos.

El contacto constante con Quentin calentaba su sangre. Estaba temblando cuando finalmente lograron escapar y subir las escaleras hacia sus habitaciones.

—Fuiste tan valiente cuando Neil te amenazó —dijo, apretando su mano con fuerza—. Tenía miedo de que realmente fuera a matarte.

—Och, había un centenar de fornidos highlanders en esa sala listos para defenderme si ese comadreja intentaba algo.

Eso no era lo que ella recordaba. Cuando Neil había blandido su espada frente a Quentin, el miedo había desgarrado su corazón. Conocía lo suficiente el temperamento de su hermanastro para saber que, al enfrentarse a la derrota, podría haber optado por la vía más temeraria.

Mientras avanzaban por el pasillo, Quentin continuó:

—Tú eres mucho más valiente de lo que yo podría ser. Has tenido que serlo durante años. Te honro, Christabel.

Se detuvo frente a su puerta, pero en lugar de abrirla, la atrajo a sus brazos y la besó con una languidez que la dejó temblando.

—Casi no puedo creer que soy libre —murmuró, mirándolo a los ojos y leyendo en ellos un afecto inquebrantable que rezaba para que un día se transformara en amor.

Esa noche, tantas de sus esperanzas se habían hecho realidad. ¿Era demasiado pedir por un milagro más?

La sonrisa de Quentin se desvaneció y su expresión se tornó seria.

—Excepto que ahora estás casada conmigo, cuando estabas tan cerca de lograrlo sola.

Una sonrisa tierna curvó sus labios mientras colocaba su mano en su mejilla. Él se había afeitado antes del baile, pero eso había sido horas atrás. Ahora los mechones de barba rasparon contra su palma. Kit encontraba fascinantes esos detalles físicos del hombre al que amaba. Como

cualquier niña, había soñado con el caballero con quien se casaría. Pero esos sueños eran insípidos en comparación con la vibrante realidad de su marido.

—He estado demasiado tiempo sola. Ahora tengo una familia. Ahora tengo un apuesto muchacho al que llamar esposo. Ahora tengo la oportunidad de formar una familia propia. Esta ha sido la Navidad más perfecta que he conocido, a pesar de que Neil intentara arruinarla.

Su tono se volvió regocijado.

—Aunque ver a Hamish arrojándolo a la nieve fue un gran momento.

Los ojos de Quentin brillaron mientras colocaba su mano sobre la de ella.

—Por Dios, te amo, Kit. Eres una esposa maravillosa para un highlander.

Todo el aire salió de sus pulmones de golpe. Sorprendida, lo miró fijamente.

—¿Qué… qué dijiste?

Él sostuvo su mano con firmeza.

—Eres una buena esposa.

—No esa parte —balbuceó.

Frunció el ceño.

—¿La parte sobre amarte?

—Aye. Esa parte.

Él echó un vistazo al pasillo vacío y finalmente abrió la puerta.

—Creo que necesitamos privacidad para esta conversación.

Sin palabras, llena de una esperanza que parecía desconocida para ella, lo dejó llevarla dentro. Quentin soltó su mano para cerrar la puerta mientras ella se detenía en el centro de la habitación.

Lo observó inclinar la cabeza, como si reuniera sus pensamientos o dijera una oración silenciosa. Su corazón latía como si fuera un caballo de Derby, y cada músculo de su cuerpo estaba tenso mientras esperaba volver a escuchar las palabras que anhelaba. Seguramente no las había malinterpretado, pero había tenido miedo tanto tiempo que necesitaba estar segura.

Lentamente, él se giró para mirarla. No quedaba rastro del encantador y humorístico Quentin MacNab en su rostro. Parecía serio y más mayor de lo que jamás lo había visto.

—La primera vez que te vi, reaccioné de una manera en la que nunca había reaccionado antes con un mozo de cuadra. Casi de inmediato me di cuenta de que eras una chica, y una bonita, además. Así que te observé. Te observé mucho. Aprendí mucho de ti con solo mirarte de cerca, a pesar de tus mejores esfuerzos por mantenerte lejos.

Kit hizo un gesto indefenso.

—Temía que pudieras adivinar que no era lo que pretendía ser. Temía que pudieras notar que yo también… te observaba.

—Lo noté. Esperaba que algún día confiaras en mí lo suficiente como para contarme tu historia y dejarme ayudarte.

—Una noche nevada cumplió tu deseo.

Él no sonrió exactamente, pero la severidad de su expresión disminuyó un poco.

—Aye. Una noche nevada, donde el interés, la admiración y el deseo físico se transformaron en algo mucho más trascendental. Se transformaron en… amor.

La palabra la sacudió como un golpe, aunque se había estado preparando para escucharla de nuevo desde que él empezó a hablar. Permaneció en silencio mientras Quentin continuaba:

—Entonces me enfrenté a un dilema. En tu corta vida, ya te habían forzado a muchas cosas. Ya había decidido cortejarte, una vez que fueras libre de Neil y pudieras elegir por voluntad propia. Pero porque estuvimos solos toda la noche, te obligaron de nuevo, esta vez a casarte

conmigo. Odiaba eso, incluso si significaba que mis más queridos deseos se hacían realidad.

Kit tragó para aliviar el nudo de emoción que bloqueaba su garganta. Luego tragó de nuevo.

—Yo también quería casarme contigo.

Era como si no la hubiera oído. Continuó con esa voz baja, grave, muy distinta de la usualmente jovial de Quentin:

—Y, sin embargo, en lugar de aceptar este matrimonio con resignación, anoche me recibiste como tu esposo con tanta generosidad y pasión que me enamoré de ti de nuevo. Ahora estoy tan profundamente enamorado de ti que jamás voy a salir a flote otra vez.

Su voz se tornó ronca por la emoción.

—Kit, dime que tengo una oportunidad. Dime que algún día podrías amarme como yo te amo a ti. Dime que puedo vivir con esperanza. Porque muero de amor por ti, mi hermosa esposa.

Kit parpadeó para contener las lágrimas, y sus piernas temblaron bajo su peso. Su corazón se expandió hasta que sintió que iba a estallar.

—Quentin…

—¿Puedes amarme, Kit?

Levantó las manos temblorosas para secarse las lágrimas de los ojos, y una sonrisa trémula curvó sus labios.

—Puedo. Lo haré. —Avanzó un paso hacia él. Parecía un sacrilegio no estar en sus brazos en ese momento—. Lo hago. Siempre.

Él la observó con detenimiento, como si necesitara desentrañar el significado de sus palabras antes de confiar en ellas.

—¿Tú… me amas?

Una risita ahogada escapó de sus labios, y Kit extendió las manos.

—Te amo, Quentin. Te amaba incluso antes de que me llevaras a esa cabaña y arruinaras mi reputación.

El alivio la invadió al ver cómo una sonrisa iluminaba su rostro, marcando los encantadores pliegues alrededor de sus ojos.

—Bueno, entonces todo está en orden.

Kit dio otro paso hacia él, hasta quedar a apenas un pie de distancia.

—Creo… creo que este es el momento en que deberías besarme.

Una expresión detenida cruzó su rostro. Ese querido, peculiar y hermoso rostro que había llenado sus sueños durante tantas semanas. Desde que lo vio por primera vez. El rostro que velaría por ella durante el resto de sus vidas juntos.

—Sabes, puede que tengas razón, mi encantadora condesa.

Con un poder abrumador, la atrajo hacia sus brazos y presionó sus labios contra los de ella en una declaración de amor victorioso. Kit le devolvió el beso con toda la adoración de su corazón y una silenciosa promesa para un futuro dorado que se extendía ante ellos.

Había superado todo. Había ganado. Ahora el mundo le ofrecía un regalo inigualable de amor y esperanza.

Era su cumpleaños. Era Navidad. Era un final feliz para su cuento de hadas personal.

Era la chica más afortunada de Escocia.

Epílogo

Glen Lyon House, Nochebuena, 1835

Christabel MacNab, Condesa de Appin, enganchó su mano enguantada al brazo de su apuesto esposo y sonrió con satisfacción mientras observaba el abarrotado salón de baile extendiéndose ante ella. Ramas de vegetación invernal decoraban la sala, impregnando el aire con un aroma fresco. La mejor orquesta de baile de Edimburgo interpretaba el último vals, y las relucientes arañas de cristal arrojaban un encantamiento dorado sobre la alegre multitud.

Quentin lucía espectacular con su atuendo de montañés, un recordatorio inevitable de aquel fatídico baile de Navidad cinco años atrás, cuando ella se había librado de la perniciosa influencia de Neil Maxwell y, aún mejor, había descubierto que su matrimonio era un vínculo de amor. Desde entonces, ella y Quentin habían forjado una vida plena y significativa en un próspero Appin. Una vida tan ocupada que esta era su primera visita navideña a Glen Lyon desde su boda, aunque habían hecho numerosas visitas en otras épocas. Hamish y Emily, junto con sus hijos, eran familia, y el tiempo solo había fortalecido la afinidad inmediata que Kit había sentido por los Douglas.

—¡Kit, bella, qué maravilloso verte aquí! —exclamó Marina, Lady de Achnasheen, con su característica exuberancia, mientras se acercaba del brazo de su imponente esposo, Fergus Mackinnon. Se sucedieron los abrazos efusivos—. Ese color te queda *perfetto*.

—Gracias —respondió Kit. El vestido rosa pálido era uno de sus favoritos, y estaba encantada de que su cabello hubiera crecido lo suficiente para lucir los elaborados peinados rizados que estaban ahora de moda. El llamado "corte de condesa" había gozado de una breve popularidad tras su boda, pero el cabello largo volvía a estar en boga—. Tú, como siempre, estás hermosa.

—Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que nos vimos, *per pietà* —continuó Marina.

Fergus rio mirando a la morena de ojos oscuros y mitad italiana.

—¿No recuerdas que estuvimos en Appin en octubre, *mo chridhe*?

Marina le dedicó una brillante sonrisa.

—Parece que fue hace mucho. Quiero pintar un retrato del pequeño Connor antes de que deje de ser un niño.

—Primero tendrás que atraparlo —dijo Quentin con tono seco, su humor teñido del inmenso amor que sentía por su travieso hijo.

—Y es endemoniadamente rápido —añadió Kit, colocando las manos sobre su vientre redondeado. Esperaba otro bebé para marzo—. Ahora mismo no tengo ninguna posibilidad de seguirle el ritmo.

—Quizás deberías inscribirlo en el Derby —bromeó Fergus con una carcajada, rodeando a su esposa con un brazo.

—Espera a ver mi nuevo potro, y lamentarás burlarte de mis ambiciones —replicó Kit con picardía.

Por el momento, su sueño de criar a un campeón no se había cumplido. Neil había llevado las antaño célebres cuadras de Appin a la ruina, y había llevado años de arduo trabajo devolverlas a su antiguo nivel. Pero bajo la supervisión de Laing, la última camada de potros mostraba un gran potencial, y en especial un joven alazán que tenía el fuego, la fuerza y la velocidad necesarios para alimentar sus esperanzas.

—¿Compartiendo consejos de carreras, Kit? —preguntó Diarmid, quien había estado bailando con su hermosa esposa rubia, Fiona, pero ahora se detenía para unirse a la conversación —. ¡Oye, gané una fortuna con ese tapado que recomendaste en septiembre!

Quentin soltó una risa a su lado.

—Mi esposa aprovechó muy bien su tiempo como mozo de cuadra.

—Nada como un poco de experiencia práctica para respaldar toda mi lectura —respondió Kit con desparpajo.

—Bueno, no desperdicies ningún conocimiento privilegiado con Fergus —dijo Diarmid, dando un codazo a su amigo de la infancia—. Ya es demasiado rico para su propio bien.

Fergus rio de nuevo, mientras Fiona sacudía la cabeza con una fingida decepción.

—Es Navidad, mi amor. ¿No pueden ustedes, chicos, ser amables entre sí al menos una vez al año?

—Si fueran amables conmigo, pensaría que están enfermos —intervino Hamish con su profundo tono, acercándose desde detrás de Kit—. Se sentarían en un rincón sombrío y se preocuparían hasta caer en un estado de melancolía.

—Sí, es verdad —agregó Emily riendo, luciendo magnífica con un vestido de seda con lentejuelas que destacaba su exuberante escote mientras tomaba la mano de su esposo—. Se convierten en una banda de colegiales cuando están juntos. Eso nunca cambiará.

—Tienes suerte de haberte casado con un hombre sensato, mi amor —comentó Quentin. Su mirada, de un verde dorado, aún tenía el devastador efecto en los latidos de Kit que había tenido todos esos años atrás, cuando ella intentaba desesperadamente ocultar su inclinación por el espectacular sobrino del laird.

Ella arqueó las cejas con altivez.

—Oh, ¿y eso es lo que hice?

Aunque tenía razón. Los chismes en el mundo exterior habían sido terribles cuando se supo la historia de su disfraz y su precipitado matrimonio. Durante los primeros años juntos, hubo muchas ocasiones en las que Kit había valorado profundamente el carácter equilibrado y el amor constante de Quentin. Por suerte, el peor de los rumores se había desvanecido con el tiempo. Y, por supuesto, las personas que ellos querían, la mayoría de las cuales estaban presentes esa noche, jamás habían prestado atención a las habladurías malintencionadas.

—Sí, ¿lo habías olvidado? —Él se inclinó y la besó de una manera que nadie describiría como sensata.

Para cuando levantó la cabeza, las rodillas de Kit flaqueaban. Eso tampoco había cambiado.

Kit volvió lentamente al mundo real al escuchar a Hamish y Diarmid discutiendo sobre las recientes desgracias de Neil Maxwell.

—¿Supiste que lo echaron de los *Tories* por fraude y corrupción? Diría que su carrera política no va a ninguna parte —estaba diciendo Diarmid.

Antes, la mera mención del nombre de Neil habría bastado para que Kit temblara, pero esos días habían quedado atrás. La condesa de Appin y su apuesto esposo ya no tenían nada que temer

de su despreciable hermanastro. Ella poseía tantas pruebas de los robos que Neil había cometido en Appin que él sabía que acercarse a menos de cien millas de ella era buscarse problemas.

—Neil maldito Maxwell es la última persona que necesitamos en el gobierno —bufó Hamish.

—No arruinen nuestra fiesta de Navidad hablando de ese horrible hombre —dijo Emily—. Especialmente porque esta es nuestra oportunidad de disfrutar sin deberes parentales. Mañana no haremos otra cosa más que evitar que nuestros hijos se metan en líos. Ya saben cómo son cuando están todos juntos.

—Sí, lo sé —respondió Hamish con un suspiro resignado, aunque la chispa en sus ojos insinuaba que tenía toda la intención de fomentar cualquier travesura que pudiera surgir.

Kit sonrió al recordar la alegría de Connor por pasar una semana entera en Glen Lyon con sus primos y los demás niños. En ese momento, había al menos veinte críos durmiendo en las habitaciones de la guardería de la planta alta, aunque ella dudaba que se estuviera durmiendo mucho, en realidad.

Además de Connor, estaban los tres hijos de Fergus y Marina, los dos de Hamish y Emily, los cuatro de Brody y Elspeth y los cinco de Diarmid y Fiona. Sin mencionar a otros niños invitados. La Navidad de mañana prometía ser un caos alegre. Apenas podía esperar.

—En ese caso, no hay tiempo que perder —dijo Quentin, mirándola con esa admiración sin reservas que nunca dejaba de hacerla sentir como si quisiera derretirse en un charco de almíbar caliente—. ¿Me concede este baile, Christabel?

—Me encantaría —respondió ella, aceptando su mano—. Aunque no prometo moverme con mucha gracia.

—Siempre eres la esencia de la gracia para mí, querida.

Su suave tono burlón la hizo reír. Connor había sido un bebé grande, y al final del embarazo, se había sentido como una ballena antes de que su hijo de cabello castaño claro llegara al mundo llorando.

—Sigue pensando eso.

—Y serás hermosa para mí mientras viva, amor mío —dijo Quentin, mientras su brazo se deslizaba alrededor de su cintura para arrastrarla entre los bailarines giratorios—. Te amo, mi mozo de cuadra favorito.

Su eternamente susceptible corazón dio uno de sus habituales saltos. Nunca se cansaba de escucharlo declarar su amor. Lo cual era bueno, porque Quentin lo hacía con una frecuencia encantadora.

—Y yo te amo con todo mi ser, mi maravilloso esposo —susurró ella, deslizando la mano por su hombro hasta hundir los dedos en el sedoso cabello de su nuca. Era una promesa silenciosa de muchas más caricias por venir—. Fuiste el mejor regalo de Navidad de todos.

Fin

Sobre la autora



Anna Campbell es una autora de romance histórico australiana, cuyas novelas han recibido numerosos galardones, como el Ella, (Australian Romantic Novella of the Year Award), concedido por The Australian Romance Readers Association, además de muchos otros premios y nominaciones. Como autora independiente, ha publicado más de treinta novelas superventas. Sus libros han sido traducidos a más de veinte idiomas. Cuando no está viajando por el mundo en busca de inspiración para sus historias, vive cerca del mar en la hermosa costa este de Australia. A Anna le encanta recibir noticias de sus lectores. Puedes contactar con ella en:

www.annacampbell.com
www.facebook.com/AnnaCampbellFans
twitter.com/AnnaCampbelloz
contacto@coraliapress.com

Créditos

Edición digital: noviembre de 2024
© 2024, Anna Campbell
© 2024, de la traducción, Rosa María Calvo Luque
© 2024, Coralia Press

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. Gracias por comprar este libro y respetar las leyes del copyright. https://coraliapress.com/

Sinopsis

El nuevo mozo de cuadra esconde un secreto…

Kit Laing es un genio con los caballos de Glen Lyon y también es el favorito de la familia de su patrón, pero no es todo lo que parece. De hecho, el tímido mozo de cuadra no es un chico. Kit es en realidad Christabel Urquhart, condesa de Appin, que huye de un hermanastro codicioso y violento que pretende arrebatarle su fortuna.

Y el apuesto sobrino del laird ha descubierto el pastel.

Quentin MacNab, el gallardo heredero de Cannich, ha sospechado del nuevo mozo de cuadra desde el primer momento. Kit es demasiado guapo para ser un muchacho y habla demasiado bien para ser un simple criado.

Cuando una tormenta de nieve los atrapa en una cabaña aislada durante la noche, el descubrimiento de la verdadera identidad de Christabel desencadena un matrimonio precipitado para evitar un escándalo. Pero **¿podrá ella aprender a confiar en las promesas de protección de su encantador nuevo marido? ¿O su frágil alianza sucumbirá ante el peligro que la acecha?**

Índice

Una condesa de incógnito para un Highlander
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Epílogo
Sobre la autora
Créditos
Sinopsis